

**José Carlos Mariátegui La Chira**  
**Obras Completas Cronológicas**  
**Volumen 8**



**Artículos**  
**(1927)**

[Introducción y ordenamiento general de las OO.CC. por  
**Octavio Obando Morán**]

### **Producción cronológica**

- .´Levante´, por Blanca Luz Blum (Mundial del 1 de ene de 1927). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .Política uruguaya (Variedades del 1 de ene de 1927). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .El Cuzco y el indio (Mundial del 7 de ene de 1927). B-b de Rouillón.
- .El movimiento socialista en el Japón (Variedades del 8 de ene de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg (Carta) (10 de ene de 1927). (Textual, No.5-6.de dic de1976).
- .El problema del preceptorado (Mundial del 14 de ene de 1927). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Mario Nerval (Carta) (14 de ene de 1927). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.221.
- .´Caminantes´ Lidia Seifulina (Variedades del 15 de ene de 1927). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .El indigenismo en la literatura (Mundial del 21 de ene de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares.B-b de Rouillón.
- .El imperialismo en Nicaragua (Variedades del 22 de ene de 1927). Volumen 12 d las obras completas populares.
- .El indigenismo en la literatura (Mundial del 28 de ene de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares..B-b de Rouillón.
- .´Der Sturm´ y Herwarth Walden (Variedades del 29 de ene de 1927). Volumen 6 de las obras completas populares.

- .Declaración Boletín de las universidades populares Gonzáles Prada, de ene de 1927). Ricardo Martínez de la torre: Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú. T. II.
- .Mensaje al Congreso Obrero (Amauta, No.5, de ene de 1927). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .La nueva cruzada proindígena (Amauta, No.5, de ene de 1927). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a los redactores del boletín de las U.P.G.P. (Carta) (ene de 1927). José Carlos Mariátegui: El Proletariado y su organización. Colección 70.
- .El indigenismo en la literatura nacional. III (Mundial del 4 de feb de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillon.
- .El nuevo gabinete alemán (Variedades del 5 de feb de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Concursos y premios literarios (Variedades del 11 de feb de 1927). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .El problema de la China (Variedades del 12 de feb de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .La enseñanza artística (Variedades del 18 de feb de 1927). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .El congreso anti-imperialista de Bruselas (Variedades del 19 de feb de 1927). B-b de Rouillón.
- .Intermezzo polémico (Mundial del 25 de feb de 1927). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .Leonidas Leonov (Variedades del 26 de feb de 1927). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .De José Mariátegui a Alfonso de Silva (Carta) (20 de feb de 1927). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.241.
- .José Sabogal (Amauta, No.6, de feb de 1927). B-b de Rouillón.
- .Nota polémica 'El conflicto minero' de César Falcón (Amauta, No.6, de feb de 1927). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .El problema agrario (La Sierra, feb de 1927). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .El índice del libro (Mundial del 4 de mar de 1927). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .La excomuni3n de la 'L'Action francaise' (Variedades del 5 de mar de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Esteban Pavletich (Carta) (8 de mar de 1927). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.242-243.
- .Replica a Luis Alberto Sánchez (Mundial del 11 de mar de 1927). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .Respuesta al Sr. Escalante (Mundial del 11 de mar de 1927). Volumen 13 de las obras completas populares.

El problema de Besarabia (Variedades del 12 de mar de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.

.El problema de la tierra (Mundial del 18 de mar de 1927). Volumen de 2 de las obras completas populares.B-b de Rouillón.

.Tópicos de arte moderno (Variedades del 19 de mar de 1927). Subtítulo. Volumen 6 de las Obras Completas Populares. B-b de Rouillón.

.El problema de la tierra. II (Mundial del 25 de mar de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares.B-b de Rouillón.

.George Brandes (Variedades del 26 de mar de 1927). Volumen 6 de las obras completas populares.

.Voto en contra (sin firme) (Amauta, No.7, de mar de 1927). Volumen 13 de las obras completas populares.

Polémica finita (Amauta, No.7, de mar de 1927). Volumen 13 de las obras completas populares.

.El problema de la tierra. III (Mundial del 1 de abr de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

.La toma de Shangai (Variedades del 2 de abr de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.

. El problema de la tierra. IV (Mundial del 8 de abr de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

.Rainer Maria Rilke (Variedades del 9 de abr de 1927). Volumen 6 de las obras completas populares.

.El problema de la tierra. V (Mundial del 15 de abr de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares.B-b de Rouillón.

.Miguel Arzibachev (Variedades del 16 de abr de 1927). Volumen 7 de las obras completas populares.

.El problema de la tierra. VI (Mundial del 22 de abr de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

.Italia y Yugoeslava (Variedades del 27 de abr de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares

.De José Carlos Mariátegui a Jaime Torres Bidet (Carta) (27 de abr de 1927). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.270-271.

.El problema de la tierra. VII (Variedades del 29 de abr de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

.El proceso a los conjurados de la noche de San Juan (Variedades del 30 de abr de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg (Carta) (30 de abr de 1927). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.273.

.El problema de la tierra. VIII (Mundial del 6 de may de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a Xavier Abril (Carta) (6 de may de 1927). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.275-276.

- .El debate político en Inglaterra (Variedades del 7 de jul de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El problema de la tierra. XI Mundial del 13 de may de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .H. G. Wells y el fascismo (Variedades del 14 de may de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El problema de la tierra. X (Mundial del 20 de may de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares.
- .La decadencia de Inglaterra (Variedades del 21 de may de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El problema de la tierra. XI (Mundial del 27 de may de 1927). Volumen 2 de las obras populares. B-b de Rouillón.
- .Maetzu, ayer y hoy I (Variedades del 28 de may de 1927). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .El problema de la tierra. XI (Mundial del 3 de jun de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .La ruptura anglo-rusa (Variedades del 4 de jun de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El problema de la tierra XIII (Mundial del 10 de jun de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Giussepi Prezzolini y la inteligencia italiana (Variedades del 11 de jun de 1927). Consta en la B-b de Rouillón.
- .De José Carlos Mariátegui al periódico La Prensa (Carta) (10 de jun de 1927). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Joaquín Garcia Monge (Carta) (10 de jun de 1927). (Repertorio Americano, No.6, del 13 de ago de 1927).
- .De José Carlos Mariátegui al periódico El Comercio (Carta) (11 de jun de 1927). Jorge del Prado: Mariátegui y su obra, p.30-32. B-b de Rouillón.
- .De José Carlos Mariátegui al periódico La Crónica (Carta) (12 de jun de 1927). B-b de Rouillon.
- .El problema de la tierra XVI (Mundial del 24 de jun de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .De José Carlos Mariátegui a Emilio Roig (Carta) (24 de jun de 1927). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.292.
- ´Jesus´ de Henry Barbusse (Variedades del 25 de jun de 1927). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a la Correspondencia Sudamericana (Carta) (jun de 1927). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.293-294.
- .Principios de política agraria nacional (Mundial del 1 de jul de 1927). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .El caso Daudet (Variedades del 2 de jul de 1927). Volumen 5 de las obras completas populares.

- .La reforma universitaria (Mundial del 8 de jul de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Un libro de discursos y mensajes de Calles (Variedades del 9 de jul de 1927). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .La reforma universitaria. II (Mundial del 15 de jul de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .El problema del desarme (Variedades del 16 de jul de 1927). Volumen 17 de las obras completa populares.
- .Austria y la paz de Europa (Variedades del 23 de jul de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .La reforma universitaria (Mundial del 28 de jul de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillon.
- .De José Carlos Mariátegui a Joaquín Garcia Monge (Carta) (13 de ago de 1927).
- .De José Carlos Mariátegui a la Correspondencia Sudamericana (15 de ago de 1927) (Carta). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .La reforma universitaria IV (Mundial del 16 de set de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .El parlamento de Primo de Rivera (Variedades del 17 de set de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .La reforma universitaria V (Mundial del 23 de set de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .La batalla de 'Martin Fierro' (Variedades del 24 de set de 1927). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Joaquín Garcia Monge (Carta) (25 de set de 1927). (Repertorio Americano, No.15, del 25 de set de 1927)
- .La reforma universitaria (Mundial del 30 de set de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares.B- de Rouillón.
- .De José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg (Carta) (30 de set de 1927). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.304.
- .Sergio Essenin (Variedades del 1 de oct de 1927). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .La reforma universitaria VII (Mundial del 7 de oct de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares.B-b de Rouillón.
- .Sanin Cano y la nueva generación (Variedades del 8 de oct de 1927). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Emilio Roig (Carta) (10 de oct de 1927). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.306.
- .La reforma universitaria. Conclusión. VIII (Mundial del 14 de oct de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .De José Carlos Mariátegui a Enrique Bustamante y Ballivián (Carta). (15 de oct de 1927). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.307-308.

- .La guerra civil en México (Variedades del 15 de oct de 1927). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .La organización de los empleados (Mundial del 21 de oct de 1927). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .Indología por José Vasconcelos (Variedades del 22 de oct de 1927). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .Los ideólogos de la reacción (Variedades del 29 de oct de 1927). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .Aspecto económico-sociales del problema sanitario (Mundial del 4 de nov de 1927). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .Maximiliano Harden (Variedades del 5 de nov de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares
- .La civilización y el caballo (Mundial del 11 de nov de 1927). Volumen 4 de las obras completas populares.
- .Anti-reforma y fascismo (Variedades del 12 nov de 1927). Volumen 5 de las obras completa populares.
- .Reivindicación de Jorge Manrique (Mundial del 18 de nov de 1927). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .Contradicciones de la reacción (Variedades del 19 de nov de 1927). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .Heterodoxia de la tradición (Mundial del 21 de nov de 1927). Volumen 11 de las obras completas populares.
- Occidente y oriente (Variedades del 26 de nov de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .La tradición nacional (Mundial del 2 de dic de 1927). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .Gómez Carrillo (Variedades del 3 de dic de 1927). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Celestino Manchego Muñoz (Carta) (6 de dic de 1927). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.316.
- .El factor religioso (Mundial del 9 de dic de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares.
- .Rusia en Ginebra (Variedades del 10 de dic de 1927). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El factor religioso II (Mundial del 16 de dic de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .El destino de Norteamérica (Variedades del 17 de dic de 1927). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .El factor religioso III (Mundial del 17 de dic 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillon.
- .El caso y la teoría de Ford (Variedades del 24 de dic de 1927). Volumen 5 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a Nicanor de la Fuente (Carta) (29 de dic de 1927). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.320.

.El factor religioso IV (Mundial del 30 de dic de 1927). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

.Yanquilandia y el socialismo (Variedades del 31 de dic d 1927). Volumen 5 de las obras completas populares.

.Segundo acto (Amauta, No.10, dic de 1927). Volumen 13 de las obras completas populares.

.Nota de José Carlos Mariátegui a "La casa de cartón de Martín Adán" (Amauta, No.10, dic de 1927).

### - "LEVANTE", POR BLANCA LUZ BRUM\*

Hace poco en una conversación sobre tópicos literarios, un poeta amigo y yo registrábamos la decadencia de los búhos y los gatos en la poesía. El ciclo del decadentismo fin de siglo se cierra con la depreciación absoluta de estos animales en el mercado literario. Desde la victoria de la máquina la fauna en general anda de capa caída. Hemos regresado al antropocentrismo, convalcientes de lo que Freud llama la humillación cosmológica de la teoría de Copérnico y la humillación biológica de la teoría de Darwin. La poesía moderna tiene una predicción sintomática: la metáfora antropomórfica.

Pero no menos evidente y mucho más considerable es la decadencia del ocaso, del tramonto, del poniente. Desde que Spengler desarrolló su tesis sobre el untergang\* del Occidente, estos temas literarios no se cotizan así. Debe haber en esto algo de defensa instintiva. No se menciona la cuerda en casa del ahorcado. Spengler enfocó todas las caras de la decadencia. Agotó la cuestión a tal punto que cuando Ortega y Gasset nos habló del "alma desencantada" y del "ocaso de las revoluciones", su réquiem encontró al mundo ávido de ilusión y de esperanza. [\* Decadencia]

Por esto tal vez el alba es ahora el tema predilecto. Ramón Gómez de la Serna hace de su título de "descubridor del alba" la mejor garantía de su modernidad y Blaise Cendrars, en el libro en que nos cuenta su viaje a Formosa, confiesa también su preferencia por los ortos y cierta



desconfianza hacia los ocasos:

«Les couehers de soleil des tropiques  
Qui c'est vrai c'est splendide  
Mais je prefere de beaucoup les levers [de soleil

L'aube  
Je n'en rate pas une».\*

[\* "A los crepúsculos de los trópicos / En verdad esplendentes / Prefiero sus levantes / El alba / Que no tengo"]

El libro que Blanca Luz Brum acaba de publicar está de acuerdo con este aspecto de la sensibilidad contemporánea. Levante es, por antonomasia, un título de hoy. Y esta actitud es muy propia de Blanca Luz. Su poesía, no obstante la angustia que a ratos la empaña, es su fuerte grito de la vida. No ha venido Blanca Luz al Perú a anunciarnos la muerte del poeta Parra del Riego, sino su vida, su inmortalidad.

Levante llega en su hora. La técnica de Blanca Luz es todavía un poco insegura y agreste. Pero en todas sus canciones se reconoce la voz de una verdadera poetisa.

Blanca Luz no es sólo de la tierra de Delmira Agustini; es también de su stirpe. Es un alma encendida, apasionada, dionisiaca. Por esto la siento tan fraterna y amiga. Su dolor, su drama no la han vencido, no la han amargado. Su poesía no es la monótona queja, la plañidera elegía sobre la tumba del esposo. Es que su alma no ha perdido la divina fuerza de crear y esperar. Tal vez nada la expresa como estos versos:

«Yo sé que está la copa  
de mi vida trizada  
por Dios  
y para Dios trunca  
y sin embargo sigo la ruta  
más porfiada  
y espero más que nunca».

La poesía de Blanca Luz no es producto de retorta. Es espontánea y transparente como el agua de un manantial. Brota de la tierra, brota de su cuerpo, brota de sus sentidos alucinados. Hunde su raíz ávida en la vida. Probablemente porque soy un exaltado, yo amo sobre todo su exaltación. Como amo su panteísmo.

Constato finalmente que en sus versos hay lo menos posible de literatura, de artificio, de escuela.

-----  
\* Publicado en Mundial N° 342 Lima, 1° de Enero de 1927

## **- POLÍTICA URUGUAYA\***

El Uruguay es, entre las repúblicas suramericanas, la que ha sabido encontrar mejor su equilibrio político. El régimen demo-liberal que casi en todas estas repúblicas ha tenido tan poca fortuna, en el Uruguay ha logrado desarrollarse normalmente. El artífice de esta obra, José Batlle Ordóñez, es hispano-americano, no es el estimado, por esto, como uno de los primeros estadista del Continente.

Battle Ordóñez, el líder de la más perfecta democracia tipo caudillo de nuestra América. Su rasgo más característico es su comprensión de que para que una empresa tan grande no bastaba un hombre y hacía falta un partido. Todo lo que se ha hecho en el Uruguay en los últimos veinticinco años lleva el sello de su personalidad. Pero la superioridad de Battle reside en su esfuerzo por crear una democracia que pudiese funcionar sin caudillos. Más que de su propio destino histórico, pareció siempre preocupado del de su partido.

El Partido Colorado tiene su origen en la independencia uruguaya. Desde la fundación de la república la lucha política se libra en el Uruguay entre blancos y colorados. Pero ha sido Batlle quien le ha dado al Partido Colorado lo que podríamos llamar su estilo histórico. Batlle lo ha dirigido con ese impulso progresista, beligerante, constructivo, ardoroso, casi juvenil que lo distingue entre los partidos liberales del Continente. A Batlle

no le ha satisfecho, no le ha contentado como a un caudillo cualquiera, una victoria fácil. El poder no ha enervado nunca su combatividad. Por el contrario la ha estimulado. En el gobierno no se ha conformado jamás con conservar, Ha querido y ha sabido crear, renovar y destruir. El oficio del gendarme adusto del orden social, que bastó por ejemplo a la ambición de Porfirio Díaz, para la de Batlle Ordóñez tenía que resultar mezquino y corto.

Los "blancos" reclutan sus principales fuerzas en el campo. Constituyen un partido de raíces feudales, Los "colorados", en cambio, dominan en la ciudad. Representan un programa brotado del burgo. El régimen demo-liberal, presenta, por esto, en el Uruguay, un carácter tan orgánico. Su dirección, su gobierno, no han estado a cargo de una oligarquía de latifundistas y estancieros de tradición feudal y agraria sino de una facción de gente de burgo con savia y mente urbanas. El gobierno de los colorados, bajo Batlle Ordóñez, ha sido el gobierno de la ciudad. Probablemente de este hecho político depende esa fisonomía de "ciudadela colorada" con que se le conoce; generalmente, a Montevideo.

Batlle Ordóñez ha sido esencialmente un gobierno demo-liberal Pero el destino de todo liberalismo auténtico es preparar el camino al socialismo. También el socialismo es un fenómeno fundamentalmente urbano. La vanguardia socialista está formada en todas partes por el proletariado industrial.

Por otra parte, Batlle ha encabezado dentro de su partido -naturalmente heterogéneo por contener diversas categorías sociales- a la facción avanzada y renovadora y no ha trepidado en sacrificar la unidad de los "colorados" cuando lo ha exigido la necesidad de marchar adelante. Este caso se dio hace varios años, cuando Batlle y la vanguardia del Partido Colorado empeñaron la famosa batalla por el ejecutivo colegiado, certero y rudo golpe de un caudillo genial al caudillismo mediocre. Los elementos conservadores y remolones del partido se negaron como se sabe a aceptar esta reforma y se produjo una escisión que puso en peligro el predominio colorado. Batlle no retrocedió ante la ruptura, La lucha por el ejecutivo colegiado es en su historia la más hermosa y gallarda de todas las jornadas.

Las últimas elecciones, cuyo éxito nos ha sido confusamente comunicado por el cable, han obligado a los colorados a unirse. Y según recientes noticias. Batlle ha ganado una vez más la batalla. Pero la victoria ha sido dura. El Partido Colorado llega al término de su misión histórica. La democracia, en crisis en el mundo, no puede exceptuarse de esta suerte en el Uruguay. Batlle sostiene dignamente su vieja bandera. Pero se siente ya

su fatiga. El socialismo despliega en el Uruguay a todo viento la bandera que flamea en el mundo sobre una gran marejada humana. En las últimas elecciones, ha tenido el Uruguay un candidato comunista a la presidencia. Un hecho que señala el lugar del Uruguay en la historia del sufragio.

-----  
\* Publicado en **Variedades**: Lima, 1 de enero de 1927.

## **- EL MOVIMIENTO SOCIALISTA EN EL JAPON\***

Poco nos interesamos en Sud América por el Oriente y su nueva historia. Ya he tenido oportunidad de observado a propósito de la China. Ahora debo repetirlo a propósito del Japón. El Perú que, por su proceso histórico y su situación geográfica, ha recibido sucesivos contingentes de inmigración amarilla, necesita particularmente, sin embargo, conocer mejor lo que en Europa se llama el Extremo Oriente. El Japón moderno, sobre todo, reclama nuestra atención, porque nos ofrece el ejemplo de un pueblo capaz de asimilar plena-mente la civilización occidental sin perder su propio carácter ni abdicar su propio espíritu.

El Japón —según Felicien Challaye, uno de los hombres de estudio europeos que más dominan y entienden sus problemas— "se ha europeizado para resistir mejor a Europa y para continuar siendo japonés". Este concepto es exacto, como juicio sobre la evolución del Japón de la feudalidad al capitalismo. El verdadero espíritu nacional, en el Japón como en los demás pueblos orientales en los que se ha operado análoga europeización, ha estado representado no por los impotentes y románticos hierofantes de la tradición, sino por los elementos dinámicos y progresistas que la han enriquecido y renovado con la experiencia occidental.

La revolución liberal y burguesa en el Japón se inspiró en las ideas y los hechos de Occidente. Para salir de la incomunicación en que había querido

mantenerse hasta la mitad del siglo diecinueve, el Japón tuvo que abandonar a la vez que su voluntario enclaustramiento, sus envejecidas y anquilosadas instituciones. El viejo régimen resultó incompatible con el trato de las naciones occidentales. Y el Japón comprendió que, mientras no podía renunciar al comercio y la relación con el Occidente sin peligro de ser conquistado marcialmente por sus naciones de presa, podía muy bien renunciar a las formas políticas y sociales que estorbaban su desarrollo.

Abatida la feudalidad por la revolución de 1868, el Japón entró en una edad de activo crecimiento capitalista. Durante los últimos decenios del siglo diecinueve, la formación de la gran industria transformó radicalmente la estructura de la economía y la sociedad japonesas. Es notoria la rapidez con que se ha cumplido en el Japón este proceso de industrialización que lo ha convertido en una gran potencia en sólo cincuenta años. El Japón era, antes de su revolución, un pueblo de campesinos, artesanos y comerciantes -en lo que concierne a la composición de su clase productora-. El proceso del desarrollo del capitalismo y el industrialismo ha mudado totalmente su panorama social. La gran industria ha creado un numeroso proletariado industrial, en el cual prontamente han prendido las ideas socialistas.

El acontecimiento sustantivo de la historia del Japón moderno es el surgimiento o la aparición del socialismo que, del mismo modo que en otra época el capitalismo, no se presenta en ese país como la arbitraria importación de una doctrina exótica sino como una expresión natural y una etapa lógica de su propia evolución histórica. El socialismo, en el Japón, como en todas partes, ha nacido en las fábricas.

Sus primeros intérpretes han sido intelectuales. Si se recuerda que los intelectuales fueron también los primeros profetas y agentes de la revolución liberal y burguesa de 1868, se constata que la "inteligencia" japonesa acusa una especial sensibilidad histórica. No se comporta, académicamente, como una guardia pasiva de la tradición y del orden, sino, creadoramente, como una avanzada vigilante y alerta de reforma y progreso. La cátedra universitaria ha sido una de las tribunas del socialismo en el Japón. A un catedrático, el doctor Fukuda, de la Universidad de Keio, le debe el Japón la traducción de las obras de Karl Marx y a dos escritores, Sakai Yoshihiko y Yamkawa Nitoshi, un libro de 1,500 páginas, fruto de diez años de trabajo, sobre la vida del profeta del socialismo moderno. (Don Miguel de Unamuno, refiriéndose a algunas apreciaciones mías sobre su juicio del marxismo en su libro *La Agonía del Cristianismo*, me escribe precisándolo y aclarándolo: "Si, en Marx había un profeta: no era un profesor").

Pero los actores primarios, los creadores sustantivos del socialismo japonés no han pertenecido naturalmente al tipo del intelectual de gabinete. Han sido hombres de acción que a una inteligencia lúcida han unido un carácter heroico. Los mayores líderes del socialismo japonés, Sakai, Kotoku y Katayama -figuras mundiales los tres- no pueden ser catalogados como simples intelectuales. Su relieve histórico depende de su contextura de héroes y apóstoles.

Sakai, escritor vigoroso, de sólida cultura marxista, fue hasta su muerte en 1923, el jefe reconocido del socialismo japonés. Escribió, entre otros libros, una Historia del Japón en que, como en toda su obra, aplicó el método del materialismo histórico a la interpretación de los problemas y hechos de su país. En 1923, cuando la oleada reaccionaria aprovechó en el Japón del terremoto de Tokio y Yokohama para atacar brutalmente al movimiento socialista, Sakai murió asesinado por agentes de la policía. (La misma suerte sufrieron el sindicalista Osugi y su familia).

Kotoku representó en la historia del socialismo japonés el espíritu y la doctrina kropotkinianos. Traductor de libros de Kropotkin, se pronunció por su comunismo anárquico. Sin embargo, con seguro instinto de la situación, trabajó mancomunadamente con Sakai. Ambos líderes expusieron sus ideas primero en el "Yorozō Chōhō" y después en el "Heimin Shimbun". Acusado en 1910 de complotar contra la vida del Emperador, fue condenado a muerte con veinticuatro procesados más. Su ejecución provocó enérgica protesta en Occidente. Todos los partidos socialistas, todas las federaciones obreras, todas las conciencias libres del mundo, condenaron a los jueces de Kotoku.

Katayama, antiguo y valiente propagandista y organizador, de larga actuación sindicalista, figura desde la guerra ruso-japonesa en la escena internacional. La corriente revolucionaria lo reconoce como su fiduciario, mientras la corriente reformista obedece como jefe a Bundzi-Sudzuki.

La gran industria no predomina aún en la economía japonesa. La mayoría de la población está compuesta hasta ahora de campesinos, artesanos y pescadores. Pero la industria, acrecentada e impulsada por la guerra, imprime su fisonomía y su carácter a la urbe, hogar y crisol de la conciencia nacional. El proletariado industrial, ya en gran parte organizado, es en el Japón la fuerza del porvenir. Por otra parte, la concentración de la propiedad agraria, antes completamente fraccionada, está formando un proletariado rural, en el que se propaga gradualmente un sentimiento clasista.

El socialismo, finalmente, recluta gran cantidad de adeptos en la juventud universitaria, en cuya mente la palabra de muchos maestros de verdad puso a tiempo su fecunda semilla.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 8 de enero de 1927.

### **- "CAMINANTES", POR LIDIA SEIFULINA\***

Empieza a ser vertida al español la nueva literatura rusa. (Ya se sabe que la nueva literatura rusa no es la de los "emigrados" sino la de la Revolución. La que se alimenta de la savia, la emoción, el impulso, el sentimiento del orden nuevo). La Biblioteca de La Revista de Occidente ha publicado el Tren blindado de Vsevolod Ivanov y Caminantes de Lidia Seifulina. Esto, claro está, es todavía muy poco. Sólo después de conocer a Pilniak, Babel, Mayakovski, Essenin, Fedin, Zamiatín, Lunts, Pasternak, Tikhonov, Leonov, Ehrenburg, etc., podrá el lector hispano enjuiciar panorámicamente la literatura rusa de la Revolución. De los propios literatos del período anterior a la Revolución, tal vez los más representativos permanecen aun inéditos en español. Mencionaré a Blok, Briussov, Remisov y Biely. Y su conocimiento es necesario como introducción en la literatura post-revolucionaria, a la cual Blok, Briussov y Biely han dado su aporte, mientras Remisov, hostil al bolchevismo, ha extraído, sin embargo, de la nueva vida rusa, los temas de sus últimos trabajos.

Lidia Seifulina es, presentemente, la más interesante de las mujeres de letras de Rusia. La poetisa Ana Achmatova, cuyo nombre está más difundido fuera de Rusia, pertenece a la época pre-revolucionaria. La Seifulina, en cambio, procede absolutamente de la Revolución. En este período convulsivo se ha formado su personalidad y su obra. Los libros que

lleva publicados son señalados entre los mejores documentos de la literatura revolucionaria.

La Seifulina nos presenta, sobre todo, la vida de la provincia, de la campiña, bajo el nuevo régimen. El fondo de su obra, como el de la obra de Pilniak y Babel, es totalmente campesino, aldeano. El campo, la aldea, aparecen en sus novelas como el cimiento y el humus de la nación. La ciudad es artificial, inestable, un poco inhumana. Las raíces de Rusia están en la campiña. El vaho mórbido de la ciudad disgusta a su recia naturaleza de aldeana. La Seifulina siente que el contacto de la ciudad excita y corrompe al campo.

Esta actitud de la Seifulina mueve a varios de sus críticos a considerarla íntimamente adversa a la Revolución comunista por ser el comunismo en nuestro tiempo un fenómeno de origen y fermento esencialmente urbanos. Aunque comunista militante en los primeros años de la Revolución, la Seifulina no acusa, ciertamente, una inspiración ortodoxamente bolchevique. Es de los literatos que los bolcheviques denominan sagazmente "compañeros de viaje". Pero no es posible pedirle una literatura de rigurosa trama socialista. La Seifulina no es una teorizante, ni una funcionaria, sino una artista. (Trotsky ha planteado ya, en sus justos términos, la cuestión del arte proletario).

Me parece erróneo y ligero el juicio de la Melnikova cuando escribe que «en la Seifulina, la revolución es solamente el fondo sobre el cual se desenvuelven estos o aquellos acontecimientos de la vida campesina ya arrancada a su antiguo eje por obra de la guerra». Precisamente esta novela de Caminantes, que acaba de aparecer en la Biblioteca de La Revista de Occidente prueba lo contrario. La presencia de la Revolución con todos sus reflejos domina en Caminantes los episodios de la ciudad de provincia donde la novela se desarrolla. La novelista presenta en esta obra, con " un vigoroso realismo, a una colección viviente de personajes, cuya vida está estremecida hasta lo más hondo por el huracán de la Revolución. Y la Seifulina no se detiene en la anécdota. Aborda el conflicto central del alma rusa de nuestra época: el conflicto entre el romanticismo "socialista revolucionario", nutrido de supersticiones humanitarias, intelectuales y pequeño-burguesas, y el realismo bolchevique, forjado en la lucha social y purgado de hamletianismos neuróticos. El intelectual "socialista revolucionario" que la Seifulina presenta, nos delata el sentido íntimamente reaccionario de su resistencia a la dictadura revolucionaria cuando, prófugo de la ciudad, encuentra el terror blanco y, confortado por el roce de una banda de cosacos en son de avance, se siente a su turno triunfador. El gesto que le descubre entonces la Seifulina es la prueba plena que el lector juez,



momentáneamente conmovido por su declamación idealista, necesita para condenarlo.

Caminantes adquiere, por esto, una entonación revolucionaria. Hay en esta novela algo más que un documento objetivo de la revolución. El testimonio de Lidia Seifulina añade una pieza más, de irrecusable sinceridad, a la requisitoria contra el socialismo kerenskyano, apodado en Rusia "Socialismo revolucionario".

Otras novelas de Lidia Seifulina —como Humus, que he leído en la excelente traducción italiana de Ettore Lo Gatto— que describen más específica y localizadamente los efectos de la Revolución en la vida campesina, son sin duda las que inducen a una parte de la crítica a sospechar en la Seifulina una secreta hostilidad aldeana al comunismo. Pero Caminantes resulta mucho más categórica y explícita que Humus.

De la Seifulina, como literata, hay muchas cosas más que decir. Su rasgo principal, sin embargo —el sentimiento, rural, aldeano— está ya apuntado. Agregaré que, en cuanto a forma o tendencia, la Seifulina se clasifica como una neo-realista. Como una de sus características esenciales, conviene destacar también su extraordinaria aptitud para crear tipos de mujeres. La obra de Lidia Seifulina está fuertemente impregnada de emoción femenina.

-----  
\* Publicado en Variedades: Lima, 15 de Enero de 1927.

## **- EL IMPERIALISMO YANQUI EN NICARAGUA\***

Ni aún quienes ignoran los episodios y el espíritu de la política de Estados Unidos en Centro América pueden, ciertamente, tomar en consideración las razones con que el señor Kellog pretende excusar la invasión del territorio de Nicaragua por tropas yanquis. Pero quienes recuerdan el desenvolvimiento de esa política en los últimos cinco o cuatro lustros, pueden, sin duda, percibir mejor la absoluta coherencia de esta intervención armada en los sucesos domésticos de Nicaragua con los fines y la praxis notorios de esa política de expansión.

Hace ya muchos años que los Estados Unidos han puesto los ojos en Nicaragua y son varias las oportunidades en que, con análogos pretextos, han puesto las manos sobre su formal autonomía.

Roosevelt, el "fuerte cazador", notificó a Nicaragua, cuando la gobernaba el presidente Zelaya, el propósito de los Estados Unidos de convertir San Juan en un canal interoceánico y de establecer una base naval en el golfo de Fonseca. Pero este plan, de clara intención imperialista, encontró naturalmente viva resistencia en la opinión nicaragüense. El Presidente Zelaya no pudo hacer ninguna concesión al gobierno norteamericano a éste respecto. Los Estados Unidos no obtuvieron de este capataz de la política nicaragüense sino un tratado de amistad. Mas, en seguida, sus agentes se entregaron a la faena de organizar las revueltas de las cuales, al amparo de

los fusiles yanquis, debía brotar un gobierno obediente al imperialismo del Norte.

Este objetivo fue alcanzado, definitivamente, con la formación del gobierno de Adolfo Díaz, servidor incondicional del capitalismo yanqui. En defensa de este régimen, repudiado vigorosamente por el sentimiento público, intervinieron entonces como ahora, las tropas americanas, apenas su estabilidad apareció seriamente amenazada. Y del gobierno de Díaz obtuvieron los Estados Unidos el tratado que apetecían.

El canciller que firmó este tratado, Chamorro, heredó el poder. Los intereses norteamericanos en Nicaragua permanecieron durante algunos años bien guardados. Pero, el sentimiento popular, en continuo fermento, acabó por arrojar a este agente del imperialismo yanqui. Desde entonces, Estados Unidos, o mejor dicho su gobierno, sintió la necesidad de intervenir de nuevo en Nicaragua. El presidente que ahora tratan de imponer a este pueblo los cañones norteamericanos, es Adolfo Díaz. Sacasa, vicepresidente legal, representa, por dimisión del presidente, la Constitución y el voto de Nicaragua.

Es muy fácil a la prensa americana, presentar a los pueblos de Centro América en perpetua agitación revolucionaria. Mucho menos fácil le es, por cierto, escamotear a las miradas del mundo la participación principal de los yanquis en esta agitación revoltosa. Estados Unidos tiene interés en mantener dividida y conflagrada a Centro América. La necesaria confederación de las pequeñas repúblicas centroamericanas encuentra en Norte América a sus mayores enemigos. Cuando hace seis años dicha confederación fue intentada, las maquinaciones yanquis se encargaron de frustrarla. Nicaragua, cuyo gobierno estaba entonces completamente enfeudado a la política yanqui, constituyó el eje y el hogar de la maniobra imperialista contra la libre unión de los estados de Centro América.

La acentuación del expansionismo norteamericano, en estos momentos, es perfectamente lógica. Europa se encuentra presentemente en un período de "estabilización capitalista". Reorganiza, por ende, su minado imperio en África, Asia, etc. De otro lado, Estados Unidos es empujado a la afirmación de su predominio de los mercados, las vías de tráfico y los centros de materias primas, por su natural impulso de su desarrollo industrial y financiero. Si el capitalismo norteamericano no consigue acrecentar sus dominios, entrará irremisiblemente en un período de crisis. Estados Unidos sufre ya las consecuencias de su plétora de oro y de su superproducción agrícola e industrial. Su banca y sus industrias necesitan imperiosamente asegurarse mayores mercados. El despertar de la China, que, después de

tantos años de colapso moral, reacciona resueltamente contra el dominio extranjero, pone en peligro uno de los campos de los cuales el imperialismo yanqui pugna por desalojar gradualmente al imperialismo británico y al imperialismo japonés. Estados Unidos necesita, más que nunca, volverse hacia el Continente Americano, donde la guerra le ha consentido desterrar en parte la antes omnipotente influencia de Inglaterra.

Estas razones impiden a la opinión latinoamericana considerar el conflicto de Nicaragua como un conflicto al cual son extraños sus intereses. La solidaridad con Nicaragua, representada y defendida por el gobierno constitucional de Sacasa, se manifiesta, por esto, sin reservas.

Y del juicio continental, más aún que los desmanes del imperialismo yanqui, salen condenadas las traiciones de los caciques centroamericanos que se ponen en su servicio.

-----  
\* Publicado en Variedades: Lima, 22 de Enero de 1927.

### - «DER STURM» y HERWARTH WALDEN\*

No es posible explorar los caminos del arte moderno en Alemania sin detenerse largamente en Der Sturm\* Der Sturm no es solamente una revista. Es una casa de ediciones artísticas, una sala de exposiciones y conferencias, una galería de arte de vanguardia. Representa un hogar de las nuevas tendencias artísticas alemanas e internacionales. [\*La Tormenta]

Quien conozca la historia del expresionismo alemán sabe el lugar que ocupa en ella la revista Der Sturm, que ha cumplido ya su décimo séptimo año de existencia. El expresionismo no ha acaparado a Der Sturm. Cubistas y dadaístas, futuristas y constructivistas, sin excepción, han tenido en Der Sturm albergue fraterno. Herwarth Walden, director de Der Sturm, no se ha dejado nunca monopolizar por una escuela. Vanguardista auténtico, de rica cultura, de aguda visión y de penetrante inteligencia, su empeño consiste en cooperar, sin limitaciones, a la creación de un nuevo sentido artístico. Pero el hecho de que el expresionismo haya nacido en Alemania, lo ha vinculado particularmente a los hombres y a las obras de esta tendencia artística y literaria.

El movimiento expresionista exhibe, entre otros, el mérito de haber colocado a Alemania en rango principal en la pintura, después de un largo período en que permaneció, a este respecto, relegada a segundo orden. La

época del impresionismo se caracteriza como la de la hegemonía de la pintura francesa. Monet, Renoir, Cezanne, Degas, etc., llenan con su trabajo y con su influencia un entero capítulo de la pintura moderna. En ese capítulo, Alemania tiene muy exigua figuración. En general, todo el ciclo realista, impresionista, naturalista, recibió un aporte escaso y opaco de los artistas alemanes. Ha sido con la victoria de la fantasía sobre la realidad, de la imagen y la figura sobre la cosa, marcada por las nuevas corrientes, que la pintura y la escultura alemanas han entrado en un período de resurgimiento. El abstractismo de estas nuevas tendencias parece más próximo o más asequible al espíritu alemán que el naturalismo o el objetivismo de las escuelas que se proponían la representación de la naturaleza, en las cuales han sobresalido, más bien, los latinos.

Dos hogares ha tenido en Berlín el arte moderno: la casa de Der Sturm y la Casa de Paul Cassirer. Estas dos casas no han sido amigas, aunque en cierta forma hayan trabajado en una misma empresa. Y lo que las ha separado no ha sido razones de bottega\* o de concurrencia ante el público. Mientras Paul Cassirer, cualquiera que haya sido la generosidad de la inteligencia de su mecenazgo, se clasifica siempre como un corredor o un comerciante de obras de arte, Herwarth Walden se libra de este título por la intransigencia o el extremismo que ha dado a su misión. La posición de Walden es hasta hoy una posición de extrema izquierda, no por una fácil adhesión a ultraísmos formales, sino por una reiterada afirmación de un espíritu realmente revolucionario. En tanto que, como ya he tenido oportunidad de apuntarlo, una gran parte de los presuntos vanguardistas revela, en su dualismo y su objetivismo exasperados, su espíritu burgués decadente, Walden reclama en la obra de arte una disciplina alimentada en móviles sociales. «Los conceptos de libertad y personalidad (en el arte) -escribe Walden- han cumplido su hora». Y, luego, agrega: «De igual manera que parece muy difícil a la humanidad actual, sumergida dentro de una concepción burguesa, dejar de ver la libertad del hombre en la ilimitada posesión de capitales, y la libertad de la mujer en la ilimitada posesión de hombres subyugados, así también parece muy difícil, en la casa de los artistas, sumergida dentro de una concepción burguesa, abandonar su fe en la libertad del arte y en su victoria sobre las leyes éticas. Tan sólo eso que se llama la masa, guiada por un seguro instinto, ha reconocido que no hay privilegio para los trabajadores intelectuales, que es como los artistas gustan de llamarse en nuestros días». [\* Equivalente a competencia]

La actividad de Walden, en su revista y en sus exposiciones, es ampliamente internacionalista y cosmopolita. El valor de la nueva pintura francesa ha sido reconocido y proclamarlo por Der Sturm. La misma acogida ha dispensado Walden a los artistas nuevos de Italia, Rusia, etc.

Durante mucho tiempo la escena de Der Sturm ha estado principalmente ocupada por los artistas rusos Archipenko, Chagall, Kandinsky y Kokoschka.

La galería privada de Herwarth Walden constituye uno de los más completos museos de cultura moderna del mundo. Están allí representados insuperablemente Archipenko, Humberto Boccioni, Carlo Carrá, Marc Chagall, Max Ernst, Albert Gleizes, Kandinsky, Paul Klee, Kokoschka, Fernand Leger, Gino Severini y el gran expresionista alemán, prematuramente muerto hace algunos años, Franz Marc. Estos son los nombres anotados por mí cuando visité la galería de Walden a principios de 1923. De entonces a hoy, Walden debe haber enriquecido notablemente su colección.

Los últimos números de Der Sturm lo presentan, como siempre, combativo y vigilante. La experiencia expresionista, que para otros ha sido estéril en este sentido, a Herwarth Walden le ha abierto y aclarado amplias perspectivas históricas y sociales. Der Sturm es para él, al mismo tiempo, un puesto de observación práctica y un instrumento de elaboración teórica.

-----  
 [\* Publicado en Variedades: Lima, 29 de Enero de 1927 / \*\*En Amauta (Nº 11, pp. 17-18; Lima, Enero de 1928) insertó José Carlos Mariátegui la versión española de una breve pieza teatral de Herwarth Walden, titulada El último amor]

## **- EL NUEVO GABINETE ALEMAN\***

El período de estabilización capitalista en que ha entrado Europa desde hace más o menos tres años, está liquidando inexorablemente las rezagadas ilusiones del reformismo. Las últimas elecciones parlamentarias de Francia las ganaron, en una estruendosa jornada, las izquierdas. Y, sin necesidad de una nueva consulta al país, están en el gobierno las derechas, acaudilladas por Poincaré y solícitamente sostenidas por el radicalismo bonachón y provincial de Herriot. En Alemania, donde la revolución izó en 1918 a la presidencia de la República a un obrero socialista, las últimas elecciones parlamentarias las ganaron todavía los colores republicanos. Esto es las izquierdas y el centro. Y, —lo mismo que en Francia Poincaré y su banda hace algunos meses—, se instalan ahora en el poder las derechas, en tierna colaboración con el centro, dentro de un ministerio encabezado por Marx, candidato de las izquierdas a la presidencia de la República hace sólo dos años.

El proceso de esta reconciliación de los partidos burgueses no ha sido, en su apariencia ni en su ritmo, el mismo. Mientras en Francia son los burgueses de izquierda los que tienen el aire de haberse rendido a los de la derecha, aceptando el regreso de Poincaré a la jefatura del gobierno, en Alemania son los nacionalistas, hasta antes de ayer impugnadores sañudos de la república, de su constitución y de su política, los que se enrolan en una coalición burguesa acaudillada por Marx, juran obediencia a la carta

de Weimar y saludan la bandera republicana. Pero esto no es sino la superficie o, si se quiere, la envoltura del fenómeno. En su sustancia, éste no se diferencia. En Alemania como en Francia se ha producido una concentración burguesa, fuera de la cual no han quedado sino unos pocos disidentes, insuficientes para constituir el núcleo de una nueva secesión reformista mientras las condiciones del capitalismo no se modifiquen radicalmente.

El gobierno de minoría, encabezado también por Marx, que precedió a este gobierno de concentración burguesa, se apoyaba alternativamente en la derecha nacionalista y en la izquierda socialista. Los votos de los socialistas le servían para llevar adelante la política internacional de Stresseman, condenada por los nacionalistas. Y los votos de estos últimos le servían para imprimir a su política interior un carácter conservador. El partido socialista comprendió recientemente la necesidad de una clarificación, negando sus votos al gobierno y dejándolo en minoría en el Reichstag. Vino así la crisis que acaba de resolver un nuevo ministerio Marx, del cual forman parte los nacionalistas.

Todos saben que los nacionalistas desde que se fundó la República en Alemania no se ocupan de otra cosa que de atacarla. Representan el antiguo régimen. Encarnan el sentimiento de revancha. Son los que en los últimos meses han lanzado tan incandescentes invectivas contra la adhesión de Alemania al llamado espíritu de Locarno. Nada de esto, empero, ha sido bastante fuerte para ponerlos contra el movimiento de concentración burguesa, reclamado en Alemania por la práctica de la estabilización capitalista. Los nacionalistas han revisado de urgencia su programa, mondándole todas, las reivindicaciones estridentes -monarquía, etc.- que pudiesen embarazar su participación en el poder. La revisión continuará, naturalmente, ahora que son un partido de gobierno. Pero no menos graves resultan las renuncias y los olvidos a que, por su parte, se ven forzados los católicos. El centro católico ha colaborado en toda la política republicana, tan acérrimamente condenada por los nacionalistas. Desde la Constitución de Weimar hasta el pacto de Locarno, todos los documentos de la nueva historia alemana llevan su firma. Erzberger, su máximo hombre de Estado, cayó asesinado por una bala nacionalista precisamente a consecuencia de su solidaridad -los nacionalistas alemanes dirían complicidad- con la república.

Los demócratas no se han decidido a beber este cáliz. Han preferido salir de la coalición ministerial. Componen la única fuerza reformista de la burguesía reacia hasta ahora a la concentración. (A la derecha, está fuera de ella el nacionalismo extremista o racismo que, después del fracaso del

putsch de Munich quedó reducido a una exigua patrulla).

Los socialistas pasan, finalmente, a la oposición. Fundadores de la república, predominaron, o participaron principalmente, en el poder, durante sus primeros años. Posteriormente, el ministerio no ha podido prescindir de su consenso. El ministerio actual es el primero que se constituye en Alemania, después de la revolución, contra el socialismo. La estabilización capitalista les debe a los socialistas alemanes, por lo menos, una cooperación pasiva que no les sirve hoy de nada para entrabar a la reacción.

En la burguesía y en el proletariado, el reformismo queda liquidado definitivamente. Esta es la constatación más importante de la experiencia política no sólo de Alemania sino de toda la Europa occidental. Únicamente en Inglaterra sobrevive aún, no obstante todas sus fallas recientes, la vieja ilusión democrática.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 5 de febrero de 1927.

### **- EL PROBLEMA DE LA CHINA\***

El pueblo chino se encuentra en una de las más rudas jornadas de su epopeya revolucionaria. El ejército del gobierno revolucionario de Cantón amenaza Shanghai, o sea la ciudadela del imperialismo extranjero y, en particular, del imperialismo británico. La Gran Bretaña se apercibe para el combate, organizando un desembarque militar en Shanghai, con el objeto, según su lenguaje oficial, de defender la vida y la propiedad de los súbditos británicos. Y, señalando el peligro de una victoria decisiva de los cantoneses, denunciados como bolcheviques, se esfuerza por movilizar contra la China revolucionaria y nacionalista a todas las "grandes potencias".

El peligro, por supuesto, no existe sino para los imperialismos que se disputan o se reparten el dominio económico de la China. El gobierno de Cantón no reivindica más que la soberanía de los chinos en su propio país. No lo mueve ningún plan de conquista ni de ataque a otros pueblos. No lo empuja, como pretenden hacer creer sus adversarios, un enconado propósito de venganza contra el Occidente y su civilización. Es en la escuela de la civilización occidental donde la nueva China ha aprendido a ser fuerte. El pueblo chino lucha, simplemente, por su independencia. Después de un largo período de colapso moral, ha recobrado la conciencia de sus derechos y de sus destinos. Y por consiguiente, ha decidido repudiar y denunciar los tratados que en otro tiempo le fueron impuestos, bajo la



amenaza de los cañones, por las potencias de Occidente. Una monarquía claudicante y débil suscribió esos pactos. Hoy, establecido y consolidado en Cantón un gobierno popular que ejerce una soberanía efectiva sobre más o menos cien millones de chinos, —y que gradualmente ensancha el radio de esta soberanía—, los tratados humillantes y vejatorios que imponen a la China tarifas aduaneras contrarias a su interés y sustraen a los extranjeros a la jurisdicción de sus jueces y sus leyes, no pueden ser tolerados por más tiempo.

Estas reivindicaciones son las que el imperialismo occidental considera o califica como bolcheviques y subversivas. Pero lo que ningún imperialismo puede disimular ni mistificar es su carácter de reivindicaciones específica y fundamentalmente chinas. Todos saben en el mundo, por mucho que hayan turbado su visión las mendaces noticias difundidas por las agencias imperialistas, que el gobierno de Cantón tiene su origen no en la revolución rusa de 1917 sino en la revolución china de 1912 que derribó a una monarquía abdicante y paralítica e instauró, en su lugar, una república constitucional. Que el líder de esa revolución, Sun Yat Sen, fue hasta su muerte, hace dos años, el jefe del gobierno cantonés. Y que el Kuo-Min-Tang (Kuo: nación, Min: pueblo, Tang: partido), propugna y sostiene los principios de Sun Yat Sen, caudillo absolutamente chino, en quien la calumnia más irresponsable no podría descubrir un agente de la Internacional Comunista, ni nada parecido.

Si el imperialismo occidental, con la mira de mantener en la China un poder ilegítimo, no se hubiera interpuesto en el camino de la revolución movilizándolo contra estas ambiciones de los caciques y generales reaccionarios, el nuevo orden político y social, representado por el gobierno de Cantón, imperaría ya en todo el país. Sin la intervención de Inglaterra, del Japón y de los Estados Unidos, que, alternativa o simultáneamente, subsidian la insurrección ya de uno, ya de otro tuchun, la República China habría liquidado hace tiempo los residuos del viejo régimen y habría asentado, sobre firmes bases, un régimen de paz y de trabajo.

Se explica, por esto, el espíritu vivamente nacionalista -no antiextranjero- de la China revolucionaria. El capitalismo extranjero, en la China, como en todos los países coloniales, es un aliado de la reacción. Chang-Tso-Lin, el dictador de la Manchuria, típico tuchun; Tuan-Chi-Jui, representante en Pekín del partido Anfu, esto es de la vieja feudalidad; Wu-Pei-Fu, caudillo militar que adoptó en un tiempo una plataforma más o menos liberal y se reveló, luego, como un servidor del imperialismo norteamericano; todos los enemigos, conscientes o inconscientes, de la revolución china, habrían sido

ya barridos definitivamente del poder, si las grandes potencias no los sostuvieran con su dinero y su auspicio.

Pero es tan fuerte el movimiento revolucionario que ninguna conjuración capitalista o militar, extranjera u nacional, puede atajarlo ni paralizarlo. El gobierno de Cantón reposa sobre un sólido cimiento popular. La agitación revolucionaria, —temporalmente detenida en el norte de la China por la victoria de las fuerzas aliadas de Chang-Tso-Lin y Wu-Pei-Fu sobre el general cristiano Feng-Yu-Siang—, toma cuerpo nuevamente. Feng-Yu-Siang está otra vez a la cabeza de un ejército popular que opera combinadamente con el ejército cantonés.

Con la política imperialista de la Gran Bretaña que, en defensa de los intereses del capitalismo occidental, se apresta a intervenir marcialmente en la China, se solidarizan, sin duda, todas las fuerzas conservadoras y regresivas del mundo. Con la China revolucionaria y resurrecta están todas las fuerzas progresistas y renovadoras, de cuyo prevalecimiento final espera el mundo nuevo la realización de sus ideales presentes.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 12 de Febrero de 1927

## - LEONIDAS LEONOV\*

La Biblioteca de la Revista de Occidente nos ofrece en español otra obra de la nueva literatura rusa. Otro testimonio de que la literatura rusa no ha terminado, con el antiguo régimen, devorada por la Revolución, como se imaginan algunos buenos o malos burgueses.

Leonidas Leonov, el autor de Los Tejones, representa, según sus críticos, en la literatura rusa de hoy, la tradición de Gogol y Dostoievsky. Algunos de sus personajes descienden, efectivamente, de los de Almas Muertas o Los Hermanos Karamazov. Pero el primer libro suyo, vertido al español no es, precisamente, uno de los que pueden acreditar esta tesis. De Leonov he leído, traducida al italiano, otra novela, El fin de un hombre mezuino. Es ahí, no en Los Tejones, donde revela un poco el mundo de Dostoievsky.

Los Tejones, por tanto, no bastan para revelar integralmente a Leonov a los lectores hispánicos. Leonov no está cabal, no está entero en esta novela. Pero, en cambio, Los Tejones tienen, además de su mérito artístico, el valor de constituir un nuevo testimonio de la estabilización del bolchevismo. Leonov no es comunista. No ha dado nunca su adhesión al partido bolchevique como, por ejemplo, Babel y la Seifulina. Se le supone, por el contrario, una actitud escéptica, si no hostil, ante la Revolución. Mas las obras que de él conozco afirman, objetivamente, la victoria revolucionaria, cualquiera que sea su indiferencia respecto de la Revolución misma.

En *El fin de un hombre mezquino* nos presenta el drama de la "cultura" (de la cultura entre comillas para no identificarla con la otra, la verdadera), en los primeros años de la Revolución. El protagonista, el profesor Feodor Andreich Licharyev, es un sabio paleontólogo que durante toda su existencia ha estado más o menos ausente de la vida rusa. «Con un tenaz esfuerzo de la mente y de la voluntad -dice Leonor- había penetrado tan profundamente en las inescrutables profundidades de la ciencia paleontológica y de las otras ciencias emparentadas a ésta que, probablemente, había vivido todo su tiempo en la edad antediluviana, considerando el presente como un reflejo sin valor de aquellos tiempos irrevocables». La Revolución lo sorprende entregado, en cuerpo y alma, al estudio del período mesozoico. El profesor Licharyev siente, en su carne, las mortificaciones del cataclismo: hambre, frío, etc. Pero su atención está absolutamente acaparada por cataclismos remotos. No le es posible, por consiguiente, enterarse de la revolución ni de sus alcances. Además, un ambiente de catástrofe era, acaso, el más adecuado para sus investigaciones e hipótesis. A un sabio paleontólogo, que revive mentalmente la edad más tormentosa del planeta, la revolución social no podía perturbarlo. Tenía más bien que servirle de excitante para su afición.

Pero el cataclismo presente, real, resulta, a la postre, excesivamente violento para permitir al profesor Licharyev la tranquila reconstitución de los cataclismos remotos. La realidad reivindica sus fueros. La presencia de la Revolución acaba por volverse evidente hasta para el sabio paleontólogo. Y entonces el sabio siente que se rompe el resorte de su vida. Rasga sus manuscritos. Tira su pluma estilográfica. Su mecenas miserable -un hebreo ignorante, enamorado de la "cultura", que alivia su miseria, proveyéndolo periódicamente de algunos comestibles, con un respeto religioso por su obra sobre el período mesozoico- escucha consternado la trágica declaración de Licharyev de que la paleontología se ha tornado inútil, absolutamente inútil, en medio de este cataclismo auténtico.

El caso de Licharyev puede parecer demasiado singular. Pero, en verdad, refleja la situación de una gran parte de la "inteligencia" en los años de la Revolución. El drama del profesor de Paleontología ha sido también el de muchos profesores de Filología, de Anatomía, de Historia y hasta de Economía Política, sorprendidos también por la Revolución, si no en el período mesozoico, en otros períodos más próximos pero no menos fenecidos. El profesor Licharyev, es el "intelectual" ruso, famélico, miserable -a causa de la Revolución- en el nombre del cual tantos espíritus plañideros se han quejado de la barbarie bolchevique y de sus ataques a la "cultura".

En Los Tejones no tenemos un conflicto semejante en su significado o en su proceso. El episodio es diferente. El escenario lo es también. No respiramos la atmósfera del helado y mísero cuarto del profesor Licharyev. La atmósfera es rural, aldeana, palurda, sin relente de urbe y, mucho menos, de Paleontología. Estamos en la aldea, en la campiña, en el bosque y nos sentimos, por consiguiente, con los pulmones sanos. La vida ignora totalmente las teorías sobre el mesozoico. Pero uno de los protagonistas es siempre la Revolución. El otro, en vez de la "cultura", es la aldea. Y, como la aldea tiene una existencia menos objetable y, en todo caso, más insuprimible que la Paleontología, el conflicto se resuelve diversamente. La aldea de Vory -hostil al bolchevismo, por su pleito ancestral con la de Gusaki, a la cual la justicia sumaria de los bolcheviques acaba de asignar el usufructo del prado Zinkino- depone las armas. Los aldeanos rebeldes, a los que su lucha contra los de Gusaki y el bolchevismo ha puesto fuera de la ley, después de un período de romántico exilio en el bosque, regresan al villorio. Las bandas rurales, en armas contra el nuevo poder, son reabsorbidas por la campaña pacífica. Los Tejones representan uno de los últimos episodios de la lucha. Con la rendición de "los tejones", el bolchevismo impone su ley a una de las últimas bandas resistentes que consentían, aunque fuera un poco artificialmente, dudar aún de su estabilidad.

Esta novela es una versión objetiva -indiferente al contraste de las ideas- del alma de la aldea rusa. Y, más que del alma, del cuerpo. Porque, afortunadamente, Leonov no se propone objetivos trascendentales ni metafísicos. Es un realista que, sólo para que no nos sea posible dudar de que lo que nos describe es la realidad, pone en ella el poco de poesía necesario para que no le falte nada.

-----  
\* Publicado en Variedades: Lima, 26 de Febrero de 1927.

### **- LA EX-COMUNIÓN DE "L'ACTION FRANCAISE"\***

La política de L'Action Française se definía, hasta hace poco, con estas tres palabras: monarquía, catolicismo, nacionalismo. Estas dos últimas aparecen en la historia en constante desavenencia teórica, no obstante su frecuente entendimiento práctico. La idea de la Nación se presenta como un producto del espíritu renacentista, denunciado por los doctores de la Iglesia como herético y protestante. Por nacionalista — esto es, por herética y protestante en primer o último análisis— fue condenada a la hoguera Juana de Arco. Católico es universal. Pero Charles Maurrás, el filósofo de L'Action Française había encontrado siempre en el recetario de su monarquismo positivista la fórmula no sólo de reconciliar sino hasta de mancomunar catolicismo y nacionalismo.

El compromiso entre la iglesia Católica y el Estado demo-liberal, — afirmado y ratificado en todo el mundo a medida que el liberalismo, después de asegurar el poder a la burguesía, perdió su sentido revolucionario—, favorecía paradójicamente la tesis de Maurrás, enemigo irreductible del Estado demo-liberal, para él siempre herético y absurdo. La extinción de la vieja polémica entre la Iglesia y la Nación suprimía los conflictos teóricos y prácticos que habrían saboteado en otro tiempo su especulación filosófica.

Pero ahora el Vaticano, que sabe de oportunismo y de positivismo mucho

más que el eminente monarquista, liquida con esa declaración irrevocable el equívoco escondido en su programa. L'Action Française ha sido excomulgada. Los libros de Charles Maurrás, puestos en el Index. Y L'Action Française, en vez de abjurar su herejía, la ha reafirmado. Charles Maurrás y León Daudet han respondido con un rotundo "Non poso-mus" a la sentencia papal. Puestos a elegir entre su catolicismo y su nacionalismo, han optado por éste. O, mejor, por su monarquismo, eludiendo el dile-ma.

Naturalmente, lo que la Santa Sede ha condenado no es el nacionalismo de L'Action Française sino el paganismo de Maurrás. En estos tiempos de fascismo, el Vaticano, en flirt diplomático con el fascio littorio, no se aventuraría a romper, imprudentemente, una lanza por el carácter ecuménico, universal, —ergo antinacionalista—, de la catolicidad, a menos que muy fuertes y concretas razones se lo aconsejaran. El anatema cae sobre lo que hay de pagano y hasta de ateo en el fondo de la literatura y la filosofía de Maurrás. Todos saben que el catolicismo de Maurrás es inconfundiblemente oportunista y relativo. Maurrás no está por la Fe, sino por la Iglesia. Su catolicismo reposa en razones prácticas. Ha llegado a él por la vía del positivismo. Es católico por tradición nacional. La monarquía en Francia fue católica; él, legitimista ortodoxo, no puede ser sino católico.

Mas de esto estaban enterados desde hace mucho tiempo todos los lectores de Maurrás: adversos, amigos y neutros. La Iglesia era la única que parecía ignorarlo. Le han sido necesarios al menos quince años más que a cualquiera para informarse cabal y definitivamente del espíritu de Maurrás y, por ende, del espíritu de L'Action Française. (Y hay que referirse siempre a Maurrás y no a Daudet porque el que está en causa es Maurrás. La filosofía de L'Action Française es de Maurrás; la literatura, de Daudet. O, mejor, en L'Action Française, Maurrás es el ideó-logo. Daudet el panfletista). Los doctores del Vaticano, interpelados, responderían probablemente así: —Es cierto. Todo el mundo sabía que Maurrás no era un católico auténtico. Pero la Iglesia no podía comportarse como todo el mundo. La Iglesia era juez. Maurrás estaba procesado. Su juicio ha durado todo este tiempo.

Se dice, en efecto, que la condena definitiva de Maurrás estaba resuelta hace más de diez años. Parece que la guerra la detuvo. El Santo Oficio tenía documentada la peligrosa heterodoxia del pontífice del legitimismo francés. Se vacilaba, por complicadas razones de oportunidad para fulminarlo con un anatema. Para resolverse a condenarlo, el Papa mismo ha estudiado toda su obra.

El golpe desde el punto de vista político, no es al nacionalismo. Es, más bien, al

legitimismo, al monarquismo. Desde los tiempos del Concordato, el Vaticano ha renunciado completamente a contestar y, más aún, a repudiar el orden burgués en Francia. Republicanos y demócratas son, al mismo tiempo, buenos católicos. El nacionalismo no está acaparado en Francia por la capilla de L'Action Française. El movimiento reaccionario se guarda de identificar-se con el movimiento monarquista. El fascismo francés tiene otros capitanes. Tiene hasta otros órganos: el diario dirigido por George Valois. En tanto, se dice que el Vaticano le guarda cierto rencor al anglicanismo que, bajo la monarquía, opuso tantas veces la iglesia nacional a Roma.

Por esto mismo, L'Action Française queda gravemente maltrecha. El derecho a llamarse católica le ha sido cancelado por la suma autoridad eclesiástica. El derecho a llamarse nacional le es contestado cotidianamente por las fracciones concurrentes. A la gaceta polémica de Maurrás y Daudet no le queda, pues, realmente sino su legitimismo, su monarquismo. Esto es, la bendición platónica del duque de Guise. Y el paganismo de Maurrás, condenado por el Papa. Y la diatriba de Daudet, que no le interesa a la Iglesia, ni a la Historia.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 5 de Marzo de 1927.

## **- EL PROBLEMA DE BESARABIA\***

La política anti-rusa de la Gran Bretaña acaba de obtener la sanción, por parte de las potencias occidentales, de la anexión de la Besarabia a Rumania. Esta anexión es el más grueso botín de guerra ganado por Rumania en premio de su cooperación con la Entente contra los Imperios Centrales. Hasta 1920 tuvo el carácter de un mero acto de fuerza de Rumania. Sólo en octubre de ese año —también en días de ofensiva antibolchevique— alcanzó el reconocimiento o la legalización de la Entente; en un tratado suscrito por los plenipotenciarios de Inglaterra, Francia, Italia y el Japón. Pero hasta hace pocos días este tratado había sido ratificado únicamente por los gobiernos de Inglaterra y Francia.

Para la validez internacional del tratado era menester, conforme a una de las cláusulas, su ratificación por al menos tres de las potencias signatarias. La inteligente política de Tchitcherin neutralizó, temporalmente, al Japón con la firma de un tratado ruso-japonés. El convenio comercial italo-ruso, detuvo, de otro lado, a Italia en la vía de la ratificación. Mussolini ha querido aprovechar la situación de Italia en este pleito.

El acuerdo italo-rumano, concertado por Mussolini y el general Averescu, contrapesó hace un año, más o menos, los efectos del convenio italo-ruso. Entre el dictador italiano y el líder del partido popular rumano se estableció un perfecto flirt. Pero Mussolini, evidentemente, no se decidía a dar por tan

poco su consenso decisivo a la anexión de la Besarabia.

Ahora este consenso le ha sido arrancado por la presión de la diplomacia inglesa, a cambio, sin duda, de especiales concesiones al plan de expansión del Imperio fascista en el Oriente. De un compromiso entre Inglaterra e Italia, a este respecto, se viene hablando, con creciente insistencia, desde que Mussolini aceptó la invitación británica para cooperar en una acción mancomunada de las potencias occidentales contra la China revolucionaria. La diplomacia fascista resulta así sirviendo el juego de la diplomacia británica, a la cual se supone seguramente superior en maquiavelismo. Es probable que las obligaciones secretamente contraídas por Inglaterra con Italia, en cambio de estos servicios, sean capitales para los proyectos del imperialismo británico. Pero lo evidente y positivo, hasta hoy, es que Italia paga al contado, en el presente, las promesas de Inglaterra para el porvenir.

La acción de la cancillería británica mira al boicoteo de la Rusia Sovietista por el Occidente, en represalia de la ayuda prestada por Rusia a la insurrección de la China, y en general del Oriente, contra el imperialismo capitalista. Italia, que necesita del comercio con Rusia, donde encuentra un vasto mercado para su industria, al mismo tiempo que el más ventajoso depósito de petróleo, trigo y otras materias, se mostraba antes reacia a seguir a Inglaterra. Pero la ambición del apoyo británico a sus pretensiones coloniales parece pesar más, por el momento, en su oportunista política internacional. Con el golpe de estado de Lituania, que ha colocado en el gobierno lituano a una fracción anti-bolchevique, el bloque anti-ruso de los países bálticos es de nuevo unánime. La última palabra sobre la actitud del Occidente ante Rusia debe pronunciarla Alemania, a la cual con el pacto de Locarno se ha atraído al terreno de la cooperación occidental o, mejor, capitalista.

Este es el problema general de la lucha entre la revolución rusa y la Europa capitalista. Pero no es posible eludirlo al examinar el problema particular de la Besarabia que, en verdad, constituye sólo una de sus facetas. Los rumanos se enseñorearon de la Besarabia al amparo de la movilización moral y material del Occidente capitalista contra la Revolución Rusa. De otro modo, no se habrían sentido suficientemente fuertes para apoderarse de una región que forma parte de Rusia hace más de un siglo. El argumento étnico, después de un período tan, prolongado de posesión y, por ende, de asimilación rusa, no le habría bastado para asegurarse el apoyo de las naciones de Occidente.

Rumania reivindica la Besarabia alegando que predomina en su población la raza rumana. Pero este hecho, incontestable hace ciento doce años,



cuando Rusia arrancó este territorio a Turquía, carece hoy de la fuerza que habría tenido entonces. La voluntad de esa población no ha sido absolutamente consultada. Ha sido, por el contrario, marcialmente violentada. Cuando los alemanes ocuparon Ucrania, la Besarabia, separada de Rusia, quedó en aptitud de gobernarse a sí misma. El Consejo Nacional, Staful Tserik, proclamó primero la autonomía de la Besarabia, bajo la denominación de República Moldava. Bajo la presión rumana, esta dieta regional decidió la unión de la Besarabia a Rumania, pero en una forma que le aseguraba aún cierto grado de autonomía. Posteriormente, sometido a la coerción de la ocupación militar del territorio por los rumanos, votó la anexión incondicional a Rumania, siendo, a renglón seguido de este voto, disuelto por los invasores.

Luego, el gobierno rumano ha practicado en Besarabia una política brutal de "rumanización" que muestra lo artificial de dicho voto de una asamblea coactada en su libertad más elemental. Las insurrecciones se han sucedido en la Besarabia. Y se han sucedido las represiones truculentas del sentimiento de la población. Una de las páginas más espeluznantes del terror blanco en la Europa Central ha sido, como lo acredita la encuesta de Henri Barbusse, apoyada en mil testimonios fehacientes, la escrita por las bayonetas rumanas en la sufrida Besarabia.

-----  
\* Publicado en **Variedades**, Lima, 12 de Marzo de 1927.

### **- GEORGE BRANDES\***

Casi simultáneamente nos llegan los ecos de dos funerales europeos: el de George Brandes y el de Rainer María Rilke. Los dos, el crítico danés y el poeta alemán, pertenecían a la estirpe, cara a Goethe y a Nietzsche, de los buenos europeos. George Brandes, sobre todo, puso su mayor empeño en adquirir y merecer este título. El estudio de la obra de Ibsen, que fue uno de los primeros en explicar a Europa, le reveló lo difícil que es para un escritor superar la barrera del idioma, cuando éste no es un idioma muy difundido. Brandes resolvió escapar a esas barreras, escribiendo en alemán. Dominaba el alemán, el francés y el inglés como su lengua propia. Del francés decía que sería siempre para él la lengua de los artistas y de los hombres libres. Protestó siempre contra las limitaciones de todo nacionalismo.

No se le define, sin embargo, cuando se le llama internacionalista. Más que internacionalista, era antes un europeísta. El internacionalismo del siglo diecinueve -y Brandes se sintió siempre un hijo de su siglo- tuvo sus fronteras, que si no fueron, precisamente, las de un continente, fueron las de una raza: la raza blanca. Lo que descubrió ese siglo no fue la solidaridad de todos los pueblos, sino la solidaridad de los pueblos blancos. El sello occidental o blanco del internacionalismo de esos tiempos está impreso hasta en la práctica de las internacionales obreras.

Judío, Brandes procedía de una raza que parece predestinada para empresas

universales y ecuménicas y a la que los nacionalismos europeos miran con encono por esta aptitud o destino. Pero Brandes se mantuvo a cierta distancia de mesianismos mundiales. Estaba demasiado enamorado de Occidente y, más que de Occidente, de Europa, para que lo atrajeran dormidas culturas y aletargadas razas.

Los rasgos esenciales de George Brandes son su individualismo y su racionalismo. Bajo este aspecto, fue también un hijo de su siglo. No entendió nunca al demos, ni amó jamás a la masa. El culto de los héroes ocupó perenne y ardientemente su espíritu. Le tocó, sin embargo, pensar y obrar como un representante de un siglo de democracia burguesa y liberal. Pero no aceptó el título de demócrata, sin vacilaciones y sin escrúpulos, provenientes de su convicción de que ninguna gran idea, ninguna gran iniciativa había emanado nunca de la masa. «El gran hombre -afirmaba- no es el resumen de la civilización ya existente; es la fuente y el origen de un estado nuevo de civilización». Por esto prefería titularse radical. Su famoso estudio sobre Nietzsche, de quien fue grande y devoto amigo, se titulaba "ensayo sobre el aristocratismo radical".

Por su individualismo y por su racionalismo, George Brandes, no podía amar este siglo, contra el cual empezó a malhumorarse desde la propagación de la filosofía bergsoniana. En una entrevista con Frederic Lefébre, de hace dos años, recordaba él mismo una frase suya, pronunciada dos años atrás en una conferencia en Londres: «La intuición, he aquí una cualidad que hay que dejar a las admiradoras de Mr. Bergson». Su racionalismo ochocentista, reaccionaba agriamente contra toda tentativa de disminuir el imperio de la razón. El freudismo era una de las corrientes de este siglo que más le disgustaba. No obstante el vínculo racial del judaísmo -que juntó sus nombres en el comité de dirección de La Revue Juive\*- Brandes trataba con pocas consideraciones a Freud, cuyas teorías calificó una vez de "fantasías obscenas e inhumanas". Así como la intuición debía ser dejada a las admiradoras de Bergson, el psicoanálisis debía abandonarse a sus cultivadores de América. Para Brandes el hombre de pensamiento más grande de hoy era, sin disputa, Einstein. ¿Por qué? No es difícil adivinarlo. Porque en Einstein reconocía, ante todo, un representante del racionalismo. Todas sus conclusiones -decía- son verificables. [\* La Revista Judía]

George Brandes no podía absolutamente, comprender esta época, que repudiaba en bloque. Su criticismo ochocentista, descendiente en parte del de Renán -sobre quien escribió fervorosas e inteligentes páginas, en sus buenos tiempos- se había tornado en pesimismo negativo, no menos radical que su antiguo aristocratismo. El bolchevismo y el fascismo eran para Brandes fenómenos totalmente ininteligibles. El naufragio de sus viejos y

caros ideales le hacía pensar que no quedaban más ideales en el mundo ni en Europa. Al periodista norteamericano Clair Price, que lo entrevistó poco antes de su muerte, le confesó todo su desencanto; más que crepuscular, apocalíptico. «¡Europa! ¿Existe aún la idea de Europa?». Brandes no hablaba como si con él se acabara una época, sino como si con él se acabara Europa.

No hay que sorprenderse, pues, de que los intelectuales de hoy lo mirasen como un sobreviviente del siglo XIX. Extremando este juicio, o asimilándolo al del propio Brandes, Clair Price lo llamaba «un europeo que ha sobrevivido a Europa». Otros escritores contemporáneos, más distantes de su espíritu y de su mentalidad -porque repudian por herético, cuando no por estúpido, el siglo diecinueve- le dedicarán sin duda un duro epitafio. En su *Dizionario dell'uomo salvatico\**, Giovanni Papini le ha puesto ya uno acérrimo: «Judío envenenador de los espíritus escandinavos del fin del siglo XIX. Pareció a los hiperbóreos la síntesis trinitaria de Voltaire-Taine-Heine. Hizo carrera como revelador y apóstol de Ibsen, Nietzsche, Strindberg, etc., pero no consiguió jamás descubrirse a sí mismo y los últimos apóstoles de su gloria danesa lo han dejado reblandecer solo».

Papini cometía la más grave injusticia, en este juicio sumario, al confinar la figura y la obra de Brandes dentro de los confines de Dinamarca. Desterrado en su juventud de su país, donde su radicalismo chocaba con los residuos del fariseísmo conservador, en su vejez le ha faltado también a la gloria de Brandes la ratificación de la mayoría de los suyos. Nacionalistas y revolucionarios lo declaran distante y extraño a ellos. [\* Diccionario del hombre salvaje]

Pero el nombre de Brandes queda, de toda suerte, inscrito honrosamente en el escalafón intelectual del siglo diecinueve. Su obra capital, seis volúmenes sobre las grandes corrientes de ese siglo -aunque no abarcan, propiamente, sino su primera mitad- le asegura un puesto de honor en su tiempo. Y tiene, además, Brandes un mérito que nadie puede contestarle: su intransigente y apasionada fidelidad a sus ideales en esta época en que, ante la novedad reaccionaria, abdican tantos viejos representantes del pensamiento demo-burgués, ese mérito, hace particularmente respetable la figura de Brandes, el "buen europeo" que no quiso jamás renegar de este título

-----

\* Publicado en *Varietades*: Lima, 26 de marzo de 1927.

### **- LA TOMA DE SHANGHAI\***

Con la ocupación de Shanghai por el ejército cantonés se abre una nueva etapa de la revolución china. El derrocamiento de la claudicante y asmática dinastía manchú, la constitución del gobierno nacionalista revolucionario de Cantón y la captura de Shanghai por las tropas de Chiang-Kai-Shek, son hasta hoy los tres acontecimientos sustantivos de esta revolución de cuya realidad y trascendencia sólo ahora parece darse cuenta el mundo. En los quince días transcurridos después de la caída de la monarquía, la revolución ha sufrido muchas derrotas y ha alcanzado muchas victorias. Pero entre éstas, ninguna ha conmovido e impresionado al mundo como la de Shanghai. La razón es que esta victoria no aparece ganada por la revolución sólo contra sus enemigos de la China sino, sobre todo, contra sus enemigos de Occidente.

La colaboración de las fuerzas reaccionarias de la China ha permitido durante mucho tiempo a Europa detener la revolución y la independencia chinas. Generales mercenarios como Chan-So-Lin y Wu-Pei-Fu han conservado en sus manos, al amparo de las potencias imperialistas, el dominio de la mayor parte de la China. Por la subsistencia de una economía feudal, el norte de la China se ha mantenido, salvo breves intervalos, bajo el despotismo de los tuchuns. El fenómeno revolucionario, en no pocos momentos, ha estado localizado en Cantón. Pero los revolucionarios chinos no han perdido nunca el tiempo. Entrenados por la lucha misma han aprendido

a asestar certeros golpes al imperialismo extranjero y a sus agentes y aliados de la China. El Kuo-Min-Tang se ha convertido en una formidable organización con un programa realista y con un arraigo profundo en las masas.

La toma de Shanghai es una victoria decisiva de la revolución. El desbande de las tropas reaccionarias ante el avance de Chiang-Kai-Shek, indica el grado de desmoralización de las fuerzas que en la China sirven al imperialismo. Y el hecho de que las potencias imperialistas parlamenten con los revolucionarios —aunque los amenacen intermitentemente con sus cañones— denuncia la impotencia del Occidente capitalista para imponer hoy su ley al pueblo chino, como en los tiempos en que la rebelión de los boxers provocó el envío de la expedición militar del general Waldersee.

La China monárquica y conservadora de los emperadores manchúes no era capaz de otra cosa que de capitular ante los cañones occidentales. Las grandes potencias la obligaron hace un cuarto de siglo a pagar los gastos de la invasión de su propio territorio con el pretexto del restablecimiento del orden y de la protección de las vidas y propiedades de los occidentales. No había humillación que rechazase por excesiva. La China revolucionaria, en cambio, se declara dueña de sus destinos. Al lenguaje insolente de los imperialismos occidentales responde con un lenguaje digno y firme. Su programa repudia todos los tratados que someten al pueblo chino al poder extranjero.

En otros tiempos, las potencias capitalistas habrían exigido a los chinos, con las armas en la mano, la ratificación humilde de esos tratados y el abandono inmediato de toda reivindicación revisionista. Pero la posición de esas potencias en Oriente está profundamente socavada a consecuencia de la revolución rusa y en general de la crisis post-bélica. La Rusia zarista, ponía todo su poder al servicio de la opresión del Asia por los occidentales. Hoy la Rusia socialista sostiene las reivindicaciones del Asia contra todos sus opresores.

Se repite, en un escenario más vasto y con nuevos actores, el conflicto de hace cuatro años, entre la Gran Bretaña y el nacionalismo revolucionario turco. También entonces, después de proferir coléricas palabras de amenaza, la Gran Bretaña tuvo que resignarse a negociar con el gobierno de Angora. Se oponían a toda aventura guerrera la voluntad de sus Dominios y la conciencia del propio pueblo inglés.

Europa siente que su imperio en Oriente declina. Y sus hombres más iluminados comprenden que la libertad de Oriente significa la más legítima de

las expansiones de Occidente: la de su pensamiento. La guerra contra la China no podría ser ya aceptada por la opinión pública de ningún país, por muy diestramente que la envenenasen la prensa y la diplomacia imperialistas.

Los revolucionarios chinos tienen franco el camino de Pekín. La conquista de la capital milenaria no encuentra ya obstáculos insalvables. Inglaterra, el Japón, Estados Unidos, no cesarán de conspirar contra la revolución, explotando la ambición y la venalidad de los jefes militares asequibles a sus su-gestiones. Se advierte ya la intención de tentar a Chiang-Kai-Shek a quien el cable, tendenciosamente, presenta en conflicto con el Kuo-Min-Tang. Pero no es verosímil que Chiang-Kai-Shek caiga en el lazo. Hay que suponerle la altura necesaria para apreciar la diferencia entre el rol histórico de un libertador y el de un traidor de su pueblo<sup>1</sup>. [1 Los sucesos posteriores, lamentablemente, demostraron que Chang-Kai Shek no supo situarse a la altura de su "rol histórico", prefiriendo el de "traidor de su pueblo" (N. de los E.)]

Por lo pronto la revolución ha ganado con Shanghai una gran base material y moral. Hasta hace poco, Cantón, la ciudad de Sun-Yat-Sen, era su única gran fortaleza. Hoy Shanghai se agita bajo la sombra de sus banderas que lo transforman en uno de los mayores escenarios de la historia contemporánea.

Sobre Shanghai convergen las miradas más ansiosas del mundo. Unas llenas de temor y otras llenas de esperanza. Para todas, un episodio de la epopeya revolucionaria vale más que todos los episodios sincrónicos de la política capitalista.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 2 de Abril de 1927.

### **- RAINER MARIA RILKE\***

Es aventurado establecer categorías estéticas. Pero no se puede prescindir de ellas para enjuiciar con cierto orden la poesía y el arte de esta época caótica. El caos, en la poesía y en el arte, no es nunca tan absoluto como para no aceptar provisoriamente un orden que permita explotarlo y analizarlo. Las categorías pueden resultar un poco ficticias, pero constituyen siempre el andamio indispensable para la construcción de una tesis de varios pisos y sólo tres dimensiones. Para una tesis sobre la poesía contemporánea, cuyos materiales estoy allegando en mis horas de recreo, he concebido tres categorías: épica revolucionaria, disparate absoluto, lirismo puro. Más que tres categorías propiamente dichas me he esforzado por imaginar o reconocer tres líneas, tres especies, tres estirpes. Su mejor representación gráfica -todas las teorías modernas se caracterizan por la posibilidad de poder expresarse gráficamente- serían tal vez tres tallos. Todo lo que significa algo en la poesía actual es clasificable dentro de una de estas tres categorías que superan todos los límites de escuela y estilo.

La obra de Rainer María Rilke, el gran poeta, el guter europaer,\* que ha perdido Europa poco antes que a Jorge Brandes pertenece a la categoría menos sujeta a lo temporal, a lo histórico: el lirismo puro. Pocas clasificaciones presentan tanta facilidad como la de este dulce germano que amó a Francia y Rodin y escribió muchas de sus páginas bajo el cielo del Latium. En la obra de otros poetas contemporáneos, se combinan



elementos de dos y hasta de tres categorías poéticas. Sergio Essenín, el poeta ruso que se suicidó hace más de un año, era también un "lírico puro", pero en su obra, determinada en parte por la atmósfera catastrófica y mesiánica de la revolución, se encuentra un poco de "épica revolucionaria". Y aún de "disparate absoluto". En Rilke la unidad sustancial y formal es completa. Rilke es sólo lírico. No ha empañado los cristales de su arte el hálito de una revolución. [\*Buen europeo]

Con él, Europa ha perdido su último romántico. Es decir al último poeta del romanticismo finito. Porque ahora nace un nuevo romanticismo. Pero éste no es ya el que amamantó con su ubre pródiga a la revolución liberal. Tiene otro impulso, otro espíritu. Se le llama, por esto, neo-romanticismo.

El romanticismo del siglo diecinueve se resolvía en un individualismo radical. Tuvo la impronta de un siglo que se caracterizó por el culto del yo. Ese culto representaba el acabamiento, la coronación de toda la aventura espiritual, de toda la experiencia filosófica del liberalismo.

Pero este sentimiento exasperado del yo, conduce de su absoluta y megalómana exaltación a su total y búdica negación. Como lo observaba sagazmente Riviére, a propósito de Bergson y Proust, de la exaltación del yo se ha pasado a la desconfianza del yo. El subjetivismo extremo que se constata en una parte de la poesía de hoy, constituye ciertamente la última y ultraísta expresión del individualismo. De suerte que cuando Charles Maurrás lo considera «la cola de la cola del romanticismo», aunque parta de sus peculiares puntos de vista, no anda descaminado.

La poesía de Rilke es la última etapa regular del romanticismo ochocentista. Es la obra del artista que en su última jornada resume armoniosa y quinta-esenciada su experiencia. Romanticismo alquitarado que ha renunciado a todas las aventuras imposibles y que se ha remansado en la contemplación.

Se ha pretendido definir a Rilke, llamándolo el Novalis de nuestro tiempo, «el poeta del silencio y de la muerte», etc. Pero, seguramente nada lo descubre y lo encierra más cabalmente como poeta que su propio pensamiento sobre la poesía. «Los versos -escribe Rilke- significan muy poco cuando se les escribe en la juventud. Se debería esperar, acumulando alma y dulzura, durante toda una vida larga si fuera posible; y después en fin, muy tarde, quizá se podría escribir diez líneas buenas. Los versos no son sentimientos, como creen muchos, sino experiencias. Los sentimientos se tienen demasiado pronto. Para escribir un solo verso es necesario haber

visto muchas ciudades, hombres, cosas, animales; sentir cómo vuelan los pájaros y saber qué movimiento hacen las pequeñas flores al abrirse en las mañanas; es preciso pensar en caminos de regiones desconocidas; en inesperados encuentros; en despedidas que se está sintiendo aproximarse desde hace tiempo; en los días de la infancia cuyo misterio no se acaba todavía de aclarar; en los padres ante quienes era necesario regocijarse cuando volvían trayendo una alegría incomprensible, porque era para otro; en las enfermedades de la niñez que marcaban el comienzo de graves transformaciones; en los días pasados en habitaciones calmas y contenidas; en las mañanas de alta mar, en el mar mismo; en las noches de viaje que temblaban en lo alto y volaban con las estrellas y no es suficiente todavía pensar en todo esto. Es necesario aún guardar recuerdo de muchas noches de amor, de las que ninguna se parece a otra; de los alaridos en el parto; en la dulzura de las que luego son madres. Hay que haber estado al lado de los moribundos y haber quedado junto a los muertos en las piezas solas con la ventana abierta por donde los ruidos entraban a golpes».

Este juicio es fundamentalmente romántico e individualista. Supone que la obra del poeta se alimenta exclusivamente de su experiencia personal. De la riqueza y extensión de ésta depende el valor de aquélla. El poeta es concebido como un mundo cerrado en el que se la sedimentando, poco a poco, lo bello. Pero este juicio tiene el defecto de que no nos explica sino una parte de la poesía. No abarca la totalidad del fenómeno. Rimbaud, por ejemplo, queda al margen, monstruoso e inexplicable. El poeta sumo no es sólo el que, quinta-esenciados, guarda sus recuerdos, convierte lo individual en universal. Es también, y ante todo, el que recoge un minuto, por un golpe milagroso de intuición, la experiencia o la emoción del mundo. En los períodos tempestuosos, es la antena en la que se condensa toda la electricidad de una atmósfera henchida.

Rilke amaba en silencio y amaba a la muerte. Ningún poeta acaso logra como el de *El Libro de las Horas* una idealización tan absoluta de la muerte. El hombre nace con su muerte. Su muerte está con él. Es la conjunción y quizá si la esencia misma de su vida. El destino del hombre se cumple si muere de su muerte. La idea de la muerte está presente siempre en la obra de Rilke que la asocia frecuentemente a la idea del amor. Recordemos su balada sobre el amor y la muerte del alférez Cristóbal Rilke. Y recordemos los versos en que dice que la muerte «penetración profunda de las cosas -que cubre de silencio la última palabra del ser- se presenta a cada uno en forma diferente: "al navío como una ribera y a la ribera como a un navío": *Dem Schiff als Kuste and dem Land als Schiff*».

-----

\* Publicado en Variedades: Lima, 9 de Abril de 1927. Y en Repertorio Americano: Tomo XVI, N° 5, pp. 78-79; San José de Costa Rica, 4 de Febrero de 1928.

#### - MIGUEL ARZIBACHEV\*

El autor de Sanin y El Límite —que hace un mes se extinguió en Varsovia— era desde hacía varios años un sobreviviente de su época, de su obra y de sí mismo. La crónica registrará, entre los datos particulares de su defunción, que muere en el exilio. Pero el ostracismo de Arzibachev era, en verdad, mucho más absoluto, mucho más total que aquél a que podía condenarlo la Revolución Bolchevique. Arzibachev no muere sólo exilado de la tierra rusa, sino de la historia, de las letras y de la vida rusa. De la literatura rusa contemporánea, su nombre estaba ausente hace tiempo. No se le citaba casi ni entre los nombres de los "emigrados". Arzibachev debe haber sentido que lo trágico no es vivir —como pensaban sus neuróticos personajes— sino sobrevivir.

Arzibachev señaló en sus dos novelas célebres un momento no sólo de la literatura rusa sino de la vida rusa. Sanin y El Límite debieron su difusión mundial a su valor de documentos psicológicos más que a su valor de creaciones artísticas. Arzibachev gozaba fuera de Rusia de un renombre desproporcionado, si se le compara con el de sus más significativos contemporáneos Feodor Sogolub, por ejemplo, es apenas conocido en español, a pesar de que en la literatura rusa del novecientos ocupa un puesto diez veces más conspicuo que Arzibachev.

El mundo de Arzibachev es generalmente menos atormentado y patético que el de Andreyev, pero tiene la misma filiación histórica. Su sensibilidad

se emparenta asimismo bajo algunos aspectos, con la de Andreyev. Escéptico, nihilista, Arzibachev resume y expresa un estado de ánimo desolado y negativo. Sus personajes parecen invariablemente condenados al suicidio. Suicidas larvados y suicidas latentes, hasta los del coro mismo de sus obras. El destino del hombre es, en este mundo lívido, ineluctablemente igual. El símbolo de la Rusia agoniosa, una horca.

Esta literatura reflejaba la Rusia de la reacción sombría que siguió a la derrota de la revolución de 1905. Estudiantes tuberculosos, judíos alucinados, intelectuales deprimidos, componían la escuálida y monótona teoría que desfila por las novelas de Arzibachev bajo la sonrisa sarcástica de algún nietzschano de similor que acabará también suicidándose.

Se dice que Sanin, que extremaba y exasperaba la tragedia rusa hasta lo indecible, produjo una reacción oportuna. Muchos jóvenes revolucionarios se reconocieron estremecidos en los retratos de Arzibachev. Después de sentirse impulsadas enfermizamente hacia la muerte y la nada, las almas volvieron a sentirse impulsadas hacia la vida y el mito.

La Rusia lívida de las dos novelas de Arzibachev no era, además, toda la Rusia de ese tiempo. El movimiento de 1905 no había sido sólo una derrota; había sido, también, una extraordinaria experiencia. La derrota había deshecho muchos espíritus débiles y hesitantes, pero había templado al mismo tiempo muchos espíritus fuertes y seguros. Precisamente los que, años más tarde, en 1917, debían desplegar victoriosa, sobre el Kremlin, la bandera de la Revolución.

Pero este otro lado, esta otra faz de Rusia, no podía ser conocida ni entendida por Arzibachev. Cuando pretendió crear un héroe, su imaginación de pequeño burgués individualista inventó a Sanin, un superhombre de provincia que no sostiene ninguna lucha —ni siquiera una auténtica agonía interior— y que exhibe como única prueba de su superioridad las victorias de su instinto fuerte y de su cuerpo lozano de animal de presa.

Las obras de Arzibachev, posteriores a estas novelas, no tuvieron la misma fortuna en el mercado mundial de las letras. El instante asido por los nervios de Arzibachev había pasado. Se estaba incubando un mundo nuevo cuyo mensaje le era ininteligible. Escribió Arzibachev, en su nueva jornada, tres obras de teatro, en las que se concretó casi a su tema predilecto: la cuestión sexual. Por la tesis aparente de estos dramas fue procesado sensacionalmente. Este proceso, que tuvo una vocinglera galería femenina, prolongó por algún tiempo su popularidad. Las novelas que

escribió después, no son casi señaladas por la crítica de este período de la literatura rusa.

Arzibachev era un representante de la *intelligentsia*, como se llama en Rusia, más que a una élite\* o una generación, a un ciclo o una época de la literatura nacional. La *intelligentsia* era confusa y anárquicamente subversiva más bien que revolucionaria. Se nutría de ideales humanitarios, de utopías filantrópicas y de quimeras nihilistas. Cuando la Revolución vino, la *intelligentsia* no fue capaz de comprenderla. No era la revolución vagamente soñada en los salones de Madame Zenaida Zepius entre la musitación exquisita de un poeta simbolista y las fantasías helenizantes de un humanista erudito [\* Grupo selecto]

El pobre Arzibachev, como otros representantes de la *intelligentsia*, se apresuró a protestar. Con un ardimiento de pequeño burgués desencantado, combatió la Revolución que llegaba armada de dos fuerzas que Arzibachev no conoció nunca y negó siempre: la ilusión y la esperanza. Por esto, sobreviviente de sí mismo, exilado de la historia, le ha tocado morir melancólicamente en Varsovia. Sobre la estepa rusa no se dibuja ya como antes el perfil de siete horcas.

## **- ITALIA Y YUGOESLAVIA\***

La actual tensión de las relaciones ítalo-yugoeslavas señala uno de los muchos puntos vulnerables de la paz europea. Italia, bajo el régimen fascista, practica una política de expansión que no disimula demasiado sus fines ni sus medios. El imperialismo fascista, acaso por su juventud y, sobre todo, porque sus conquistas y su suerte pertenecen íntegramente al futuro, es el que emplea un lenguaje más desembozado y explícito. Su política exterior tiene dos frentes: el mediterráneo y el balcánico. En los Balkanes, su política tropieza, en primer término, con la resistencia yugoeslava.

El conflicto entre Italia y Yugoslavia empezó en la conferencia de Versalles. Es el primero que ensombreció la paz wilsoniana. Italia no sólo se sintió de-fraudada por los aliados en sus ambiciones territoriales. Declaró violado y falseado el propio programa de Wilson. Sostuvo su derecho a Fiume y a Zara, asignados a Yugoslavia en el nuevo mapa europeo.

El golpe de mano de D'Annunzio permitió a Italia, después de una difícil serie de negociaciones, redimir a Fiume. Pero, en cambio, Yugoslavia consiguió la ratificación de su soberanía en la Dalmacia reivindicada por el nacionalismo italiano en nombre del porcentaje de italianidad de su población. Italia ha aceptado este hecho; pero uno de los objetivos íntimos del imperialismo fas-cista es la posesión del territorio dálmata.

No es, sin embargo, este propósito recóndito lo que turba las relaciones entre Italia y Yugoslavia. Italia no sostiene oficialmente ninguna reivindicación sobre la Dalmacia. Diplomática y formalmente, esta reivindicación no existe. El motivo de la tensión es el choque de la política italiana y la política yugo-eslava en Albania. Italia y Yugoslavia se disputan el predominio en este estado teóricamente autónomo, pero sometido de facto a la influencia italiana, con peligro evidente para Yugoslavia que lucha por desalojar de él a su ame-nazadora rival. Una y otra intrigan por colocar o mantener en el gobierno de Albania al bando que les es adicto. Esta intervención, por parte de Italia, adquiere proporciones excesivas. Yugoslavia las denuncia y pretende limitar la expansión italiana en Albania.

La política italiana en los Balkanes mira al socavamiento de la influencia francesa en ese grupo de países. Francia, madrina de la Pequeña Entente, esperaba asegurarse mediante el enfeudamiento de este bloque a su política, el control de los Balkanes. Italia, con el tratado ítalo-rumano, se ha atraído a Rumania. Bulgaria está bajo un gobierno fascista que reconoce en Roma la metrópoli espiritual de la reacción. Grecia, por su posición respecto de Turquía, no tiene más remedio que entrar en una vía de entendimiento y cooperación con Italia, cuya política balkánica, además, aparece sostenida y financiada por Inglaterra que conserva su autoridad en Atenas.

Los Balkanes representaron antes de 1914 un foco de asechanzas para la paz europea, por el conflicto constante entre Rusia y los Imperios Centrales, aliados de Turquía. La paz de 1918 no ha neutralizado esta zona peligrosa. Cada día los Balkanes recobran más claramente su antigua función. Las protagonistas del conflicto han cambiado. El escenario no es exactamente el mismo. Pero el choque de las potencias se renueva.

La política fascista es, obligadamente, la que más inmediatamente agrava este problema. Mussolini extrae su máxima fuerza de su programa de expansión. Ha prometido al pueblo italiano, que es empujado a la expansión por el desequilibrio entre su demografía y su economía, un imperio digno de la tradición romana. Esta promesa permite a Mussolini exigir de su pueblo un esfuerzo obediente y disciplinado para mejorar las condiciones financieras e industriales de Italia. La situación europea —a pesar del tratado de Locarno y de la estabilización capitalista— alimenta la esperanza fascista. No se puede prever cómo respondería Europa a un súbito golpe de mano de la Italia fascista. Mussolini, oportunista y maquiavélico, acecha la ocasión de una audaz maniobra internacional. Si la espera resulta demasiado pesada e incierta, el mito fascista perderá su fuerza.

Marcel Fourrier observa con justicia que Italia no puede alcanzar la expansión que ambiciona "sino tomando la vía de un imperialismo agresivo". "De otra parte, el régimen fascista y el poder personal de Mussolini no pueden mantenerse sino en el caso de que se manifiesten capaces de asegurar al capitalismo italiano la misma prosperidad que el bonapartismo y el bismarckismo habían asegurado, el uno al capitalismo francés, después de 1850, el otro al capitalismo alemán, después de 1871".

La Paz de Locarno, tiene que parecerle al más beato e iluso demócrata, demasiado frágil y aleatoria mientras Mussolini amenace a Europa con sus sueños y sus gestos imperiales. El fascio Littorio es en la historia europea contemporánea un gran punto de interrogación.

Por esto, el contraste entre Italia y Yugoslavia que, según las últimas noticias cablegráficas, parece exacerbarse, presenta un marcado interés. Servia tiene un oscuro destino en la historia de la Europa burguesa. En su suelo prendió en 1914 la chispa de la gran conflagración. Ahora Servia se ha engrandecido. El reino servio ha sido reemplazado por el reino servio croata-esloveno, como también se llama a Yugoslavia. Y tal vez con esto su capacidad de fricción siniestra se ha acrecentado. Las fronteras que le acordó la paz aliada, limitan por uno de los lados, en que su presión es mayor, al imperialismo fascista.

No es probable que el problema de Albania provoque, a corto plazo, el choque. Pero es evidente que constituye una de las causas de fricción que mantiene encendidos e irritados los flancos que ahí se tocan de Italia y Yugoslavia.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 21 de Abril de 1927



## **- EL PROCESO A LOS CONJURADOS DE LA NOCHE DE SAN JUAN\***

El proceso que acaba de terminar, más que el proceso de Weyler, Aguilera, Domingo y demás conjurados de la noche de San Juan, ha sido el proceso de Primo de Rivera y sus turbios secuaces. Porque en el curso de las audiencias, lo que ha golpeado más las mentes de los actores no ha sido la responsabilidad de los acusados sino la del acusador. El reo auténtico no ha comparecido ante los jueces, escribanos y alguaciles, sólo porque éstos se encuentran a su servicio y bajo su potestad. Pero su presencia en el juicio no ha sido, por esto, menos constante y eminente.

Los acusados militares, son todos gente a la que no se puede ciertamente tachar de subversiva y, menos todavía, de revolucionaria. Monarquistas ortodoxos, constitucionales fervientes, de lo único que no se les puede suponer capaces es de atentar contra el orden y la ley. Mucho más subversivo aparece, sin duda, Primo de Rivera, que en otra noche menos novelesca y cristiana, se apoderó del gobierno de España, licenciando brusca y desgarbadamente, -sin más título que el de su virilidad, en el sentido que tan agudamente ha ilustrado Unamuno-, a los que constitucionalmente lo ejercían.

No seré yo, por supuesto, quien intente la defensa de estos últimos, que hasta cierto punto, han mostrado después merecer su suerte.

Pero me parece evidente que nadie puede objetar el hecho de que

representaban en el poder la constitución y la legalidad.

Poco trabajo les ha costado, por ende, a los defensores de los generales y coroneles procesados, probar que éstos no han concedido ni ejecutado en ningún momento, ni en la noche de San Juan, diseño alguno contrario a la Monarquía y a su "pacto con el pueblo", como llaman a la vieja y maltrecha constitución los políticos liberales.

Si a Primo de Rivera se le pudiera atribuir humorismo e imaginación —dos cosas que no son frecuentes en los capitanes de España, desde los tiempos ya bastante lejanos del Gran Capitán— se le podría suponer capaz de haber procesado a Weyler, Aguilera, etc., seguro de su inocencia, sólo para animar la historia un poco monótona de estos años de censura con el episodio romanesco de una noche de San Juan más o menos melodramática y con su secuela de un juicio que diera oportunidad lícita de hablar a Melquíades Álvarez, Álvaro de Albornoz y otros demócratas en receso forzoso. (La desocupación de esta gente, que no sabe en qué emplear su facundia, es un cuadro de partir el alma al más endurecido déspota).

Pero los hechos, demuestran, por lo menos según el tribunal, que Primo de Rivera ha procedido seriamente. Los tiranos de la Europa moderna son menos originales que los de la Europa medioeval. Y Primo de Rivera, no tenía ningún interés en provocar su propio proceso. Los acusados, en fin, se han manifestado casi convictos de haber querido restaurar en España la constitución deponiendo al Marqués de Estella.

Sabemos, ahora que en la noche de San Juan de 1926 los herederos de la mejor tradición ochocentista del ejército español, cumplieron un gesto histórico. Su derrota no anula el gesto mismo: su procesamiento lo esclarece. Primo de Rivera pretendía obrar en nombre del ejército. Ya muchos incidentes habían denunciado la falsedad del empeño de representar al ejército íntegramente mancomunado con los cabecillas del golpe de estado de 1923. Pero ninguno de esos incidentes —simple anécdota— bastaba históricamente. Hacia falta que hombres representativos del ejército asumiesen una actitud beligerante frente a la dictadura y en defensa de la constitución sometida a todos los ultrajes de una virilidad jactanciosa.

Weyler representa la tradición constitucional del ejército español. En él se ha procesado y condenado a una época: la épica de la lealtad militar a la Monarquía y a la constitución demo-liberal. Primo de Rivera resucita los tiempos de los pronunciamientos reaccionarios y de los retornos absolutistas.

El Rey que cubre sus actos -cada día menos dueño de las consecuencias del golpe de Estado de 1923- pone la monarquía contra y fuera de la constitución. Los políticos que aguardan pacientemente el regreso a la legalidad quedan notificados de que ni su desocupación ni su esperanza tienen ya plazo.

Frente a Primo de Rivera solo la esperanza de los revolucionarios descansa en la historia. La nostalgia de los constitucionales es pasiva. No se prepara a vencer a la dictadura. Espera que se caiga sola. Fracasada la aventura de Weyler y Aguilera, no le resta casi sino la elocuencia parlamentaria de Melquíades Álvarez.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 30 de Abril de 1927.

## **- EL DEBATE POLÍTICO EN INGLATERRA\***

Se está librando hoy en Inglaterra una gran batalla parlamentaria, que precede, seguramente, a una gran batalla electoral. El partido conservador, —empujado por los extremistas que han conseguido obligar a Baldwin a adoptar sus puntos de vista más reaccionarios—, ha iniciado una ofensiva de vastas proyecciones contra el laborismo.

Esta ofensiva, venía siendo propugnada con impaciencia creciente por la extrema derecha inglesa casi desde que el partido conservador ganó las últimas elecciones. En Europa, arreciaba entonces la tempestad reaccionaria que parece haber galvanizado todas las energías del capitalismo, tan relajadas y agónicas después del período bélico. La extrema derecha inglesa quiso uniformarse al estilo fascista, predicando destempladamente una campaña contra la organización obrera de la cual extrae su fuerza política el Labour Party.

Pero al principio prevaleció en el partido un criterio más o menos moderado. Baldwin, aparentemente, no se mostraba dispuesto a ceder a la presión extremista. Los conservadores habían ganado las elecciones con plataformas a las que era extraño el plan de limitar el poder y la acción de los sindicatos. El gabinete necesitaba empezar su labor dentro de una atmósfera de confianza pública.

La derrota sufrida por los obreros en la huelga general de mayo pasado, mudó la situación. Los reaccionarios, a partir de ese suceso, ganaron

terreno en el partido y el Gobierno. La huelga general había permitido a la burguesía inglesa, apreciar experimentalmente, al mismo tiempo, la debilidad y la fuerza del movimiento obrero. Se había visto clara-mente que la lucha sindical se habría transformado en una lucha revolucionaria, si su comando no hubiese estado en manos de los jefes reformistas. Socavada cada vez más la autoridad de esos jefes, se registraba un progresivo orientamiento revolucionario del Labour Party que no consentía dudas respecto a su futura política.

La posición política de los conservadores favoreció la corriente y la tesis reaccionarias. El Gobierno conservador, después de la huelga de mayo, no había conseguido solucionar la cuestión de las minas. La rendición final de los obreros no había tenido más alcance que el de la aceptación de una tregua forzosa. Lloyd George, con su fino oportunismo y su sagaz perspicacia, había aprovechado la ocasión para asestar un golpe a la hegemonía conservadora, y rehabilitar en algunos sectores de la opinión la esperanza de ensayar una vez más en el gobierno la doctrina liberal. Era lógico que a los conservadores no les quedase más camino que el de una política netamente reaccionaria.

Baldwin no ha tenido más remedio que decidirse por tal camino. Hoy está empeñado a fondo en esta política. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que el partido conservador no puede hacer otra cosa. Frente a Rusia, frente a China, frente al Labour Party, su actitud no puede ser distinta.

El envío de una nota agresiva al gobierno de los Soviets, el despacho de barcos y soldados a los puertos chinos y la presentación en el parlamento de un bill anti-laborista, son tres actos congruentes, tres maniobras afines de una misma política. El capitalismo británico conducido por el mesurado Baldwin toma la ofensiva en todos los frentes. Emplea por ahora la manera fuerte. Sin perjuicio, naturalmente, de su libertad de reemplazarla, según sus resultados, por el método del compromiso, llamando de nuevo al servicio a Mr. Lloyd George que aguarda su momento con una sonrisa.

Los conservadores necesitan acentuar en la opinión burguesa y pequeño-burguesa la conciencia de los peligros revolucionarios, para desviarla de las proposiciones de Lloyd George que trabaja por atraer a los laboristas a una política de colaboración con el liberalismo. En las próximas elecciones les tocará colocar frente a frente el capitalismo y socialismo, en términos de irreductible oposición. De sus actuales operaciones depende la suerte de la política conservadora en la batalla electoral inevitable.

Esta política se propone minar las bases electorales del Labour Party, aboliendo la cuota política de los obreros a la caja del laborismo. Tal abolición tiene por objeto dejar al labour Party en una situación desventajosa en las elecciones. Hasta hoy su fondo político le ha permitido afrontar en las elecciones elevados gastos de propaganda.

Bernard Shaw, en el interesantísimo discurso que pronunció en el banquete de su jubileo, denunciaba e ilustraba el alcance político del monopolio por y para la burguesía, de la comunicación radiográfica. El radio ponía a los defensores del capitalismo en condiciones de una gran superioridad respecto de los propagandistas del socialismo. Cómodamente instalados en sus poltronas, los candidatos burgueses pueden dirigirse a la vez a millones de votantes, para acusar a los laboristas de abrigar los más terribles propósitos contra la civilización, la patria, la familia, etc.

El bill anti-laborista del partido conservador, que declara la ilegalidad de la huelga general y ataca el fondo político del labour Party, demuestra que los conservadores van mucho más lejos de lo que Bernard Shaw suponía, en su plan de desarmar al proletariado en su lucha con el capitalismo.

-----  
\* Publicado en *Varietades*, Lima, 7 de Mayo de 1927

## - H. G. WELLS Y EL FASCISMO\*

El juicio sobre el presente de un hombre diestro en traducir el pasado y en imaginar el porvenir, tiene siempre un interés conspicuo. Sobre todo si este hombre es Mr. H. G. Wells, al que no hay tal vez en el mundo quien no conozca como metódico explorador de la historia y la utopía. H. G. Wells, desde su gabinete de historiador y novelista, se ha puesto a observar "cómo marcha el mundo" y a comunicar al público, por medio de artículos, sus impresiones. Uno de los artículos más comentados hasta hoy de esta serie, es el que se propone absolver la pregunta: ¿Qué es el fascismo?

Wells, se ha decidido a enjuiciar y definir al fascismo cuando ha creído ya disponer de materiales abundantes para este examen. Más prisa y menos prudencia tuvo para estudiar la revolución bolchevique. El experimento soviético y el escenario moscovita lo atrajeron más, probablemente por sus romancescos mirajes de utopía social. Y, de otro lado, su libro de impresiones sobre la Rusia de Lenin, releído a cierta distancia, le debe haber revelado la diferencia que existe entre sus especulaciones habituales de historiador y novelista y la excepcional empresa de comprender y juzgar una revolución, su espíritu y sus hombres.

El fascismo no es ya la misma nebulosa que en los días de la marcha a Roma, cuando abdicaban ante él muchos eminentes liberales tenidos seguramente en gran estima por el autor de *The Outline of History*. El trabajo de estudiarlo, se presenta, pues, bastante facilitado. El estudioso cuenta hoy con un nutrido acopio de conceptos que definen los diversos factores de la formación del fascismo. El experimento gubernamental de

Mussolini ha llegado a su cuarto aniversario. El juicio de Wells se mueve, así, sobre una base amplia y segura.

No contiene, tal vez por esto, proposiciones originales respecto a los orígenes del movimiento fascista. H. G. Wells, en este estudio, sigue más o menos el mismo itinerario que otros críticos del fascismo. Encuentra las raíces espirituales de éste en el d'annunzianismo y el "futurismo" marinettiano, clasificados ya como fenómenos solidarios.

Y, lógicamente, tampoco en sus conclusiones Wells ofrece ninguna originalidad. Su actitud, es la actitud característica de un reformista, de un demócrata, aunque atormentado por una serie de "dudas sobre la democracia" y de inquietudes respecto a la reforma. El fascismo le parece algo así como un cataclismo, más bien que como la consecuencia y el resultado en Italia de la quiebra de la democracia burguesa y la derrota de la revolución proletaria. Evolucionista convencido, Wells no puede concebir el fascismo, como un fenómeno posible dentro de la lógica de la historia. Tiene que entenderlo como un fenómeno de excepción. Para Wells, el fascismo es un movimiento monstruoso, teratológico, dable sólo en un pueblo de educación defectuosa, propenso a todas las exuberancias de la acción y de la palabra. Mussolini, dice Wells, "es un producto de Italia, un producto mórbido". Y el pueblo italiano, un pueblo que no ha estudiado debidamente la geografía ni la historia universales.

En ésta, como en casi todas las actitudes intelectuales de H. G. Wells, se identifican fatalmente las cualidades y los defectos del pedagogo, el evolucionista y el inglés.

Acusa al pedagogo, no sólo el corte didáctico de la exposición sino el fondo mismo de su juicio. Wells piensa que una de las causas del fascismo es el deficiente desenvolvimiento de la enseñanza secundaria y superior en la nación italiana. Las malas escuelas, los insuficientes colegios, han sido a su juicio el primer factor del sentimiento fascista. Pero este concepto no tiene el sentido general que necesitaría para ser admitido y sancionado. Wells parece localizar el defecto en la enseñanza secundaria y universitaria y, más específicamente todavía, en la enseñanza de la geografía y la historia universales.

Y este gesto denuncia al inglés. El Imperio Británico no sería concebible sobre la base de un pueblo poco instruido en la geografía universal. El inglés es obligadamente el hombre para quien tiene más importancia la geografía. Un hombre culto de Bélgica o de Suiza, puede ignorar esta ciencia; un inglés no. Sin un sólido conocimiento de la geografía, Inglaterra

no estaría en grado de conservar ni el dominio de los mares ni su imperio colonial en todos los continentes. Se explica, por consiguiente, que un profesor inglés considere escasamente instruidos en geografía a todos los hombres de otras nacionalidades. Y lo mismo sucede en lo tocante a la historia. La historia y la sociología, en concepto de un inglés, no tiene casi otro objeto que el de demostrar cómo todo el progreso humano culmina en el Imperio Británico y cómo la evolución de la especie culmina en el inglés.

Hay otra razón para que el fascismo le parezca a un profesor inglés el resultado de una particular ignorancia de la geografía e historia universales. Esa razón es que el fascismo es imperialista. Los fascistas se proponen restaurar el imperio romano. El sueño de Mussolini mira a la reconstrucción de la Roma imperial. Por ende molesta particularmente el sentimiento imperialista de todo ciudadano británico. Este no puede explicarse el ideal fascista sino como el fruto de una incipiente y retardada instrucción en geografía e historia.

El evolucionista no está, por cierto, menos presente y visible en H. G. Wells y sus opiniones. Como que es consustancial con el inglés y el pedagogo. Toda la pedagogía de ante-guerra reposa en una fe absoluta en el dogma del progreso. Y el evolucionismo, en todos sus planos, se precisa cada día más clara-mente como un producto típico de la mentalidad británica. Todas las tesis evolucionistas tienden a probar fundamentalmente que el futuro humano será una continuación de la historia inglesa, que corona el esfuerzo de todas las razas y todas las culturas.

Si la Gran Bretaña y el evolucionismo no estuvieran en crisis, si muchos síntomas no señalaran su decadencia, las opiniones de Mr. H. G Wells, sobre el fascismo, serían mucho más considerables y trascendentes. Pero en nuestros días, el fascismo, en verdad, tiene poco que temer de la crítica reformista y democrática, aunque provenga de un escritor de la estatura de Wells. Con el sencillo y gastado arsenal evolucionista y liberal no es posible ya una seria ofensiva teórica contra el fascismo y su condottiero. El pensamiento y la acción revolucionarias, como el mismo Mr. Wells lo reconoce con sus "dudas sobre la democracia", tienen armas más modernas más tudentes.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 14 de Mayo, de 1927.

### **- LA DECADENCIA DE INGLATERRA\***

La decadencia más cierta y más visible de esta hora —aunque no la haya advertido todavía la crítica elegante de D. José Ortega y Gasset— es la decadencia de Inglaterra. El famoso *Untergang des Abendlandes*, de Spengler, se reduce, quizá políticamente, al *Declin of England* de León Trotsky. La tesis del profesor alemán, les parece sin duda a los intelectuales burgueses, más controlable y verificable que la tesis del revolucionario ruso. Pero la razón de esto es que la tesis de Spengler, representa una filosofía de la historia, mientras la tesis de Trotsky traduce la dialéctica de la revolución.

Del tramonto de Inglaterra tenemos mil pruebas concretas. Las dos últimas más irrecusables y fehacientes son: Primera, la pérdida de la concesión de Han Kow, ocupada militarmente por los revolucionarios chinos con grave ofensa para la majestad británica. Segunda, el allanamiento de las oficinas de la Arcos Company y de la delegación comercial soviética en Londres. El primer hecho señala, una gran derrota material y moral del imperio colonial británico en Asia. El segundo denuncia la quiebra de la corrección y del *faire play* en la conducta oficial británica en Europa. Los dos hechos constituyen dos síntomas diferentes, interno el uno, externo el otro, de la decadencia de la Gran Bretaña. El procedimiento de invadir una oficina amparada usualmente por la inmunidad diplomática, secuestrar sus papeles, violar sus cajas fuertes, registrar a sus empleados, hombres y mujeres, tiene todas las apariencias de un procedimiento bolchevique y revolucionario. Y es de un gran alcance su incorporación en la técnica de la policía de Inglaterra, porque indica la ruptura de un resorte capital de la conducta



británica.

Pero éstos son sólo los signos más evidentes y materiales de que Inglaterra declina. En su historia contemporánea encontramos signos más profundos de este fenómeno. Aparentemente, o más bien, materialmente, Inglaterra alcanzó el máximo de su potencia y de su expansión cuando se suscribieron los tratados de paz que pusieron término a la gran guerra. Mas, en realidad, las bases de la grandeza británica empezaron a mostrarse seriamente minadas desde antes. La decadencia de la Gran Bretaña comenzó en el instante en que entraron en crisis el liberalismo, parlamentarismo y el evolucionismo, más o menos ortodoxamente adoptados por la humanidad bajo la hegemonía británica. Y económica y técnicamente, la Gran Bretaña perdió la primacía, desde que la electricidad y el petróleo, revolucionaron la industria y los transportes. La industria británica y, por ende, el Imperio Británico, reposaban sobre el carbón. Por consiguiente a medida que el petróleo y la electricidad han reemplazado al carbón en la industria y los transportes, la omnipotencia británica ha quedado socavada. La lucha por el petróleo entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, se presenta así como la más importante competencia entre los dos grandes países industriales y capitalistas.

La revisión de las más características ideas del siglo XIX, no es en verdad sino una revisión de ideas inglesas. La Gran Bretaña ha sido, en los tiempos de su absoluto predominio, la proveedora de ideas y de cosas fundamentales de la humanidad. Los principios de la Antropología, la Sociología y otras ciencias sustantivas han tenido origen e impronta británicos. Y han servido espiritual e intelectualmente a reforzar y extender el imperio político de la gran Bretaña. El darwinismo, por ejemplo, que ha dominado por tanto tiempo el pensamiento científico del mundo, y que ya otra vez he calificado como un producto típico del genio y la mentalidad británicos, ha alimentado y sostenido un evolucionismo integral que entre otras cosas tiende a justificar el triunfo y el imperio del pueblo inglés sobre los demás pueblos. El monogenismo de la escuela sociológica inglesa que atribuye a todas las sociedades el mismo proceso, tiene también los rasgos de una teoría destinada a confirmar la superioridad inglesa.

La Gran Bretaña ha conservado una casi exclusiva de las ideas directrices en las ciencias de mayor importancia política. En las otras ciencias no ha mostrado igual empeño de predominio. Las ha abandonado en no pocos casos a otros pueblos occidentales. Y lo mismo ha procedido en el campo industrial. Se ha reservado la función de proveedora de las mercaderías sustantivas. No le ha importado ceder a Francia la hegemonía de la moda femenina, pero ha acaparado la técnica y los materiales de la moda

masculina. Ninguna convicción está tan difundida y arraigada en el mundo como aquella de la superioridad de los casimires ingleses. El Imperio de la Gran Bretaña ha sido, ante todo, el imperio del carbón y del casimir. Inglaterra ha cardado e hilado durante mucho tiempo la lana del mundo para tejer la malla de su imperio. Y el hombre de tipo occidental y "civilizado", ha sido en este tiempo el hombre que se ha vestido y ha pensado a la inglesa.

Ahora todo este colosal andamiaje se derrumba. El evolucionismo, en todos sus aspectos, sufre una revisión despiadada. La idea inglesa —peculiar del imperialismo sajón— de la superioridad absoluta e incontestable del blanco caduca irremediabilmente. El parlamento no mantiene ya su autoridad ni en la propia Inglaterra donde la lucha de clases atrofia poco a poco su función clásica. Los principios cardinales y los productos mayores de la Gran Bretaña tienen que afrontar una concurrencia creciente, en condiciones cada vez más desventajosas.

Bernard Shaw es probablemente uno de los ingleses que más lúcidamente se dan cuenta de la crisis británica. Pero el mismo Shaw no consigue liberarse plenamente de todas las supersticiones inglesas. Su socialismo en el fondo, es siempre un socialismo fabiano. Vale decir un socialismo de trama liberal.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 21 de Mayo de 1927.

## - LA RUPTURA ANGLO-RUSA\*

No se puede decir en rigor que la ruptura de relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Rusia, interrumpa o amenace la paz entre el capitalismo británico y el comunismo ruso, por la sencilla razón de que esa paz no ha existido nunca. El gobierno inglés y el gobierno bolchevique, entraron primero en negociaciones y después en relaciones diplomáticas, para hacerse mejor la guerra. El estado de guerra, activo o latente, visible u oculto, no ha cesado entre uno y otro gobierno desde el nacimiento de los soviets. La lucha ha tenido en los nueve años transcurridos desde la revolución de octubre, diversos grados de intensidad, distintas fases de desarrollo, pero en ningún momento ha sido ni ha podido ser suspendida por una ni otra parte. No obstante el período llamado de estabilización capitalista, ni el capitalismo ni el comunismo han desarmado.

Inglaterra rompe con Rusia por razones de política inglesa. El gobierno con-servador, forzado por la lógica de la situación, más que por la presión de sus extremistas, se encuentra en el caso de actuar una política resueltamente reaccionaria. El éxito de esta ofensiva, —que en el orden interno tiene su expresión en el bill contra la huelga y en el orden interno en la ruptura con Rusia—, es para los conservadores, más precisamente para el método con-servador, una cuestión de vida o muerte. La propaganda comunista no se ha hecho más amenazadora que antes en Europa. Por el contrario, en los países occidentales, como una consecuencia de las ilusiones, y también de las realidades, del período de estabilización capitalista, esa propaganda ha perdido terreno. Pero, en cambio, la agitación revolucionaria se ha tornado inquietante en Asia y África, donde ataca y

socava las posiciones del Imperio Británico. En especial, la revolución china ha costado al imperio inglés —al "orgullo" y al "prestigio" ingleses— muy caras derrotas. Y de todo esto, el gobierno conservador de Baldwin necesita culpar a Rusia, para justificar integralmente su política agresiva frente a las revoluciones nacionales de Oriente y frente a la propia clase obrera inglesa.

Lo que está inmediatamente en peligro es el Imperio Británico. El capitalismo occidental, puede subsistir, ciertamente, después de que hayan desaparecido la hegemonía y la potencia inglesas. Mas al gobierno de Inglaterra le toca sostener que esto no es posible y que la suerte del Imperio Británico y de la sociedad capitalista son consustanciales y están mancomunadas.

El hecho de que, verdaderamente, no lo sean, constituye el signo más evidente de que la Gran Bretaña ha perdido el primer puesto en la política mundial. El eje de la organización capitalista se ha desplazado de Inglaterra a los Estados Unidos. ¿En qué instante se ha cumplido, precisamente, este desplazamiento? Tal vez no sea posible decirlo, del mismo modo que no es posible asir exactamente el instante en que concluye el día, sin que por esto sea posible dudar luego de la llegada de la noche. Antes, la Gran Bretaña al hacer una política británica hacía una política europea y occidental. Uno y otro hecho, uno y otro término se identificaban. Ahora, vemos claramente que esto no sucede ya. La Gran Bretaña ha dejado de representar los máximos intereses materiales y políticos de la civilización capitalista. Económica, y por ende políticamente, Europa cae, cada día más, bajo la dependencia de los Estados Unidos. Y la Gran Bretaña no puede sustraerse a este destino. Es probable que la señal del desplazamiento del eje capitalista de Inglaterra a Estados Unidos haya sido la suscripción del plan Dawes. Imponiendo a Europa este modo de arreglo de la deuda alemana, los Estados Unidos volvieron a asumir en la liquidación de la guerra la función que les dio Wilson en las conferencias de la paz antes del fracaso práctico de su programa de reorganización mundial.

Rusia y Estados Unidos son hoy los dos polos de la historia del mundo.

Por esto, al romper sus relaciones con Rusia, la Gran Bretaña ha ejecutado un acto de mucha menor trascendencia mundial que hace tres años al restablecerlas. Entonces el reconocimiento británico, reforzó en el Occidente la posición del gobierno de los Soviets. Hoy la ruptura no la debilita, evidentemente, en la misma medida. Alemania necesita mantener su colaboración comercial con Rusia. Italia, dentro del programa imperialista de Mussolini, tiene que seguir en sus asuntos internacionales, y

sobre todo respecto de Rusia, una línea italiana más bien que una línea británica. Francia, bajo la dirección de un piloto tan reaccionario y pequeño-burgués como Poincaré, seguirá denunciando estridentemente la revolución rusa como un crimen de lesa civilización; pero frente a Rusia, como frente a la China, se guardará de comprometer inútilmente su posición en obsequio a Inglaterra.

La actitud inglesa ha alcanzado su máxima potencia cuando han hablado aprobándola, por boca de uno de sus embajadores, los Estados Unidos. Pero esta declaración yanqui no podía faltar. Justamente porque los Estados Unidos son en la actualidad la sede del capitalismo, deben sostener a la Gran Bretaña contra Rusia. Claro que esta solidaridad se limita a los intereses generales de la civilización occidental o capitalista, sin abrazar, mínimamente, los intereses particulares del Imperio Británico, en frecuente contraste con los del Imperio yanqui.

Rusia ha pretendido en la Conferencia Económica de Ginebra que los representantes de las naciones participantes en esa asamblea internacional, pro-clamasen como postulado fundamental de la reconstrucción económica de Europa, el reconocimiento categórico de que el sistema capitalista y el sistema socialista pueden coexistir. La conferencia se ha clausurado sin resolver este problema; pero tampoco ha podido descartarlo. Y sus conclusiones entrañan la confesión tácita de que muy poco es lo que se puede avanzar efectivamente en un trabajo de restauración europea sin resolver el problema planteado por Rusia. La ruptura anglo-rusa significa un paso atrás en el camino de su solución. Este hecho define el sentido y el alcance de la conducta inglesa mejor que ningún otro. La presenta en oposición con intereses y necesidades de la economía europea que los técnicos de ese continente, reunidos en Ginebra, han tenido que reconocer.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 4 de Junio de 1927

### - "JESUS", DE HENRI BARBUSSE\*

Los libros de Henri Barbusse se cuentan entre los que más pronto y solícitamente son traducidos al español. Y aunque no esté motivada por una valoración austera del mérito de Barbusse, hay que anotar esta solicitud editorial en el haber de los libreros de España. En Barbusse se reconoce la estirpe de Zola hasta en el hecho de que sus libros conquistan el gran público sin renunciar jamás a un alto apostolado humano ni a una noble calidad artística.

La obra de Barbusse constituye una de las obras literarias contemporáneas que contradicen la discutida tesis de la deshumanización. Es, en las letras francesas de hoy, el más legítimo vástago de la tradición racionalista de la Francia del setecientos y del ochocientos. Si alguna exageración lo separa un poco de nuestro siglo es, sin duda, la de su racionalismo. Supérstite espiritual de la Enciclopedia y la Convención, Barbusse persigue el ideal de la racionalización del arte y de la vida. Su doctrina, en postrero análisis, es la de la soberanía de la razón y la inteligencia. Este racionalismo, que llega a ser a veces asaz anti-histórico y abstractista, singulariza a Barbusse en el campo ideológico revolucionario. El socialismo marxista se caracteriza por su fondo hegeliano y su método dialéctico que faltan, evidentemente, en Barbusse, quien no admite lo real como racional. Pero, malgrado este racionalismo a ultranza, Barbusse se distingue también, y sobre todo, por su piedad humana, por su emoción humana. El autor de Jesús piensa que no existe nada fuera del hombre. Que lo divino está en lo humano. Que la divinidad reside en los hombres. En Jesús vigila, alerta siempre, este pensamiento. «El reino de los cielos está dentro de nosotros y aquél que se

conoce a sí mismo, lo encuentra». «El cielo no es un objeto que se gana alzando los brazos en el aire. Tened el cielo en vosotros mismos». «Y la Revolución no irá del cielo a la tierra sino de la tierra al cielo».

Jesús es una valiente tentativa de artista y de pensador. Barbusse se propone ofrecernos en este libro una nueva imagen de Cristo que él reivindica, ante todo, como suyo. La obra se resiente de este subjetivismo. Todos los que antes y después de Renán han pretendido explorar el misterio de Jesús, con método de historiador, han confesado ya la imposibilidad de asir netamente al personaje histórico. En Jesús, lo divino asume una realidad más contrastable que lo humano. Jesús Dios es más evidente que Jesús Hombre. Barbusse ha querido recrear a Jesús Hombre. Y no ha logrado su intento. Su versión nos coloca ante un Jesús demasiado racionalista, demasiado barbussiano. La historia es a veces poesía; pero en el libro de Barbusse hay más poesía que historia. El milagro no se deja explicar. Es accesible sólo a los que renuncian a analizarlo.

Parte Barbusse de un sentimiento profundo del destino y del deber de los hombres. «Es necesario -escribe- que cada uno se recree siempre todo entero: su fe, sus certidumbres. Y su confianza en otro. Su confianza a saber: la gran riqueza que se tiene cuando no se tiene nada». De su agonía cristiana, ha nacido este Cristo que trae a los hombres de nuestro tiempo su verbo de caridad, de protesta y de esperanza. El empeño de comunicar a Jesús con estos hombres, identificando la lucha de hace veinte siglos con la lucha de ahora, es al mismo tiempo el mérito y el defecto de la obra.

Barbusse siente a Jesús deformado y mistificado por el cristianismo. Esta actitud no es, ciertamente, original. Jesús renace en cada cristiano auténtico. Todos los hombres que lo llevan en su pecho, lo disputan como Barbusse a los demás. La eternidad de Jesús se manifiesta acaso en la posibilidad inagotable de reivindicación de su verbo. Pero esta reivindicación rebasa sus límites cuando conduce a una condena en bloque del cristianismo de veinte siglos. El mensaje de Jesús nos arriba a través de estos veinte siglos. Concebir la cristiandad simplemente como una larga sucesión de mistificaciones es incurrir en un romanticismo y un mesianismo que no se avienen con la definición del "idealista práctico" sugerida a Barbusse por las vidas de Lenin y Gandhi. Barbusse dice que hay que tomar a los hombres como son. Lo mismo debería pensar de la historia. No es posible históricamente ver en San Pablo un gran mistificador de la idea de Cristo sino el primero y más grande de sus realizadores.

A este respecto, están indudablemente en lo cierto las críticas encontradas ya por el

último libro de Barbusse en una parte del sector marxista. Pierre Maville en **Clarté** escribe agudamente: «Por qué Pablo eligió a Jesús como ejemplo y por qué Jesús tuvo necesidad de Barbusse veinte siglos después de su muerte, más bien que de Pablo, su contemporáneo, para predicar su verdadera doctrina y restablecer el sentido de su acción, es algo que no se sabrá jamás».

«Cada uno reconstruye a cada hora el mundo a su imagen». Barbusse nos habla en este libro con un contagioso lirismo. Cuando evoca la figura de José, el padre de Jesús, nos dice: «Fue a tal punto carpintero que sus manos eran de madera».

Cualesquiera que sean las reservas posibles sobre su romanticismo, es indiscutible que Barbusse ha escrito una vez más un libro hermoso y humano. Si este libro no tiene sino el valor de una tentativa, hay que reconocerle a esta tentativa toda su grandeza.

-----  
 \*\* Publicado en Variedades: Lima, 25 de Junio de 1927.

## **- EL PROBLEMA DEL DESARME\***

El complicado proceso de la conferencia tripartita de Ginebra para la limitación de los armamentos navales, revela el carácter abstracto y teórico que tiene hasta hoy la idea del desarme. No es improbable que el resultado paradójico de estas y otras conferencias sea para algunos países la necesidad de aumentar sus construcciones navales. El Japón, —que no se caracteriza por cierto en nuestra época como un Estado pacifista—, encuentra inaceptable el tonelaje sobre el cual están dispuestos a entenderse Inglaterra y los Estados Unidos.

En estas conferencias no se trata de desarme propiamente dicho, sino tan sólo de limitación de armamentos. Ni sus debates ni sus acuerdos miran a asegurar la paz. Aspiran apenas a establecer un equilibrio que evite, por un período dado, una competencia desordenada en las construcciones navales.

Las grandes potencias buscan el acuerdo respecto a los armamentos por razones esencialmente económicas. El trabajo de estabilización capitalista que del plan Dawes condujo al tratado de Locarno, exige ahora una reducción en los gastos navales de las potencias. Esta exigencia es especialmente imperiosa para Inglaterra que se esfuerza por adoptar una política de severas economías fiscales. Estados Unidos, empresario de la civilización europea, tiene por su parte que renunciar a toda exageración de su política armamentista que ponga en peligro las finanzas europeas, en cuya convalecencia se encuentra profundamente interesado por el crecimiento de sus acreencias e inversiones en el viejo continente.



De esta angustiosa necesidad de la economía capitalista y no de los principios de la Sociedad de las Naciones —y mucho menos del llamado espíritu de Locarno, a cuyos más conspicuos intérpretes ha tocado esta vez el premio Nobel de la paz— nace el difícil debate de la limitación de armamentos. Los Estados capitalistas, en especial los europeos, han menester de un período de prudente parsimonia en los gastos de barcos o cañones. No renuncian, absolutamente, a su derecho a hacerse la guerra en el porvenir. Sólo están más o menos acordes en suscribir un statu quo de pacífica rivalidad.

Pero el problema de la limitación de armamentos no es, prácticamente, un problema fácil de resolver. De un lado se opone a su solución la competencia de los imperialismos. De otro lado la estorba la propia organización industrial de las potencias. Desmovilizar la industria de guerra en una época en que las industrias de paz, si así es posible calificarlas, atraviesan una dura crisis de superproducción y chômage, resulta una empresa quimérica. Ciertamente que nadie habla de desmovilizarla en grande, del mismo modo que nadie habla de desarme sino de limitación de armamentos; pero su tendencia al crecimiento no permite prever hasta qué punto sea posible frenarla, sin engendrar otros problemas de desequilibrio en el plano económico.

Definitivamente tramontado el período de las esperanzas wilsonianas, la elocuencia pacifista de Paul Roncour y de los demás grandes retores de la democracia, no basta para que el mundo se encamine hacia la paz y el desarme. Los grandes Estados capitalistas han entrado, fatal e inevitablemente, en la fase del imperialismo. La lucha por los mercados y las materias primas no les permite fraternizar cristianamente. De modo inexorable, los empuja a la expansión.

¿Quién puede creer seriamente garantizada la paz europea mientras el Estado fascista cifre en la guerra y, en todo caso, en la fuerza la realización de sus ideales imperialistas? El último discurso de Mussolini no consiente, a este respecto, ninguna ilusión pacifista. Mussolini prepara a su pueblo material y espiritualmente para la guerra. La suerte del Estado fascista es inseparable de los resultados y consecuencias de esta política. El duce del fascismo sabe que no es el momento de lanzar a Italia a una aventura. Oportunista extraordinario, acecha su hora. Piensa íntimamente que el golpe de mano que lo convirtió en amo de los destinos de Italia hace cinco años, pueda tal vez repetirse en mayor escala. Por lo pronto se contenta con definir al espíritu fascista como un espíritu de guerra y de expansión. El Estado fascista impone al pueblo, en nombre de sus fines imperialistas, una disciplina militar. (Mussolini se ha puesto a la cabeza de la lucha contra el

celibato. Y, en su último discurso, denuncia el peligro de los matrimonios estériles. Italia necesita ser dentro de veinte o treinta años una nación de sesenta millones de hombres).

Además de los imperios en acción, existen, pues, los imperios en potencia. Al lado de los imperialismos viejos, se oponen a la paz del mundo los imperialismos jóvenes. Estos tienen un lenguaje más agresivo y ardoroso que los primeros.

La limitación de los armamentos navales, discutida en Ginebra, puede parecerle a más de un pacifista de viejo tipo un paso hacia el desarme. Pero la experiencia histórica nos prueba en una forma demasiado inolvidable que, después de varios pasos como éste, el mundo estará más cerca que nunca de la guerra.

-----  
\* Publicado en *Variedades*, Lima, 16 de Julio de 1927.

## **- AUSTRIA Y LA PAZ EUROPEA\***

La llamarada súbitamente encendida en Viena, ha arrojado una luz demasiado inquietante sobre el panorama europeo que —según las descripciones, prolijas unas veces, simplistas otras, de sus observadores— parecía ya reajustado por el trabajo de estabilización capitalista, al cual están entregadas con alacre voluntad las naciones de Occidente desde que Alemania y Francia signaron el plan Dawes. Ahora resulta evidente que las bases de esa estabilización, destinada según sus empresarios a asegurar la pacífica reconstrucción de Occidente, son asaz movedizas y convencionales. Cualquiera de los problemas de la paz sin solución todavía, puede comprometerlas irreparablemente. El problema de Austria, que acaba de hacerse presente, por ejemplo.

Este problema, a juicio de los optimistas, había sido, ante todo, un problema económico, — nacido de la separación de Austria de los pueblos que antes habían compuesto juntos el Imperio de los Hapsburgos—, que la gestión sagaz del Canciller, Monseñor Seippel, tenía prácticamente resuelto con los créditos patrocinados por la Sociedad de las Naciones. Las dificultades subsistentes aún, se resolverían mediante convenios aduaneros con los Estados independizados, o por el gradual reactivamiento de la producción manufacturera.

En contraste completo con estas beatas conjeturas, los últimos sucesos de Viena demuestran que el proletariado austriaco no se siente demasiado distante de los días post-bélicos en que agitaba a las clases trabajadoras europeas un espíritu de violencia. Los teóricos de la democracia veían en

esta violencia un mero fruto de la atmósfera material y moral dejada por la guerra. Es posible que en algunos casos episódicos haya sido acertado su diagnóstico; pero, en tesis general, hay que inclinarse a creer que la violencia proletaria acusa factores más propios. La marejada de Viena no ha sido menor que ninguna de las que, sin obedecer a un plan de golpe de Estado, se produjeron en Europa, por estallido espontáneo, en los primeros años de la post-guerra.

El hecho de que su origen no haya sido un conflicto del trabajo sino una sentencia judicial estimada injusta, no atenúa en lo más mínimo el valor de este movimiento como síntoma del estado de ánimo del proletariado austriaco. Y, por otra parte, es imposible que a la creación de este estado de ánimo no concurren los resultados negativos de la obra que se creía más o menos cumplida por Monseñor Seippel en colaboración con los banqueros americanos y europeos. Todos los datos últimos de la economía austriaca denuncian la subsistencia de una crisis industrial a la cual no es fácil encontrar salida. Austria, pueblo principalmente industrial, carece de materias primas bastantes para la alimentación de su industria. Por la insuficiencia de su agricultura, tiene un fuerte déficit alimenticio. El desequilibrio entre la producción y el consumo mundiales, no le consiente esperar, de otro lado, un crecimiento salvador de su comercio extranjero. Estas cosas no las resuelven los créditos de la Sociedad de las Naciones.

Los días de Viena no son ya tan duros como aquellos de 1922 —y de Julio precisamente— en que Cesar Falcón y yo vimos caer hambrienta y agónica a una mujer en una acera del Rhin. Pero la política austriaca continua como entonces sin encontrar su equilibrio. Lo prueba, políticamente, en forma incontestable, el hecho de que el socialismo, que tiene el rol de opositor, haya conservado íntegra, y tal vez acrecentada, su gran influencia sobre las masas. El gobierno de Monseñor Seippel ha tenido necesidad de la cooperación solicita del partido socialista para contener la insurrección. El próximo gobierno se constituirá, a lo que parece, con la participación de los socialistas.

El partido socialista que, con el partido cristiano-social encabezado por Monseñor Seippel, se divide la gran mayoría de los electores, tuvo en sus manos el poder de 1919 a 1920. Acomodó en ese período su política al mismo criterio reformista que la social democracia de Ebert y Scheidemann en Alemania. En su activo no se registra sino una alerta defensa de las instituciones republicanas y un conjunto de leyes sociales y obreras. Del gobierno lo desalojaron los cristianos-sociales y los nacionalistas que ocupan el tercer puesto entre los partidos austriacos, aunque a buena distancia de los dos mayores. Pero, bajo el prudente gobierno de Monseñor Seippel,

ha continuado influyendo, con una oposición más o menos colaboracionista, según los instantes en la política gubernamental de este período. Y, si ahora se habla de su retorno al poder o de una segunda coalición con los cristianos-sociales, es porque la política de éstos no ha sido capaz ni de realizar todo lo que prometió en el orden económico e internacional ni de sustraer a las masas al dominio de los socialistas.

El socialismo austriaco no tiene, evidentemente, un criterio uniforme. Entre sus dos alas extremas, reformismo y comunismo —éste forma un partido autónomo, pero aplica a todas las luchas el método del frente único— no es probable ningún compromiso teórico. Parten de puntos de vista radicalmente opuestos. Otto Bauer, el famoso leader del partido austriaco, es uno de los teóricos máximos de la social-democracia. En esta oposición, le ha tocado, al lado de Kautsky y otros, sostener una polémica histórica con Lenin y Trotsky. El fracaso de la praxis social-democrática en Alemania, y en la misma Austria, después de la Revolución de 1918, no ha modificado la actitud de Bauer. No hay, pues, que sorprenderse de encontrarlo una vez más en abierto conflicto teórico y práctico con los comunistas de su país. Estos no constituyen un partido de importancia numérica, pero en cambio se mantienen estrechamente articulados con las masas obreras, de suerte que en cualquier momento propicio pueden ejercer sobre éstas un influjo inmensamente superior al que corresponde a su número.

El problema económico, político e internacional de Austria, —que, contra un tratado defendido tan celosamente por Italia y Francia, pugna por unirse a Alemania—, ha recordado de pronto a los buenos y a los malos europeos lo artificial y deleznable de la paz y el orden de Europa.

-----  
\* Publicado en *Variedades*, Lima, 23 de Julio de 1927.

### **- EL PARLAMENTO DE PRIMO DE RIVERA\***

La dictadura española ha querido celebrar su cuarto aniversario con la convocatoria a la asamblea nacional tantas veces prometida por Primo de Rivera desde que, conchabado con don Alfonso XIII, restauró en España, con especiosos disfraces, la monarquía absoluta. Esta asamblea debía haber sido -conforme al ambicioso designio de Primo de Rivera, cuando enfáticamente anunciaba la inauguración de un nuevo régimen destinado a rehacer España-, una asamblea con poderes de constituyente. Pero en estos 4 años los planes de la dictadura han sufrido más de una metamorfosis. La idea de la asamblea nacional ha encontrado, según se ha dicho, no poca resistencia en la propia monarquía, temerosa de dar un paso excesivo, superior a su mediocre y achulado oportunismo borbónico. Varias veces la convocatoria a la asamblea ha parecido inminente; otras tantas la ha frustrado el desgano de don Alfonso para esta gruesa jugada. Y en esta difícil gestación la asamblea se ha achicado a tal punto que ahora que nos la enseñan al fin nacida, casi no la reconocemos. No porque la esperásemos más o menos apta y válida, sino porque no es la misma de que Primo de Rivera, con jactanciosa paternidad, nos había anticipado el diseño.

La asamblea de Primo de Rivera, conforme a la descripción que nos ofrece de todas sus piezas y funciones el decreto de convocatoria, es un modesto instrumento de legislación, de facultades muy restringidas, que recibe sólo el encargo de elaborar el ante-proyecto de la reforma constitucional. El personal, de elección real, pretenderá representar nada menos que a la nación, pero, en verdad, no representará sino a la clientela de la dictadura. La representación subsidiariamente acordada a algunas categorías del trabajo

intelectual o manual no alcanzará a conferir una autoridad siquiera aparente a este parlamento larvado.

Habría sido bastante comprometedor para la monarquía española el confiar a una asamblea designada por el rey la reforma de la Constitución. Por esto, la facultad de la asamblea ha quedado reducida a la mera confección del proyecto respectivo. La reforma resulta así aplazada al menos por los tres años fijados como término a la asamblea. Este plazo de tres años es también, en consecuencia, el que provisoriamente se señala a sí misma la dictadura para continuar su experimento.

Desde su aparición, esta dictadura se ha presentado modestamente como un gobierno a plazo fijo. No ha osado atribuirse la misión de reorganizar por sí misma el Estado español. Primo de Rivera ha comprendido siempre que debía renovar periódicamente a sus compatriotas la garantía de su interinidad. El lenguaje de su gobierno, hasta en sus más fanfarronas proclamas, es íntima-mente el de un gobierno provisorio.

Esta es una de las cosas que más profundamente diferencian a la dictadura de Primo de Rivera de la de Mussolini. El fascismo no conoce la preocupación del plazo. Se siente definitivo y perdurable. Emprende sus reformas, directa e inmediatamente. Tiene una idea mística de su función histórica. Además de todo lo que personal e intelectualmente separa a Mussolini de Primo de Rivera, los distingue y distancia, desde un punto de vista político, el hecho de que el primero tiene tras de sí un partido fuertemente organizado, mientras el segundo se apoya en un sequito precario de elementos sin cohesión, congregados eventualmente en turno suyo por el influjo del poder.

Primo de Rivera tiene siempre el aire de pedir permiso para seguir. Mussolini obra como si estuviera totalmente seguro del consenso indefinido de su pueblo. El general juerguista ignora aún la magnitud de su aventura. Teme mucho los riesgos de exagerarla. Puede ser que ambicione la duración ilimitada de su poder. Pero se propone ganarla por prórrogas sucesivas, como una suma de interinidades.

Basta este rasgo para juzgar la incurable mediocridad de la dictadura española, cuya subsistencia se explica únicamente como el resultado de un conjunto de circunstancias y elementos negativos: la descomposición de los viejos partidos constitucionales; el descrédito del régimen parlamentario; la impotencia de los líderes liberales o reformistas; la inmadurez del proletariado, cuya educación revolucionaria ha sufrido de una parte la influencia enervante del socialismo domesticado y de otra parte el efecto

disolvente del sindicalismo anarquista.

La esperanza de los políticos desalojados del gobierno y del parlamento por el golpe de estado de Primo de Rivera, se ha alimentado hasta ahora de la con-fianza en la incapacidad constructiva de la dictadura, sin tener en cuenta su propia insolvencia en este plano. En vez de una actitud positiva y combatiente, han preferido oponerle una actitud pasiva y expectante. Licenciados por el rey, no han sabido rebelarse contra la monarquía desleal al pacto del cual emana su autoridad. Hoy mismo, la convocatoria de esta asamblea, que cancela sus ilusiones —porque dentro de tres años el desamparo de los viejos políticos será más grande aún que ahora—en vez de empujarlos a una acción de resuelta defensa de los principios liberales contra la monarquía, les inspira apenas el gesto inocuo e impotente de retirarse a la vida privada o de reprochar, melancólicamente, al rey, una infidelidad que están, sin embargo, dispuestos a perdonarle. El único documento serio, entre los que recogen la protesta o la queja de los políticos despedidos del servicio real, parece ser la carta de Sánchez Guerra, porque recuerda a Alfonso XIII que su familia reina en España por haber representado el principio de la monarquía constitucional en oposición al principio de la monarquía absoluta encarnado por el carlismo.

Si esta tesis hubiese sido sostenida por todos los líderes de los grupos constitucionales en una forma beligerante y agresiva es probable que Alfonso XIII, no habría autorizado a Primo de Rivera a esta continuación de su aventura.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 17 de Setiembre de 1927.

### **- LA BATALLA DE "MARTIN FIERRO"\***

La rotunda negativa con que Martín Fierro ha respondido, bajo la firma de Rojas Paz, Molinari, Borges, Pereda Valdés, Olivari, Ortelli y algunos otros de sus colaboradores, a una extemporánea invitación de La Gaceta Literaria de Madrid, refresca mi simpatía por este aguerrido grupo de escritores argentinos y su animado periódico. Hace tres años, Oliverio Girondo - traído a Lima por su afán de andariego y en función de embajador de la nueva generación argentina- me hizo conocer los primeros números del intrépido quincenario que desde entonces leo sin más tregua que las dependientes de las distracciones del servicio postal.

Mi sinceridad me obliga a declarar que Martín Fierro me parecía en sus últimas jornadas menos osado y valiente que en aquellas que le ganaron mi cariño. Le notaba un poco de aburguesamiento, a pesar del juvenil desplante que encontraba siempre en sus columnas polémicas. (El espíritu burgués tiene muchos capciosos desdoblamientos). Martín Fierro, a mi juicio, caía en el frecuente equívoco de tomar por señales de revolución las que son, más bien, señales de decadencia. Por ejemplo, cuando a propósito de Beethoven, dijo: "debemos defender nuestra pequeñez contra los gigantes, si es preciso", adoptó la actitud conformista, esto es burguesa, de los que, obedeciendo a una necesidad espiritual del viejo orden político y económico, repudian iconoclastas el pasado en nombre de un reverente acatamiento al presente. El ambicioso futurismo de otros días degenera así en un engreído presentismo, inclinado a toda suerte de indulgencias con los más mediocres frutos artísticos si los identifica y cataloga como frutos de la estación.



La función de Martín Fierro en la vida literaria y artística de la Argentina, y en general de Hispanoamérica, ha sido sin duda una función revolucionaria. Pero tendería a devenir conservadora si la satisfacción de haber reemplazado a los valores y conceptos de ayer por los de hoy, produjesen una peligrosa y megalómana superestimación de éstos. Martín Fierro, por otra parte, ha reivindicado, contra el juicio europeizante y académico de sus mayores, un valer del pasado. A esta sana raíz debe una buena parte de su vitalidad. Su director Evar Méndez lo recuerda oportunamente en un ponderado balance de su obra publicado en la Exposición de la Actual Poesía Argentina de P. J. Vignale y César Tiempo (Editorial Minerva, Buenos Aires, 1927). (Martín Fierro -escribe Evar Méndez- tiene por nombre el de un poema que es la más típica creación del alma de nuestro pueblo. Sobre esa clásica base, ese sólido fundamento -nada podría impedirlo-, Edificamos cualquiera aspiración con capacidad de toda altura».

El activo de Martín Fierro está formado por todos los combates que ha librado obedeciendo a su tradición que es tradición de lucha. Y que por arrancar de "la más típica creación" del alma popular argentina no puede avenirse con un concepto antisocial del arte y mucho menos con una perezosa abdicación de la cultura ante las corrientes de moda. El pasivo está compuesto, en parte, de las innumerables páginas dedicadas, verbigracia, a Valery Larbaud que, juzgado por estos reiterados testimonios de admiración, podría ocupar en la atención del público más sitio que Pirandello. Evar Méndez está en lo cierto cuando recapitulando la experiencia martinfierrista apunta lo siguiente: «la juventud aprendió de nuevo a combatir; la crisis de opinión y de crítica fue destruida; los escritores jóvenes adquirieron el concepto de su entidad y responsabilidad».

Por todo esto me complace, en grado máximo, la cerrada protesta de los escritores de Martín Fierro contra la anacrónica pretensión de La Gaceta Literaria de que se reconozca a Madrid como "meridiano intelectual de Hispanoamérica". Esta actitud nos presenta vigilantes, despiertos y combativos frente a cualquiera tentativa de restauración conservadora. Contra la tardía reivindicación española, debemos insurgir todos los escritores y artistas de la nueva generación hispanoamericana.

Borges tiene cabal razón al afirmar que Madrid no nos entiende. Sólo al precio de la ruptura con la Metrópoli, nuestra América ha empezado a descubrir su personalidad y a crear su destino. Esta emancipación nos ha costado una larga fatiga. Nos ha permitido ya cumplir libremente un vasto

experimento cosmopolita que nos ha ayudado a reivindicar y revalorar lo más nuestro, lo autóctono. Nos proponemos realizar empresas más ambiciosas que la de enfeudarnos nuevamente a España.

La hora, de otro lado, no es propicia para que Madrid solicite su reconocimiento como metrópoli espiritual de Hispanoamérica. España no ha salido todavía completamente del Medioevo. Peor todavía: por culpa de su dinastía borbónica se obstina en regresar a él. Para nuestros pueblos en crecimiento no representa siquiera el fenómeno capitalista. Carece, por consiguiente, de títulos para reconquistarnos espiritualmente. Lo que más vale de España -Don Miguel de Unamuno- está fuera de España. Bajo la dictadura de Primo de Rivera es inconcebiblemente oportuno invitarnos a reconocer la autoridad suprema de Madrid. El "meridiano intelectual de Hispanoamérica" no puede estar a merced de una dictadura reaccionaria. En la ciudad que aspire a coordinarnos y dirigirnos intelectualmente necesitamos encontrar, si no espíritu revolucionario, al menos tradición liberal. ¿Ignora la Gaceta Literaria que el General Primo de Rivera negó libertad de palabra al profesor argentino Mario Sáenz y que la negará invariablemente a todo el que lleve a España la representación del pensamiento de América?

Nuestros pueblos carecen aún de la vinculación necesaria para coincidir en una sola sede. Hispanoamérica es todavía una cosa inorgánica. Pero el ideal de la nueva generación es, precisamente, el de darle unidad. Por lo pronto hemos establecido ya entre los que pensamos y sentimos parecidamente, una comunicación fecunda. Sabemos que ninguna capital puede imponer artificialmente su hegemonía a un Continente. Los campos de gravitación del espíritu hispano-americano son, por fuerza, al norte México, al sur Buenos Aires. México está físicamente un poco cerrado y distante. Buenos Aires, más conectada con los demás centros de Sudamérica, reúne más condiciones materiales de Metrópoli. Es ya un gran mercado literario. Un "meridiano intelectual", en gran parte, no es otra cosa.

Martín Fierro, en todo caso, tiene mucha más "chance" de acertar que La Gaceta Literaria.

-----  
\* Publicado en Variedades: Lima, 24 de Setiembre de 1927.

### - SERGIO ESSENIN\*

El poeta ruso Sergio Essenin debe una buena parte de su fama en el Occidente a la extraordinaria artista Isadora Duncan. Su matrimonio con Essenin constituyó la última gran aventura de la vida de esta mujer, que acaso habría podido reivindicar para sí el derecho de llamarse d'annunzianamente "la aventurera sin ventura". Essenin, clasificado entre los poetas de la Revolución, a pesar de ser un lírico de pura sangre, desposó a la Duncan en plena epopeya bolchevique. Pero su renombre europeo no arranca de los días en que su bizarra esposa lo paseaba por Berlín, París y Nueva York. La novela de Essenin y la Duncan empezó a propagarse, más o menos folletinescamente complicada, por las revistas ilustradas, cuando se conoció el suicidio de Essenin en diciembre de 1925, divorciado hacía ya tiempo. La exportación del hombre precedió a la del poeta. Y tenía, además, que ser más duradera.

Nació su arte bajo el signo sangriento de la guerra. Hacía muy poco que se había encendido ésta cuando Essenin arribó a Petrogrado, proveniente de su aldea de Rjazan, tenía dieciocho años. Había escrito algunos versos que no acusaban aún una personalidad original. Cantaba con voz dulce los aires de su región. No sospechaba todavía su destino de poeta iconoclasta y escandaloso. Conservaba una idea respetuosa y campesina del "padrecito Zar". Es así como lo recuerda Zenaida Hippus, la mujer de Mjereskovsky, a cuya tertulia literaria acudían los debutantes como un rito de su iniciación.

No es posible, pues, sorprenderse del tono apocalíptico, frecuente en la

poesía de Essenin. Su temperamento de "primitivo" se desarrolló en un clima de tragedia. La psicología de guerra encontró, en este infante rústico, una naturaleza espontáneamente inclinada a la violencia y a la jacquerie.\* Essenin se afilió a una escuela poética que tomaba su nombre y una parte de su inspiración de la vieja secta rusa de los chlysti,\*\* que espera nuevas encarnaciones de Jesús. El mesianismo blasfemo, el misticismo inverecundo de Essenin proceden, sin duda; de la asociación de la "psicología de guerra" con la mitología de una secta que, por traducir una de las más típicas reacciones primitivas del alma rusa ante el cristianismo, encontró fácilmente resonancia en el espíritu agreste del poeta de Rjazan. [\* Insubordinación campesina./ \*\* Iluminados]

Uno de los poemas de Essenin, que ha sido traducido y citado con mayor insistencia por sus críticos de occidente, el titulado Inonia, es uno de los productos característicos de esta tendencia, con la que se combina el gusto por la manera bíblica y el gesto profético. En su epígrafe se lee:

«Os prometo la Ciudad Inonia  
donde habita el Dios de los vivos».

Y luego así prosigue:

«No temeré la muerte,  
ni lanzas, ni lluvias de flechas.  
Así habla según la Biblia  
el profeta Sergio Essenin».

Este mismo poema nos descubre otro elemento esencial del arte de Essenin: un exasperado individualismo que conduce al poeta a esa exaltación megalómana, que constantemente encontramos en muchos artistas de esta época, en quienes termina -aunque ellos no reconozcan esta genealogía- la estirpe romántica. La imagen antropomórfica, tan usada en la poesía moderna, tiene evidentemente su origen psíquico en ese egocentrismo megalómano que, en último análisis, no es sino puro individualismo, vale decir puro romanticismo. Desde Khlebikov; otro campesino turbulento y genial, la metáfora antropomórfica ha caracterizado el imaginismo ruso. Según he leído en Pasternak, de un verso de Khlebikov -El mar se ha puesto su calzón azul-desciende seguramente el título de uno de los primeros libros del futurista o constructivista Maiakovsky: La nube en pantalones. En Essenin, la exaltación megalómana tiene notas como éstas:

«Quiero trasquilar el firmamento  
como una oveja sarnosa».

.....  
«Alzaré las manos hacia la luna,

como una nuez la partiré con los dientes;  
no quiero cielos sin escalas,  
no quiero que caiga la nieve».

.....  
«Hoy, con la mano elástica  
podría derribar todo el mundo...»

La atmósfera moral y física de los primeros años de la Revolución era, como lo observa Ilya Ehrenburg, favorable a la superproducción y a la hipertrofia poética. El pathos\* revolucionario creaba una conciencia apocalíptica, propicia a todas las hipérboles épicas y líricas. "Electrificaremos al mundo entero", decía uno de los anuncios luminosos del bolchevismo, encendido sobre las ciudades famélicas, que gastaban en este alarde el único combustible de que disponían para su calefacción. Por otra parte, como dice Ehrenburg, «la prosa requiere tiempo y dinero: ambas cosas faltaban». Los poetas recitaban sus versos en las asambleas o los escribían en las paredes. La revolución rusa creó el "poema mural", el "poema affiche". Me he enterado también de que la revista oral es una invención rusa. (Es probable que nuestro querido y brillante Alberto Hidalgo sólo lo haya sabido después de su experimento bonaerense). En este tiempo de caos o poesía, Essenin, igual que Maiakovsky, aunque representando otra cara del alma rusa, avanzó por el camino de la violencia verbal y de la estridencia lírica, más allá de su propia meta. Cultivó un ismo personal: el escandalismo. Su amor a la pendencia y al vagabundaje, no halló vallas molestas en una época de tempestad revolucionaria. Y lo indujo a rotular uno de sus libros: Confesión de un granuja. [\* Desorden, convulsión, estado afectivo intenso]

Pero la Revolución no pudo alimentarse indefinidamente de poesía y apocalipsis. El genio realista de Lenin inauguró el "nuevo curso". Vino el período de la Nep (Nueva Política Económica). Período de trabajo prosaico: reorganización de la industria y el comercio. En el orden de la vida cultural, el panorama también es otro. Surgen editoriales del Estado y editoriales privadas. Se dispone de más tiempo y más dinero. Al apogeo de los poetas, sucede el de los novelistas. Ehrenburg dice: «El nacimiento de la nueva prosa rusa ha coincidido con el cambio de ritmo de la Revolución. Un cierto escepticismo ha reemplazado al reciente entusiasmo incondicional. He aquí que comenzó la reducción del personal, de los gastos, de los proyectos, de la fantasía». Essenin, que en un ambiente henchido de electricidad, había alcanzado una extrema tensión, no podía adaptarse al cambio. El conflicto entre su individualismo y el comunismo de un estado social -al cual se había adherido sin comprenderlo enteramente- no lograba, como antes, disfrazarse y disimularse en el torbellino de una conciencia

aturdida. En un poema de esta época, traducido al italiano por Ettore lo Gatto, Essenin nos cuenta su regreso a la aldea después de ocho años de ausencia. Su pueblo, transformado por la Revolución, no es el mismo. Essenin sufre una desilusión que expresa con nostálgica melancolía. «En los ojos de nadie encuentro refugio». «En mi pueblo soy un extranjero». «Mi poesía aquí no sirve más».

El equilibrio no sólo se había roto entre Essenin y el mundo exterior; se había roto, sobre todo, en el propio poeta. Dentro de un mundo en laboriosa organización, el poeta escandalista quedaba desocupado. A pesar de su cantos revolucionarios, no era el poeta de la Revolución.

Trotsky en una emocionada despedida al gran poeta define así su caso: «Essenin era un ser interior, tierno, lírico; la revolución es "pública", "épica". El poeta ha muerto porque no era de la misma naturaleza que la Revolución, pero, en nombre del porvenir, la Revolución lo adoptará para siempre». «El poeta ha muerto; viva la poesía. Indefenso, un hijo de los hombres ha rodado al abismo; viva la vida creadora en la que Sergio Essenin, hasta el último momento, entretejía sus hilos de oro».

Los críticos de la "emigración", no obstante su rabioso antibolchevismo, reconocen el genio de Sergio Essenin. No le disputan, ni pueden disputarle, su puesto en la historia de la poesía rusa. Se da un caso curioso, remarcado inteligentemente por Víctor Serge: la Revolución que recibió la adhesión de los poetas -Blok, Briussov, Balmont, Maiakovsky, Biely, Essenin- y encontró en cambio hostiles a los novelistas. Y de novelistas, críticos, historiógrafos, etc., está compuesta la plana mayor de los "emigrados". La Poesía votó por la Revolución.

Y la Revolución por boca de uno de sus grandes capitanes, que al revés de la mayor parte de los estadistas de la burguesía, es un hombre capaz de juzgar con la misma inteligencia una cuestión económica que una cuestión filosófica o artística, le dice ahora su reconocimiento.

-----  
\* Publicado en Variedades: Lima, 19 de octubre de 1927.

## **- SANÍN CANO Y LA NUEVA GENERACION\***

Sanín Cano coincide, sin duda, con Bernard Shaw, en la apreciación del periodismo. No aspira al título de ensayista ni de filósofo, porque le basta el título de periodista. Y si periodismo es todo lo que pretende Bernard Shaw, el escritor colombiano se contenta con una clasificación que no oscurece ni disminuye sus méritos de pensador y polígrafo.

Urge convenir en que el descrédito del periodista, particularmente el de América, resulta justificado, El periodismo ejercido generalmente por una muchedumbre más o menos anónima de diletantes, aparece como un género que no requiere ninguna preparación cultural y ninguna aptitud literaria. El periodista se supone el derecho de discurrir de todo sin estar enterado de nada. Frente a una cuestión económica o a una doctrina social, no se siente jamás embarazado por su ignorancia. Lo sostiene una confianza excesiva en que la ignorancia de sus lectores sea aún mayor. El socialismo, señaladamente, sufre en la prensa las más inverosímiles desfiguraciones por obra de gentes de las cuales no sólo se puede decir que no han leído nunca a Marx, Engels, Lasalle ni Sorel, sino que serían absolutamente incapaces de entenderlos.

Pero se registra ya un movimiento de reivindicación de la profesión de periodista. Esta reivindicación no se reduce, por supuesto, al vocinglero empeño de Henri Béraud de demostrar que un reportero puede escribir tan bien como el mejor literato. (Las mediocres novelas de Henri Béraud, en verdad, no lo prueban todavía). El artículo del escritor responsable y calificado desaloja crecientemente de la prensa a la divagación inepta del

gacetillero. El público distingue cada vez mejor las varias jerarquías de periodistas.

Esta rectificación debe mucho, en el sector hispánico, a la obra de Sanín Cano, que ha contribuido poderosamente a elevar el comentario y la crítica periodísticos, con visible influencia en la educación del público y en especial del que no llega al libro.

Al período del apogeo del "cronista", durante el cual la predilección de los lectores fue acaparada por escritores del tipo de Gómez Carrillo, ha seguido un período de apogeo del ensayista. Lo que demuestra que al lector no le basta ya la sola anécdota.

Se destaca frecuentemente, como uno de los rasgos mayores de Sanín Cano, su humorismo. La aparición de este "filósofo de la risa" según Araquistain —quien corrobora un concepto de Armando Donoso a propósito de Arturo Cancela—, es uno de los signos de maduramiento literario de Hispanoamérica.

El agudo escritor colombiano es, sin disputa, un humorista. Pero su humorismo no es su cualidad sustantiva, ni la que más lo distingue entre los pensadores del Continente. A pesar de su humorismo -él diría que precisamente a causa de su humorismo- Sanin Cano se singulariza por su pensamiento circunspecto, coherente y hondo. Su gesto de escéptico no le impide guardar una leal y honrada devoción a algunas ideas fundamentales, verbigracia la idea de la libertad. La ironía, el humor, en ningún momento restan seriedad ni unidad a su pensamiento. Sanín Cano se comporta siempre como un espíritu constructivo, que asume, libre, pero fielmente, una misión docente en la evolución intelectual de estos pueblos. No lo atrae el apostolado; pero quiere cumplir sin alarde y sin desplante una obra de orientador y educador.

La labor de Sanín Cano, forma parte del magno esfuerzo que hacen las mentes más lúcidas de Hispanoamérica por dotar a nuestros pueblos de la "atmósfera de ideas" que fundadamente ha echado de menos en ellos la crítica europea. Se le debe una divulgación eficaz -y a veces una versión original- de las ideas y hechos más conspicuos de los últimos lustros. Y este trabajo se ha caracterizado por la autonomía austera, aunque sonriente, de su espíritu.

El trato íntimo con el pensamiento occidental, no ha descastado a este escritor de América, que, desde su juventud, explora los más diversos caminos de la literatura de Europa. Cada vez que opina sobre un problema de



América, lo hace con acendrado sentimiento de americano. Su ejemplo nos decide a creer que existe ya una estirpe de "buenos americanos" en vías de afirmar su personalidad y de llenar su función con la misma excelencia que la estirpe de los "buenos europeos".

La cultura británica -y quizá también el espíritu británico- han dejado su huella en la producción de Sanín Cano, pero sin enflaquecer su savia ni deformar su sensibilidad de hispanoamericano. No se le puede reprochar ninguna abdicación de su independencia al juzgar las cosas y los hombres anglo-sajones. El espectáculo de la hegemonía anglo-sajona, encuentra en Sanín Cano un estudioso cauto que no pierde nunca su equilibrio. Inglaterra no lo deslumbra. Y esto no traduce frialdad sino mesura.

No creo mucho en su escepticismo. Sé que procede de una generación ponderada que, con Rodó, se impuso el gusto de la línea ateniense (Sanín Cano, sin embargo, no es muy indulgente con algunos aspectos del patrimonio greco-romano. Véase su ensayo Bajo el signo de Marte).

La generación de hoy, por razones de época, piensa y obra con un ritmo más acelerado. Le torea acompañarse a una hora de violencia. Pero, salvada esta diferencia de pulsación espiritual, puede reconocer en Sanín Cano un pre-cursor y un maestro por su pasión de verdad .y de justicia.

Ante el fenómeno norteamericano, Sanín Cano ha tenido siempre una actitud de vigilante defensa de la autonomía y de la personalidad de la América Latina. Hace poco incitaba a su país a la previsión de los peligros de los préstamos yanquis.

Pocas actitudes de su pensamiento, a mi juicio, definen su ambición como la justicia que hace a Brandes en estas palabras: «La muerte de Brandes priva a la idea de la libertad de su más alto representante y de su más asiduo y eficaz defensor en los últimos sesenta años. Mientras otras inteligencias ochocentistas, claudicaron y se rindieron, escondiendo en pliegues de sutil ironía su escepticismo en materia de libertades, Brandes perseveró siempre dedicado a los principios formulados ruidosamente con estupenda claridad y hermosura en su conferencia del año setenta». Me complace el haber coincidido con Sanín Cano en la estimación del que yo también considero como el mayor mérito del pensador escandinavo.

A Sanín Cano, sus pósteros\* le reconocerán el mismo mérito de haberse conservado fiel al pensamiento liberal y progresista, en una época en que, turbados por atracción reaccionaria, lo renegaba la mayoría de sus más veteranos militantes. [\*Descendientes]

-----  
\* Publicado en Variedades: Lima, 8 de Octubre de 1927

## **- LA GUERRA CIVIL EN MEXICO\***

La palabra revolución ha perdido en América, en un siglo de motines y pronunciamientos, la acepción que reivindica para ella la historia contemporánea. Así, por pura rutina verbal, se llama ahora movimiento revolucionario al movimiento reaccionario que capitanea en México el General Arnulfo Gómez, candidato a la presidencia de esa República.

No se dispone aún de suficientes datos para conocer y apreciar exactamente el verdadero proceso de este episodio de guerra civil. La versión más autorizada de los sucesos es, sin duda, la contenida en los comunicados del Gobierno Mexicano. Es cierto que los comunicados de guerra, destinados a conseguir efectos políticos y militares, constituyen un testimonio de parte en un instante de vehemente beligerancia. Tienen en mira determinados objetivos estratégicos. Sin embargo, mucho menos crédito deben merecer al espectador neutral, las agencias telegráficas yanquis, las cuales disimulan muy poco su antipatía por el régimen que preside Calles. Ni el cable ni la cinematografía yanquis desperdician ninguna ocasión de exhibir a México con el cuchillo entre los dientes.

Pero esta relativa carencia de datos cabales y de fuentes verídicas no concierne sino a la parte exterior o procesal de los hechos: En cuanto al sentido y la esencia de éstos, quien conozca la historia de la Revolución Mexicana, y no haya soltado el hilo conductor, no se extraviará fácilmente en el capcioso dédalo de las noticias cablegráficas.

No caben equívocos ni confusiones respecto del carácter de la insurrección

contra Calles. Los generales Serrano y Gómez pertenecían al campo revolucionario. Prestaron al régimen surgido de la Revolución beneméritos servicios. Pero, desde que la oligarquía los empujó a una lucha a muerte contra Calles y Obregón, se dejaron arrastrar insensiblemente al campo reaccionario. El caso de ambos no era sino la repetición, a cuatro años de distancia, del caso de Adolfo de la Huerta.

Hace cuatro años, la candidatura de Adolfo de la Huerta, ministro de Obregón, apareció en oposición a la candidatura de Calles, pretendiendo representar, también y mejor, la corriente revolucionaria. Mas, esta afinidad, no era cierta sino en teoría. En la práctica, la causa de De la Huerta, se diferenció inmediatamente de la causa de Calles. Mientras éste reclutaba el grueso de sus adeptos entre los obreros y campesinos y aceptaba sus puntos de vista hasta granjearse una extensa reputación de bolchevique, en torno de aquél se encontraban los elementos de derecha del régimen revolucionario, a los cuales, no tardaron en agregarse fuerzas típicamente conservadoras. Y cuando De la Huerta se puso a la cabeza de una insurrección adoptó un programa claramente reaccionario. En el ostracismo, la trayectoria de este político, apresuró su orientamiento reaccionario como era inevitable que sucediese. Ahora, De la Huerta, no aspira a otra cosa que a ganar la confianza de la clase propietaria para unificarla contra el programa gubernamental

Aparentemente las candidaturas de Serrano y Gómez, nacían de anhelo de mantener incólume uno de los principios de la Revolución Mexicana, el de la no reelección. "Sufragio efectivo, no reelección", es el lema del régimen emanado del movimiento popular que comenzó abatiendo el despotismo de Porfirio Díaz. Pero en verdad, ésta no es la reivindicación capital de la Revolución Mexicana, fue su palabra de orden inicial. Nada más. Derrocado Porfirio Díaz, la Revolución ensanchó su significación y dilató su horizonte. La Constitución de 1917 incorporó, definitivamente, en su programa dos puntos fundamentales: la nacionalización de la propiedad de la tierra y el reconocimiento de los derechos del trabajo. A partir de entonces, la Revolución adquirió el contenido social y la misión histórica que señalan su rumbo en la etapa abierta por el Gobierno de Obregón. Por esto, sus jefes tienen que atender hoy más a sus principios sociales que a su lema político.

Habría sido, sin duda, mejor que los elementos revolucionarios hubiesen encontrado otro hombre para reemplazar a Calles. La elección del ex-Presidente no sería propiamente una reelección como pretenden sus adversarios, aunque se le acerca o parece mucho. De toda suerte, puede generar la sospecha de que dos generales se están turnando en la

Presidencia del Estado Mexicano.

Pero no me propongo esclarecer esto. El hecho de que las principales fuerzas populares del bloque que sostiene el gobierno de Calles, evidentemente capacitadas para escoger el mejor camino, se hayan pronunciado por la candidatura del General Obregón, permite suponer que no se trata de una designación arbitraria. (La política no está regida por fórmulas abstractas sino por realidades concretas). Y si el General Obregón resulta por ahora el único sucesor posible de Calles, a juicio de su partido, no hay por qué convertir en una montaña infranqueable el principio de la no reelección. De lo que se trata, ante las últimas noticias de México, es de establecer el carácter reaccionario de la rebelión de Serrano y Gómez.

La violencia de la represión debe ser juzgada dentro del cuadro integral de la lucha política mexicana. En cada país, en esta lucha, dos fuerzas chocan decisivamente. Al Gobierno mexicano no se le puede, en justicia, negar el derecho a usar contra sus enemigos las armas que éstos están resueltos a emplear contra él. No sería de estos rigores que tendrán que responder Calles y Obregón ante la historia, sino del acierto con que hayan servido e interpretado a las masas revolucionarias que los sostienen y del grado en que hayan sido fieles a su destino histórico.

-----  
\* Publicado en Variedades: Lima, 15 de Octubre de 1927.

### **- "INDOLOGIA" POR JOSE VASCONCELOS\***

Nadie se ha imaginado el destino de América con tan grande ambición ni tan vehemente esperanza, como José Vasconcelos en el prefacio de la Raza Cósmica, cuya tesis esencial encuentra explicación y desarrollo admirables en Indología, el último libro del pensador mexicano. El objeto del Nuevo Mundo, según esta tesis que aspira más bien a ser una profecía, es la creación de una cultura universal. En el suelo de América, se confundirán todas las razas, para producir la raza cósmica. Concluye con la cultura occidental, que se caracteriza ya por su fuerza expansiva y su ideal ecuménico, la edad de las culturas particulares. La misión de América es el alumbramiento de la primera civilización cosmopolita. Universalidad, dice Vasconcelos, debe ser nuestro lema.

Indología, desborda así los límites de una "interpretación de la cultura íbero-americana", que es como nos viene presentada, para tocar los de una utopía en la más pura acepción del vocablo. Y por esto no es el libro de un sociólogo ni de un historiador ni de un político, siendo sin embargo, a un tiempo, historia, sociología, política, por ser el libro de un filósofo. La filosofía recobra aquí su clásica función de ciencia universal, que domina y contiene todas las ciencias y que se siente destinada, no sólo a explicar e iluminar la vida, sino a crearla, proponiéndole las metas de una incesante superación. El filósofo retorna a una tradición en que encontramos a Platón y su República, para aplicar todas las conquistas del conocimiento a la concepción de un arquetipo o plan superior de sociedad y de civilización.

Esta concepción, por la libertad y la audacia con que se mueve en el

tiempo, se coloca fuera del alcance de la crítica, forzada a contentarse con el análisis de sus materiales históricos y científicos. El secreto de la arquitectura imaginada con estos materiales, no se entrega sino parcialmente o fragmentariamente. Es un secreto del espíritu creador.

Vasconcelos construye su tesis sin cuidarse de sistematizarla con lógica rigurosa y pedante. Su procedimiento no conduce a la formalización rígida. Y su obra, tiene por esto, como él lo anhela, más de musical que de arquitectónica. El pensamiento de Vasconcelos, afronta los riesgos de los más intrépidos vuelos; pero se complace siempre en retornar a la naturaleza y a la vida, de las cuales extrae su energía. El concepto se mezcla en sus obras con el relato, la impresión, la poesía. Su prosa, tiene un contagioso calor lírico. Cada idea nos descubre, en seguida, en Vasconcelos, su raíz, su proceso -estoy casi por decir que su biografía-. Por esto, el gran mexicano, no nos ofrece nunca tesis frías ideas congeladas, sino un pensamiento móvil, viviente; cálido, expresado con su fluencia y su movimiento. Y, por esto, también, su obra tiene en parte un carácter marcadamente autobiográfico -como sucede en el prólogo de *Indología* y las crónicas de viaje de *La Raza Cósmica*- que proviene de una profunda adhesión, más que al concepto mismo, a las percepciones que lo nutren, a la naturaleza que le presta matiz y emoción, al hecho que le comunica dinamismo y le atribuye objeto.

¿Cómo llega Vasconcelos a su teoría de la misión de América: cultura universal y raza cósmica? Para entender bien esta concepción hay que conocer sus leyes, su andamiaje teórico. Vasconcelos, los expone así: «La primera hipótesis que tomo para organizar el concepto de nuestros ideales colectivos, y que me sirve como de hélice propulsora en el vuelo del pensamiento hacia el futuro, es mi teoría de los tres estados de la civilización. Veo el problema del mundo, no ya subdividido en misiones parciales que a cada raza y a cada período histórico ha correspondido desarrollar, sino englobado en tres grandes ciclos, hacia los cuales ha venido convergiendo la historia y cuya consecución todavía no alcanzamos a mirar. Esos tres grandes ciclos son: el materialista, el intelectualista y el estético. No insistiré en el desarrollo de esta tesis, que ya varias veces he procurado esbozar y definir. Insisto solamente en asentarla y añado que la historia de cada una de las grandes civilizaciones podría demostrarnos la aparición sucesiva de cada una de estas épocas que se caracterizan por el predominio, ya de uno, ya de otro de los factores que sirven de base a la diferenciación. El período militar, que corresponde al régimen de tribu; el período del intercambio, las convenciones y los arreglos inteligentes, que corresponde al desarrollo de las instituciones y de la civilización, y, finalmente, el período estético que corresponde a la concepción emotiva, religiosa y

artística de la vida. Tercer período, que ha sido para todas las grandes culturas como una meta, no obstante que todas, hasta hoy, han decaído antes de alcanzarla. Han decaído porque la corrupción interna, al traicionar las normas superiores, las ha puesto otra vez a merced del apetito y la incredulidad en el ideal».

Nuestra civilización no ha cumplido aún, según Vasconcelos, su ciclo intelectual, dividido por el autor de *Indología* en tres períodos: el del abogado, el del economista y el del ingeniero. El primero corresponde al de la elaboración del derecho y la sujeción a sus leyes de las relaciones de los individuos como de los pueblos. El segundo debe conducir al sometimiento del capital a los fines colectivos; al triunfo de los técnicos de la economía sobre los capitanes de la industria privada; vale decir a la realización del socialismo. El tercero será el período de la técnica, de la ingeniería, del dominio de todas las fuerzas y resistencias de la naturaleza, por la ciencia aplicada. (Vasconcelos haría justicia a Lenin, si reconociera al genial revolucionario la gloria de haber soñado, como nadie antes que él, en esta etapa, cuando planeaba con iluminado empeño la electrificación de Rusia).

Pero estos períodos progresan sin duda paralelamente. Más optimista que Vasconcelos, yo pienso que de los dos últimos -el del economista y el del ingeniero- el mundo contemporáneo nos presenta ya logradas anticipaciones. Aunque Vasconcelos, con una falta de justicia y de lucidez que consternan en una mente como la suya se incline a negarlo, la obra de la Revolución Rusa representa un gigantesco esfuerzo de racionalización de la economía. Y el avance heroicamente ganado por Rusia hacia el socialismo -en medio de un mundo hostil, dentro del cual ni aún los filósofos más atrevidos en su previsión del porvenir son capaces de mirarla sin prejuicios- nos indica que no tocará a Estados Unidos, sino a la Unión Soviética, la realización del sometimiento del dinero y la producción a los principios de la economía y la justicia sociales.

La ausencia que los espíritus de la nueva generación tenemos que constatar, con un poco de tristeza y desencanto, en la obra de Vasconcelos, es la ausencia de un sentido más agudo y despierto de lo presente. La época reclama un idealismo más práctico, una actitud más beligerante. Vasconcelos nos acompaña fácil y generosamente a condenar el presente, pero no a entenderlo ni utilizarlo. Nuestro destino es la lucha más que la contemplación. Esta puede ser una limitación de nuestra época, pero no tenemos tiempo para discutirla, sino apenas para aceptarla. Vasconcelos coloca su utopía demasiado lejos de nosotros. A fuerza de sondear en el futuro, pierde el hábito de mirar en el presente. Conocemos y admiramos su fórmula: "Pesimismo de la realidad; optimismo del ideal. Pero observando

la posición a que lleva al que la profesa demasiado absolutamente, preferimos sustituirla por esta otra: "Pesimismo de la realidad; optimismo de la acción". No nos basta condenar la realidad, queremos transformarla. Tal vez esto nos obligue a reducir nuestro ideal; pero nos enseñará, en todo caso, el único modo de realizarlo. El marxismo nos satisface por eso: porque no es un programa rígido sino un método dialéctico.

Estas observaciones no niegan ni atenúan el valor de la obra de Vasconcelos como aporte a una revisión revolucionaria de la historia. Vasconcelos tiene como historiador y sociólogo juicios magistrales. Es imposible, por ejemplo, no suscribir el siguiente: "Si no hubiese tantas otras causas de orden moral y de orden físico que explican perfectamente el espectáculo aparentemente desesperado del enorme progreso de los sajones en el Norte y el lento paso desorientado de los latinos en el Sur, sólo la comparación de los dos sistemas de los regímenes de propiedad, bastaría para explicar las razones del contraste: En el Norte no hubo reyes que estuviesen disponiendo de la tierra ajena como de cosa propia. Sin mayor "gracia" de parte de sus monarcas y más bien en cierto estado de rebelión moral contra el monarca inglés, los colonizadores del Norte fueron desarrollando un sistema de propiedad privada, en el cual cada quien pagaba el precio de su tierra y no ocupaba sino la extensión que podía cultivar. Así fue que en lugar de encomiendas hubo cultivos y en vez de una aristocracia guerrera y agrícola, con timbres de turbio abolengo real, abolengo cortesano de abyección y homicidio, se desarrolló en el Norte una aristocracia de la aptitud, que es lo que se llama democracia, una democracia que en sus comienzos, no reconoció más preceptos que los del lema francés: "libertad, igualdad, fraternidad".

Pienso, empero, que el juicio de Vasconcelos sobre la diferencia esencial entre la sociedad fundada en el Norte por los sajones y la fundada en el Centro y Sur por los íberos, no está exento de cierto romanticismo. Lo que fundamentalmente distingue a ambas sociedades no es una raza ni una tradición diversas. Es más bien el hecho de que con los sajones vino la Reforma, esto es la revolución espiritual de la cual debía hacer todo el fenómeno capitalista e industrialista, mientras que con los españoles vino el Medio Evo, esto es la subsistencia de un espíritu incompatible con un nuevo principio de propiedad, libertad y progreso. El Medio Evo había ya dado todos sus frutos espirituales y materiales. La conquista fue la última cruzada. Con los conquistadores se acabó la grandeza española. Después no alumbró sino en el misticismo de algunas grandes almas religiosas. Coincido con Vasconcelos en la estimación de la obra civilizadora de las misiones del coloniaje. La reconocí ya hace algún tiempo a propósito de la función de algunas congregaciones en la agricultura y la educación práctica



de los indígenas, en un ensayo sobre la evolución de la economía peruana. Pero deduzco todos los factores de estancamiento latinoamericano de la medio-edad española. España es una nación rezagada en el progreso capitalista. Hasta ahora, España no ha podido aún emanciparse del Medio Evo. Mientras en Europa Central y Oriental han sido abatidos, como consecuencia de la guerra, los últimos bastiones de la feudalidad, en España se mantienen todavía en pie, defendidos por la monarquía. Quienes ahondan hoy en la historia de España, descubren que a este país le ha faltado una cumplida revolución liberal y burguesa. En España el tercer estado no ha logrado nunca una victoria definitiva. El capitalismo aparece cada vez más netamente como un fenómeno consustancial y solidario con el liberalismo y con el protestantismo. Este no es propiamente un principio ni una teoría sino más bien una observación experimental o empírica. Se constata que los pueblos en los cuales el capitalismo -industrialismo y maquinismo- ha alcanzado todo su desarrollo, son los pueblos anglosajones, liberales y protestantes. Sólo en estos países la civilización capitalista se ha desarrollado plenamente.

España es, entre las naciones latinas, la que menos ha sabido adaptarse al capitalismo y al liberalismo. La famosa decadencia española, a la cual exegetas románticos atribuyen los más diversos y extraños orígenes, consiste simplemente en esta incapacidad. El clamor por la europeización de España, ha sido un clamor por su asimilación demo-burguesa y capitalista. Lógicamente, las colonias formadas por España en América, tenían que resentirse de la misma debilidad. Se explica perfectamente el que las colonias de Inglaterra, nación destinada a la hegemonía en la edad capitalista, recibiesen los fermentos y las energías espirituales y materiales de un apogeo, mientras las colonias de España, nación encadenada a la tradición de edad aristócrata, recibían los gérmenes y las taras de una decadencia.

Está en lo justo Vasconcelos cuando denuncia la tesis de la superioridad absoluta de la raza blanca como un prejuicio imperialista de los anglosajones. La América Latina necesita superar este prejuicio que comporta también el de la inferioridad de todo mestizaje. Vasconcelos pone en el mestizaje, su esperanza de una raza cósmica. Pero exagera cuando atribuye al espíritu de la colonización española el cruzamiento de la sangre ibera con la sangre india. Los colonizadores sajones llegaron a Norte América con sus familias. No encontraron, además, un pueblo con tradición y cultura. El conquistador español, tuvo que tomar como mujer a la india. Y halló en América dos culturas avanzadas y respetables: al Norte, la azteca; al Sur, la quechua.

-----  
\* Publicado en Variedades: Lima, 22 de Octubre de 1922.

### - MAXIMILIANO HARDEN\*

Si nos atenemos a cierta versión, a la cual se ha concedido siempre largo crédito, la biografía política del célebre panfletista Maximiliano Harden, que acaba de fallecer en Suiza, no representaría sino el agitado epílogo del drama de Bismarck. La oposición de Bismarck a Guillermo II, — condenada a emboscarse en unas memorias destinadas por el creador del Imperio Alemán a una posteridad que no se imaginó nunca tan próxima—, sería originaria y fundamentalmente responsable, según esa versión, de las ardorosas campañas de Harden contra el régimen que se derrumbó en Alemania en 1918. Opiniones adictas a Harden han pretendido, por lo menos, que si Bismarck hubiera permanecido en el Gobierno, el destino del director de "Die Zukunft"\* habría sido muy diverso. En vez de agotarse en un trabajo negativo, Harden hubiera jugado en la historia de su patria un rol constructivo y realizador.

Pero esta hipótesis, enderezada a defender a Harden del reproche que le han dirigido reiteradamente las izquierdas doctrinarias, aludiendo al carácter individual y arbitrario de su obra, reposa sólo en el dato de la amistad que ligó al tormentoso polemista con Bismarck, en los últimos años de éste. Y prescinde con excesiva parcialidad de la influencia, sin duda decisiva, que tuvo en la aproximación y el consorcio de estos hombres, el amargado ostracismo del poder en que se encontraba el viejo Bismarck.

El "Vorwaerts" ha reafirmado la antigua tacha en el adusto responso que ha pronunciado sobre la tumba de Harden. El cable nos ha comunicado solícitamente las sarcásticas palabras con que el órgano social-democrático, sitúa en el pasado al aguerrido panfletista que, al dirigir durante treinta años

un periódico titulado "Die Zukunft" (El Porvenir) se remita, desdeñoso de su presente, al juicio de la posteridad.

El sino de Maximiliano Harden ha sido el de vivir perpetuamente exilado. Le tocó combatir al Imperio, al parecer por causa de la caída de su Gran Canciller, y en todo caso, sin que su temperamento ni sus mismas ideas, fuesen inconciliables con el régimen imperial. Y, sin embargo, el espíritu de Weimar, que habla ahora por boca de "Vorwaerts" no sabría, más tarde, adoptarlo. Ni el Imperio ni la República lo reconocen suyo. Y el futuro, al cual apeló desesperadamente, lo devolverá inexorable al pasado contra el cual tronó colérico.

Era, ciertamente, un espíritu sin órbita. Uno de esos espíritus cometas que inquietan y perturban con sus apariciones un orden que parece serles perennemente extraño. Su obra cambió muchas veces de rumbo. Tuvo, casi invariablemente, una función negativa, disidente. No le preocupó jamás la coherencia, ni siquiera la coherencia consigo mismo. A pesar de sus intrépidas campañas contra el Kaiser y su corte, no le correspondió, por eso, un papel activo en la revolución. La nueva Alemania, le rehusa el derecho de ocupar un sitio en sus rangos. No obstante el renombre mundial que alcanzó durante un proceso, en el cual se comportó valientemente, acusando a poderosos magnates de la Corte, Harden era de la familia romántica de los que se quedan en la anécdota, después de tocar temerariamente a las puertas de la Historia.

Le falta para entrar en la Historia, el título que únicamente se gana en el combate regular. Porque aunque combatió como pocos, su acción fue siempre de guerrillero, de franco tirador. Y, por indisciplinada, por arbitraria, careció de virtud creadora. Individualista, caprichoso, Harden luchó contra el pasado pero no por el porvenir. Parecía predestinado a la contradicción. La guerra, lo tomó pacifista; la paz lo volvía guerrero.

Sería injusto, sin embargo, regatearle el mérito de haber batallado bizarramente, contra Guillermo II y su corte en una época en que la propia socialdemocracia, —esto es el ejército de la revolución—, se mostraba excesivamente respetuosa a la Monarquía, satisfecha de su cómodo crecimiento dentro del marco dorado del Imperio. Harden, un disidente de la monarquía, se comportaba ante ésta con mucho más atrevimiento que los prosélitos de la república socialista.

Por este mérito, el fanatismo nacionalista y monárquico, le tenía un odio canito. En 1922, este odio llegó al atentado personal. Fue el año del asesinato de Walter Rathenau, el líder demócrata. Con Rathenau tramontó

para siempre la esperanza fatigada del veterano polemista.

-----

\* Publicado en Variedades, Lima, 5 de Noviembre de 1927.

### **- REIVINDICACION DE JORGE MANRIQUE\***

Desde que el pasadismo de la nostálgica literatura colonialista convirtió en un lema la frase "todo tiempo pasado fue mejor", me visita frecuentemente la idea de romper una lanza por la justa fama del poeta de las Coplas, pero no he sentido hasta ahora la urgencia de esta reivindicación -que me parece de la específica competencia de la historiografía literaria- porque un rápido examen del asunto me conducía siempre a la conclusión de que Jorge Manrique no resultaba realmente comprometido por dicho lema. El "todo tiempo pasado fue mejor" de los post-románticos, no era ya su verso, era un lugar común amamantado por todas las nostalgias, así prosaicas como poéticas. Era una frase propia del pasadismo. No por cierto una frase nueva sino una frase vieja -de otro modo carecería de título para presidir el vocabulario pasadista-, pero en ningún caso la misma de Jorge Manrique, un lugar común que está en una de sus coplas, sin expresar y mucho menos condensar su poesía. Y que en esa copla tiene un subsidiario oficio dialéctico.

Pero la crítica no se conforma con un lema anónimo. Y además se complace en suponer a cada cosa una genealogía preclara. Entre sus hábitos mentales se cuenta todavía el de no poder prescindir de la búsqueda del precursor. Y así sucede que si el pasadismo, o tradicionalismo, no invoca ni reclama a Jorge Manrique, el juicio público le atribuye esta filiación.

Nomenclatura apresurada, clasificación errónea, que sanciona sin embargo la cátedra. Luis Alberto Sánchez llama ya jorgemanriquismo a este

tradicionalismo, al cual él, Jorge Manrique, es absolutamente extraño.

La necesidad de la rectificación deviene por tanto apremiante. Hoy no cabe duda de que la poesía española de Jorge Manrique está cubriendo un grueso contrabando de prosa criolla. Este contrabando primero le tomó un verso; ahora, el nombre.

Es tiempo de protestar contra el capcioso conato, exonerando a Jorge Manrique de la responsabilidad que una posteridad memorista, aunque de mala memoria, más pegada siempre a la letra que al espíritu de los libros y de los autores, pretende echarle encima.

Hay que comenzar por la cita cabal de la copla a la cual pertenece el calumniado verso:

Recuerda el alma dormida  
 Avive el seso y despierte  
 Contemplando  
 Cómo se pasa la vida,  
 Cómo se viene la muerte  
 Tan callando:

Cuan presto se va el placer,  
 Cómo, después de acordado,  
 Da dolor,  
 Cómo a nuestro parecer  
 Cualquiera tiempo pasado  
 Fue mejor.

Caducidad de lo terreno, reza el epígrafe que Jorge Manrique puso a estos versos, escritos en memoria y alabanza de su padre, el maestro D. Rodrigo. Palabras que explicarían toda la filosofía de las coplas, si en estas mismas no estuviera clara y entera. Con acendrado pesimismo cristiano, el poeta nos previene contra la falacia de las ilusiones, lo mismo de hoy que de ayer. La frase "todo tiempo pasado fue mejor" no afirma nada. Está enteramente subordinada al verso anterior: "cómo a nuestro parecer". No tiene ninguna autonomía. Nada más artificioso, por consiguiente, que arrancarla del texto en el cual tiene una función negativa, para imponerle valor propio y calidad sustancial.

Jorge Manrique, no era en su tiempo -tan lejano del nuestro- pasadista ni tradicionalista. Su filosofía era rigurosamente la de un místico medioeval. Era la filosofía de la España Católica que resistió al Renacimiento y la Reforma, y reafirmó intransigente su ortodoxia en la Contrarreforma. Filosofía que ignora la vanidad del presente como la vanidad del pasado,

porque concibe la vida terrena como preparación para la vida eterna. Pesimismo integral y activo que renuncia a la Tierra, porque ambiciona el cielo. Ninguna nostalgia pesarosa del pasado puede alentar el que escribió estos versos:

Dellas deshace la edad,  
dellas casos desastrados  
que acaecen,  
dellas, por su calidad,  
en los más altos estados  
desfallecen.

Decidme: la hermosura  
la gentil frescura y tez  
de la cara,  
la color y la blancura,  
cuando viene la vejez  
¿cuál se para?  
Las mañas y ligereza,  
y la fuerza corporal  
de juventud,  
todo se torna graveza  
cuando llega al arrabal  
de senectud.

Pues la sangre de los godos,  
el linaje y la nobleza  
tan crecida,  
¡Por cuantas vías y modos  
se pierde su gran alteza  
en esta vida!

Unos por poco valer,  
¡por cuán bajos y abatidos  
que los tienen!  
Y otros, por no tener,  
con oficios no debidos  
se mantienen.

Los estados y riqueza,  
que nos dejan a deshora  
¿quién lo duda?  
No les pidamos firmeza,  
pues que son de una señora  
que se muda.  
Que bienes son de fortuna,  
que revuelve con su rueda  
presurosa,  
la cual no puede ser una

ni estar estable ni queda  
en una cosa.

La poesía de Jorge Manrique se enlaza por estos versos con esa mística que, como lo proclama Unamuno, es acaso la única genuina filosofía española. La única que vive porque vivió y, como escribe también el maestro de Salamanca, "lo que ha vivido vivirá". Filosofía a la que no se puede sospechar de pasadismo, no sólo porque más que idea era acto, sino porque miraba a la inmortalidad. Actitud ambiciosa y futurista, porque ¿qué futurismo más absoluto que el del místico, desdeñoso del presente y del pasado por amor de lo divino y de lo eterno?

Jorge Manrique no es responsable sino de su poesía. No le imputemos ningún lema ajeno a su verdadero pensar. Releamos sus versos sin atenernos a especiosos fragmentos, ficticiamente recortados. Con su poesía tiene que ver la tradición, pero no los tradicionalistas. Porque la tradición es, contra lo que desean los tradicionalistas, viva y móvil. La crean los que la niegan, para renovarla y enriquecerla. La matan los que la quieren muerta y fija, prolongación del pasado en un presente sin fuerzas, para incorporar en ella su espíritu y para meter en ella su sangre.

-----  
\* Publicado en Mundial: Lima, 18 de Noviembre de 1927. Y reproducido en Idea: N° 3. Lima, Abril de 1950.

### **- OCCIDENTE Y ORIENTE\***

No es, en verdad, infundada la tesis de que la corriente del orientalismo mesiánico desde hace algún tiempo se propaga entre los intelectuales y artistas europeos, acusa un sentimiento de decadencia, derrotismo y desilusión. En la actitud de algunos "orientalistas" sería excesivo ver otra cosa que legítima curiosidad por culturas y tradiciones, cuyo valor reivindicaban de un lado, el relativismo histórico, y de otro lado, el espíritu universalista, dominantes ambos en la inteligencia contemporánea. Pero en la actitud de otros "orientalistas" —de los que melancólica y súbitamente desencantados de Occidente, se vuelven ansiosos al Asia por pura decepción— aparece evidente la abdicación de las mejores cualidades creadoras del pensamiento occidental. El Occidente es, ante todo, acción, voluntad, energía. Su civilización es la obra magnífica de estas fuerzas que han alcanzado un grado místico de exaltación creadora. Por consiguiente, todo éxtasis morboso, ante los misterios asiáticos, no puede dejar de conducirla a la desilusión.

Desde este punto de vista, es indudable que la defensa de Occidente, aún como la concibe el neotomismo, presenta un lado positivo y contiene un principio de salud. El "orientalismo" en la medida en que conspira contra el activismo y el voluntarismo occidentales, constituye un veneno. (En la América Indo-ibérica, tan proclive al deliquio y la divagación, este veneno acentúa su toxicidad). Los "llamados del Oriente", más que una esperanza, traducen una desilusión. Representan un orientalismo capitoso y delicues-



cente a cuyos mirajes se entrega con facilidad no sólo la generación neurótica y desesperada de Drieu La Rochelle, sino también la generación más experimentada y menos inestable de Maeterlinck. Y aunque a su atracción son particularmente sensibles por su decepción rencorosa, las mentalidades reaccionarias, está observado que se rinden también a ella, enervadas por la estabilización capitalista, no pocas consciencias revolucionarias. Testimonio de esta nociva influencia, a pesar de las intenciones que atenúan su significación, es la invocación dirigida al gran Lama por los suprarrealistas franceses precisamente en los días de su aproximación al comunismo.

Mas, ni Henri Massis, ni ninguno de los ideólogos reaccionarios estudia con objetividad el orientalismo. En vez de esclarecer y demarcar sus alcances se entretienen en... <sup>1</sup> tan los efectos de la obra de Spengler, Keyserling, Herman Hesse, etc., para atribuir a Alemania la responsabilidad del mal. Y, satisfecho su odio a Alemania, se obstina en seguida en identificar bolchevismo y "orientalismo", denunciando como un síntoma de relajamiento occidental, el gusto de la literatura rusa. Bolchevistas y emigrados —dice Massis— repudian el occidentalismo y se proclaman "euroasiáticos". Conclusión subjetiva y presurosa que reposa sólo en los sentimientos reaccionarios y chauvinistas de Massis. [1 Falta una línea en la publicación de Variedades; carecemos de original en nuestro archivo para completar este párrafo. (N. de las E.)]

Y si el diagnóstico es arbitrario, el remedio, como en anteriores artículos hemos visto, no lo es menos. El Cristianismo no puede repudiar al Oriente sin disminuir su origen y su misión. El esfuerzo neotomista por consustanciar el catolicismo con la latinidad y asentar sobre estas bases únicas la cultura occidental, olvida que la doctrina cristiana vino de Palestina y que se nutrió en su infancia, según tienen averiguado sus historiógrafos, de los mitos orientales asimilados por los griegos. Y que la ruina de la civilización romana tuvo, sin duda, su principio en la decadencia del orden moral y jurídico sobre el cual descansaba. Más que neotomismo se reconoce neo-paganismo en la tentativa que reivindica como valores primarios de la cultura occidental, el derecho romano y la filosofía aristotélica. El futurismo Marinettiano, antes de su absorción por el régimen fascista, se colocaba, franca y ultraistamente en el terreno pagano, estigmatizando como degeneraciones o supersticiones incompatibles con la modernidad las tendencias humanitarias y pacifistas y aun la moral cristiana. Pero el futurismo, que lógicamente no se proponía ninguna anacrónica restauración del Medioevo, partía de una radical y estridente condena del cristianismo y del Papado, en la que cualesquiera que sean sus contagios paganos, no osarían jamás acompañarle los neotomistas franceses o italianos.

No se encontraría tampoco entre éstos uno solo que no convenga en que el título moral de Occidente, para extender en el mundo, con su civilización, su autoridad, procede del Evangelio de Jesús y no de la tradición greco-romana, cuyo envejecimiento quedó prácticamente demostrado con la caída de Roma. Las cruzadas primero, la conquista de América después y todas las conquistas occidentales en seguida, como empresas del espíritu pertenecen a una civilización fecundada y elevada por el cristianismo. El derecho romano y la lógica aristotélica no habría bastado al Occidente en los últimos veinte siglos para convencer al mundo de la superioridad de su cultura. No le habrían bastado siquiera a Santo Tomás para elaborar la Summa que, sin el potente soplo cristiano, —oriental—, carecería ciertamente de virtud para engendrar hoy el neo-tomismo de Massis.

La precipitada definición del orientalismo como sucedáneo o equivalente del bolchevismo, arranca del erróneo hábito mental de solidarizar absolutamente la civilización occidental con el orden burgués. La revolución rusa, por mucho que su trayectoria la conduzca hoy al Oriente, no es en su espíritu un fenómeno oriental sino occidental. Su doctrina es el marxismo, que como teoría y como práctica no habría sido posible sin el capitalismo, esto es, sin una experiencia específicamente occidental. Lenin, Trotsky y demás líderes de la revolución rusa, son notoriamente hombres de inteligencia y educación occidentales. Su precursor teórico Plejanov, se caracterizó fundamentalmente como discípulo y expositor de Marx. Y si además de la de Marx, se nota alguna imponente presencia en la obra y el pensamiento de Lenin, es sin duda la de Sorel, francés, y occidental como Massis. Y como Massis, "burgués francés", agregaría Henri Johannet, empeñado en probarnos que la grandeza y la cultura y la aristocracia de Francia, son genuinamente burguesas, porque burguesía, para Johannet, no es la misma cosa que capitalismo.

El Occidente, sin Marx, sin Engels, sin Sorel, sin el socialismo teórico y práctico en una palabra, se habría ahorrado al bolchevismo. Marx —gritará el anti-semitismo de los reaccionarios— no era occidental, era judío. Pero no se podrá decir lo mismo de Engels y, sobre todo, de Sorel, que amaba tan poco a los hebreos.

El Occidente no se presenta nunca tan desarmado ante el Oriente renacido y tormentoso, —agitado por el pensamiento occidental—, como cuando pretende reducir su riqueza espiritual a lo pura-mente europeo, sea germano o latino. Su defensa exige que la civilización occidental no sea sólo civilización capitalista ni sea sólo civilización romana.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 26 de Noviembre de 1927.

### **- GOMEZ CARRILLO\***

Un entero capítulo del periodismo hispano-americano, el del apogeo del cronista, principia y termina con Enrique Gómez Carrillo. Capítulo concluido con la guerra, que desalojó de la primera plana de los diarios los tópicos de miscelánea, a favor de los tópicos de historia. Con su fin vino un período de decadencia, no precisamente de la crónica, sino del cronista. La crónica ha pasado a manos más graves, o más finas: Araquistain o Gómez de la Serna. El cronista tiene ahora un lugar subsidiario.

La opinión pública, "emperatriz nómada" como la llama Lucien Romier, condecoró a Gómez Carrillo con el título de "príncipe de los cronistas". Coronación honoraria, parisiense, democrática, efímera, con algo de la de reina de carnaval. Gómez Carrillo ejerció su principado con la alegría bohemia de una griseta. Tenía para todo, la maleabilidad y el mimetismo del criollo, su pasta blanca del mundano innato.

Pertenecía literariamente a una época en que el alma, de la América española se prendó de un París finisecular y en que la prosa y la poesía hispano-americanas se afrancesaron algo versallescamente. Rubén Darío, hijo del trópico como Gómez Carrillo, aunque como gran poeta más americano, menos deraciné,\* condensa, reúne y preside este fenómeno a través del cual nuestra América no asimiló tanto a la Sorbona como al boulevard. Boulevard arriba, boulevard abajo, caminaba todavía Fray Candil, cuando, en 1919, me instalé yo por primera vez en la terraza de un

Café de París a pocos pasos del Café Napolitano, donde Gómez Carrillo completaba una peña inestable y compósita. Pero ya ni el boulevard ni Fray Candil interesaban como antes. Por el boulevard habían pasado la guerra, el armisticio, la victoria. Y a la América española le había nacido un alma nueva. [\* Desarraigado]

A las generaciones post-bélicas, Europa le sirve para descubrir y entender a América. Tramonta, cada día más, esa literatura de "emigrados" que, en la crónica, representa Gómez Carrillo. El cosmopolitismo -que puede parecer a algunos un rasgo común de una y otra época literaria- nos conduce al autoctonismo. Además el cosmopolitismo de ahora es distinto del de ayer, también cosa de boulevard, emoción de París. Gómez Carrillo visitó Jerusalén y el Japón, sin abandonar sentimental ni literariamente su café parisiense. Con él viajaban siempre sus recuerdos literarios, sus clichés sentimentales. No nos dio nunca por esto una visión directa y profunda de las ciudades, de los pueblos. Amó y sintió a los paisajes según su literatura. No descubrió jamás un tópico origen, un sentimiento inédito. Por esto, ignoró siempre a América. Su nomadismo intelectual prefería el último exotismo de moda en un París más Henri Bataille que Paul Bourget. Jerusalén la Tierra Santa, El Japón Heroico y Galante, Flores de Penitencia son otras tantas estaciones de itinerario sentimental de un burgués parisiense de su tiempo. Tiempo de voluptuoso y crepuscular esnobismo que se enamoraba versátil lo mismo de Mata Hari que de San Francisco. Anatole France, Gabriel D'Annunzio, diversos pero no contrarios, resumen su espíritu: culto galante de la "mujer fatal" sobre todas las mujeres, epicureísmo, humanismo y donjuanismo burgueses; helenismo de biblioteca y misticismo de menopausia; libidine fatigada y lujo industrial y rastacuero; La Falena y El Martirio de San Sebastián. Una decadencia no es siquiera la exasperada y frenética de La noche de Charlotemburgo. Porque no es todavía la noche sino el crepúsculo.

Gómez Carrillo, partía de un cabaret a la Tebaida. De su viaje libresco - literatura- no imaginación, regresaba con sus artificiales "flores de penitencia". Sabía que un público de gustos inestables se serviría sus morosos y ficticios éxtasis cristianos con la misma gana que su última crónica sobre un escándalo del demimonde.\* [\* Personas con un estilo de vida decadente y sujetos a sus propias reglas de comportamiento, deriva de la novela de A. Dumas hijo: Le Demi-Monde (1855)]

Cortesano de los gustos de su clientela, Gómez Carrillo, esquivó lo difícil, se movió siempre sobre la superficie de las cosas que era casi siempre lisa y brillante como un azulejo. La forma en Gómez Carrillo no era estructura ni volumen; no era sino superficie, y a lo sumo esmalte. El rasgo de la "crónica" de su tiempo era la facilidad. Rasgo característico. Nuestro tiempo ama y busca lo difícil; no lo raro. La literatura difícil, como lo

observa Thibaudet, conquista por primera vez la popularidad, el mercado.

El "cronista" típico carece de opiniones. Reemplaza el pensamiento con impresiones que casi siempre coinciden con las del público. Gómez Carrillo era sobre todo un impresionista. Esto era lo que en él había de característicamente tropical y criollo. Impresionismo, he allí el rasgo más peculiar de la América española o mestiza. Impresionismo: color, esmalte, superficie.

-----  
\* Publicado en Variedades: Lima, 3 de Diciembre de 1927.

### **- RUSIA EN GINEBRA \***

Sin la presencia de Rusia, la conferencia preliminar del desarme, que acaba de celebrarse en Ginebra, habría transcurrido más o menos monótonamente. Un magnifico discurso de Paul Boncour habría acaparado, como tantas otras veces, los mejores aplausos, conmoviendo hasta las lágrimas a esos suizos perfectos, demócratas ortodoxos, de quietas y azules perspectivas lacustres, nutridos de excelentes ideales y sanos lacticinios, que constituyen por antonomasia la barra típica de todas las grandes asambleas de la paz. Discurso lleno de mesura francesa, de claridad latina y de idealismo internacional, pulcra y sabiamente dosificado.

Pero con Rusia, la asamblea no podía tener ya este tranquilo curso. Rusia trastorna todos los itinerarios. La burguesía occidental emplea en su propaganda anti-soviética dos tesis que se contradicen y que, en consecuencia, se anulan y destruyen entre sí. Según la primera, Rusia representa el caos, la locura, el hambre, la utopía, el amor libre, el comunismo y el tifus exantemático. Según la otra, la revolución ha fracasado, el Estado ha vuelto al capitalismo, Stalin es un reaccionario, la "nep" ha cancelado el socialismo y no queda ya nada en el Kremlin que recuerde ni la doctrina de Marx ni la praxis de Lenin. Cuando un burgués de alta inteligencia y gran corazón como George Duhamel visita Rusia, desmiente el caos, la locura, el hambre, etc., y encuentra viva aún la revolución. Pero el mejor desmentido y la más resonante ratificación le tocan siempre a la propia Rusia soviética, cada vez que la Europa

capitalista la convida a discutir un tema de reconstrucción mundial y a confrontar las ideas bolcheviques —supuestas bárbaras y asiáticas— con las ideas reformistas —occidentales, modernas y civiles—. En la Conferencia Económica, Rusia propuso al Occidente, como base de cooperación estable y efectiva, el principio de la legítima coexistencia de Estados de economía socialista y Estados de economía capitalista. Y, ahora, en la Conferencia Preliminar de Desarme, Litvinov y Lunatcharsky sostienen la doctrina del desarme radical, contra los propugnadores del semi-desarme homeopático: limitación de armamentos, difícil equilibrio, paz armada; sistema que, asegurando y garantizando ante todo el poder de los grandes imperios, mantiene el poderío bélico. En ambas ocasiones, la palabra de los delegados rusos ha sido la de los embajadores de un nuevo orden social. La Revolución se ha mostrado alerta y activa, a pesar de la tendencia europea a la estabilización.

Boncour ha opuesto al espíritu de Moscú, el espíritu de Locarno: Los pactos de seguridad son, a su juicio, el camino más seguro del desarme y, por tanto de la paz. Pero únicamente pueden suscribir de buen grado esta teoría los países como Francia, interesados en que se ratifique el actual reparto territorial. Alemania aspira a la revisión del tratado de Versalles. No aceptará ningún pacto con Polonia que sancione definitivamente el corredor de Danzitz y la división de la Alta Silesia. Polonia, por su parte, pretende que Alemania reconozca solemnemente sus fronteras del Este. Italia codicia mandatos territoriales. El dux del fascismo no disimula su política imperialista.

Estos dos factores desahucian, por ahora, la esperanza de Paul Boncour, cuya elocuente prédica pacifista traduce, de otro lado, con demasiada nitidez, los intereses de la política francesa. De suerte que si el Occidente capitalista no puede aceptar, en cuanto al desarme, la doctrina revolucionaria, tampoco puede actuar, efectivamente, la doctrina reformista. El reciente fracaso de las negociaciones entre Inglaterra, Estados Unidos y el Japón para la limitación de los armamentos navales, no permite excesivas ilusiones respecto a la próxima conferencia de desarme.

No es posible, sin embargo, desconocer la significación de que en una solemne asamblea, en la que participan los mayores Estados del mundo, se discuta un tema que hasta hace muy poco parecía del dominio exclusivo de utopistas y pacifistas privados y se escuchen proposiciones como las de la Rusia soviética. Este hecho indica, contra todos los signos reaccionarios, que se avanza, aunque sea lenta y penosamente, hacia ideales de paz y solidaridad que aún los Estados que menos los aprecian, se ven forzados a saludar con respeto.

Los soviets han mandado a Ginebra a dos de sus hombres de espíritu más occidental y de cultura más europea. Litvinov, miembro del Consejo de Negocios Extranjeros, que reemplaza a Tchitcherin en este portafolio en todas sus ausencias, es uno de los más experimentados e inteligentes diplomáticos de la nueva Rusia. Lunatcharsky, humanista erudito, que hasta la revolución residió en Europa occidental y que desde 1917 trabaja alacramente por afirmar el Estado ruso sobre un sólido cimiento de ciencia y de cultura, es también un hombre profundamente familiarizado con los tópicos y los hechos de Occidente. No es probable que Litvinov ni Lunatcharsky hayan sugerido a los assembleístas de Ginebra esa fatídica imagen de una Rusia oriental y bárbara con que se empeñan en asustar a Europa burguesa algunos intelectuales fantasistas. Ni Litvinov ni Lunatcharsky —aunque agentes viajeros de la revolución— tienen traza de enemigos de la civilización occidental. Las calles de Ginebra y de Zurich guardan muchos recuerdos de la biografía de desterrado y estudioso de Anatolio Lunatcharsky.

La ruptura anglo-rusa no ha bloqueado a los Soviets. La Sociedad de las Naciones sabe que su trabajo no puede prosperar sin la colaboración de Rusia, cuyo aislamiento, empujándola hacia el Asia, puede en cambio perjudicar a Europa mucho más que a Rusia misma. Este es el criterio que, a pesar del incidente Rakowsky, domina en el gobierno francés, obligado a inspirarse en los intereses de sus innumerables tenedores de deuda rusa.

He ahí las principales indicaciones de la conferencia preliminar del desarme. El desarme mismo, por el momento, no es sino un pretexto. Lo más interesante es la maniobra de cada nación en torno a este tema.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 10 de Diciembre de 1927.

**- Nota de José Carlos Mariátegui a “La casa de cartón de Martín Adán”\***

Estas páginas pertenecen a un libro de Martín Adán, -prosador y poeta peruano-, que se titula también La Casa de Cartón. Martín Adán es un debutante que desde su ingreso en nuestra asamblea literaria se sienta con desenfado entre los primeros. No tenemos ningún empeño en revelarlo, porque es de los que revelan solos. Su presentación no necesita padrinos. Aunque acaba de llegar, Martín Adán tiene ya el aire desenvuelto de un antiguo camarada. No diremos siquiera a qué generación pertenece, para que nadie afirme que le abrimos un crédito excesivo e imprudente a la "nueva generación". Su ficha bibliográfica está todavía en blanco. Pero La Casa de Cartón es un documento autobiográfico: memorias novelescas de la adolescencia estudiosa y aplicada, aunque un poco impertinente, de un colegial que, a pesar suyo, ganó siempre en sus exámenes las más altas notas. Si todo debut es un examen, Martín Adán tiene asegurado otro 20. Su nombre, según él, reconcilia el Génesis con la teoría darwiniana. Le hemos objetado, privadamente, que Martín se llaman los monos sólo en Lima y el Barranco y que Adán es un patronímico inverosímil. Más si Martín Adán se llama así realmente, no cabe duda que se trata de un humorista y hereje de nacimiento. Lo sacarnos al público en flagrante herejía. La primera consecuencia de este debut será, acaso, una expulsión de la A.S.J. Lo deploraríamos mucho porque Martín Adán, además de ser una persona muy bien educada, como los demócratas equívocos de Don Nicolás de Piérola, cuando "no se sienten tales, se marchan solos.

-----

\*Amauta, No.10, dic de 1927, p. 41.





Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>).

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com) y [ceme@archivochile.com](mailto:ceme@archivochile.com)

El [archivochile.com](http://www.archivochile.com) no tiene dependencia de organizaciones políticas o institucionales, tampoco recibe alguna subvención pública o privada. Su existencia depende del trabajo voluntario de un limitado número de colaboradores. Si consideras éste un proyecto útil y te interesa contribuir a su desarrollo realizando una DONACIÓN, toma contacto con nosotros o infórmate como hacerlo, en la portada del sitio.

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).